

1992
OCTUBRE

Universidad de México

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Huic501husao

Mezquique

ve

Mexicalongo

Ponte de la qua
chí intrín la
esta.

Atacuba

PONENT

MEXICO.

El templo

Casa de h
animal

iztopalapa

Calmacan

Felipe Solís

Teresa Rojas

Mari Carmen Serra/Teresa Castillo

Sonia Lombardo

Fernando Curiel

Pablo Escalante

Vicente Quirarte

Antonio Azuela

TENOCHTITLAN

**Catálogo de Textos
Marginados Novohispanos
Inquisición: Siglos XVIII y XIX
Archivo General de la Nación (México)**



Archivo General de la Nación • El Colegio de México • Universidad Nacional Autónoma de México



Universidad de México

Director: Fernando Curiel *Editor en Humanidades:* León Olivé *Editor en Ciencias:* Miguel José Yacamán

Consejo Editorial: José Luis Ceceña, Beatriz de la Fuente, Margo Glantz, Ruy Pérez Tamayo, Sergio Pitol, Arcadio Poveda, Vicente Quirarte, Luis Villoro.

Secretario de Redacción: Armando Pereira *Edición:* Carmina Estrada *Corrección:* Eloy Urroz *Publicidad y Relaciones Públicas:*
Nancy Sanciprián *Administración:* Javier Martínez *Asistente Editorial:* Natalia Henríquez Lombardo

Diseño: Bernardo Recamier / *Fotografía de portada:* Jorge Pablo de Aguinaco

Coordinación de Humanidades

Oficinas: Insurgentes Sur Núm. 3744, Tlalpan, D. F., C.P. 14000. Apartado Postal 70288, C.P. 04510 México, D. F.
Tel. 606 1391. Correspondencia de Segunda Clase. Registro DGC. Núm. 061 1286. Características 22 866 11212

Fotocomposición, formación e impresión: Imprenta Madero, S. A. de C. V. Avena 102, Col. Granjas Esmeralda, C.P. 09810

Precio del ejemplar \$ 10 000 00 Suscripción anual: \$ 100 000 00 (U S \$ 90 00 en el extranjero) Periodicidad mensual. Tiraje de cinco mil ejemplares
Esta publicación no se hace responsable por textos no solicitados. Cada autor es responsable del contenido de su propio texto.

1992
OCTUBRE

Universidad de México

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

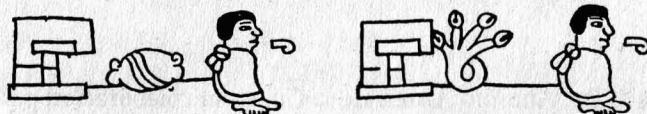
501

Índice

	2	<i>Presentación</i>
Edén Ferrer	3	<i>Antífona</i>
Rick DeMarinis	6	<i>Reina</i>
Antonio Azuela de la Cueva	9	<i>Otredad de Tenochtitlan</i>
Felipe Solís	12	<i>El diseño urbano de México-Tenochtitlan</i>
Teresa Rojas Rabiela	17	<i>Las obras públicas</i>
Mari Carmen Serra/Ma. Teresa Castillo	22	<i>El abasto en la ciudad de Tenochtitlan</i>
Sonia Lombardo de Ruiz	27	<i>La arquitectura: intento de reconstrucción de una imagen</i>
Gerardo Laveaga	33	<i>José García Ocejo. Bajo la invocación de Midas</i>
Pablo Escalante	37	<i>Los calpullis frente al orden de la ciudad</i>
Fernando Curiel	40	<i>Anónima crónica</i>
Vicente Quirarte	41	<i>Tenochtitlan, 30 de junio de 1520</i>
Conrado Tostado	43	<i>Lisboa vista desde una quinta abandonada</i>
Ricardo Pohlenz	44	<i>La dádiva.</i>
Ruxandra Chisalita	45	<i>La voz heroica de Carlos Pellicer: aspectos de la identidad americana</i>
Jozef Tischner	50	<i>El hombre y su alma. Reflexiones en torno a la existencia del homo soviéticus</i>
Claudia Albarrán	53	<i>Juan Vicente Melo: signo y repetición</i>
Russell M. Cluff	55	<i>Entrevista a Luis Arturo Ramos</i>
Tatiana Bubnova	62	<i>Mijail Bajtín: ideas principales y su trayecto histórico</i>

Miscelánea

Federico Patán	65	<i>De aventuras y otros menesteres: el premio Planeta</i>
Ernesto Priani Saisó	66	<i>De vínculos y paralelismos en el teatro de Artaud y Grotowski</i>



Presentación

Tenochtitlan, la “ciudad de los palacios”, ya no está más en ninguna parte. Pertenecer más al mito o a la leyenda que a la realidad, aunque de alguna forma sigue latiendo con fuerza como el punto de partida de una identidad plural, diversa y contradictoria. Ir a su encuentro implica remontarnos a un origen que ha quedado sepultado por cinco siglos de historia; implica, sobre todo, desmontar esas otras ciudades, desde el México moderno hasta el México colonial, que han ido adosándose a ese espacio original que habita al fondo de una memoria colectiva.

Los ensayos reunidos en este número y que buscan dar cuenta de la ciudad de los antiguos mexicanos, no sólo se preguntan por la conformación de un cierto espacio urbano o arquitectónico (plazas, calzadas, avenidas, templos, palacios, etc.), sino también por su conformación social y política, por su vida cotidiana, por la multiplicidad de los intercambios que ocurrían en ella, por la relación de dominación que los mexicanos establecían con los pueblos vecinos. En suma, se trata de dilucidar el sustrato de realidad que habita al fondo de ese mito fundacional. ◇

Edén Ferrer

Antífona (ASKESIS)

a Carlos Jiménez

*Como este mar fantasma en que respiran
peces del aire altísimo, los hombres...*

José Gorostiza

SUBÍAMOS POR LOS CRUJIENTES Y DOBLEGADOS PELDAÑOS

Era la escalera aquélla, de caracol, como depositaria
de materias marinas: subsistía su hechura
de olores guanificados, dolía el olor, viejo olor,
a heridas cicatrizadas de ramificaciones, estalagmitas coralinas;
subía la sal,
discurría la sal por los entramados de la madera memoriosa,
proclamábase el yodo dueño de todo privilegio.
Amábamos el ascenso que, con la seguridad de una aviesa
Celestina, nos ofrecía esa valetudinaria escalera: un caracol
hundido hiriendo un costado de la Catedral,

iluminado por una claridad sulfúrea.

Íbamos a ese sitio, a la hora oficinesca de los alimentos,
a colmar los pulmones con el aroma innoble del guano fosilizado
depositado por innumerables colonias de murciélagos;
a recibir el quemante trasiego del viento alto,
en los pómulos descoloridos del empleado,
encarnado en nosotros.
Solíamos subir esa escalera y llegarnos hasta la sonoridad
estocástica de las campanas de la Catedral: oro y bronce
fundidos de alamares y cañones vibrando al son de la risa nerviosa,
la risa nuestra de escribientes, tramosos y atrapados y,
Bouvard y Pécuchet alucinados, muertos de miedo,
de melancolía, desasosegados en la hora previa,
hora sagrada del francés y del abate.

ESA ESCALERA, PLEGADA, COMIDA POR EL COMEJÉN DE SIGLOS,

convocaba el paso de decrepitos hijos de Sileno, el Viejo.
(Hago una pertinente aclaración: nos impulsaba el impulso mismo,
no los dioses más o menos imperecedores. Subíamos

sin intención de subir. Quiero decir,
como quien pone su empeño en otra parte.

Era, como he dicho, ardiente el viento, y apunto: los turbiones
que suele se agitaban y golpeaban la corteza débil
del muy gastado recubrimiento de nuestra alma, ay, tan joven).

ERA COMO UN LLEGARSE, CASI COMO UN PRESAGIO, UN IR Y VENIR
pasando y pisando proustianamente a paso de lobo, con tal de evadir
(debe leerse soslayar) un infamante retén militar enclavado
en la mitad justa de la torre.

Dimanaba alcanfor propio de las algas marinas,
manaba (ya que la piedra se obstinara en transpirar), manaba
-lo digo como al paso, con impertinencia- hedor a océano,
maloliente regusto tropical en el interior de una torre
-nada menos-, señorial torre plateresca madrileña y aposentada
(no sé si malnacida) en una cuenca acuosa.
Salvar el hito de la soldadesca adventisca,
saltar por cima de los travesaños, peligrosísimas astillas
que daban la sensación de hojarasca bajo la suela del zapato,
y alcanzar, apercibirse en lo más elevado de aquella promoción de la piedra,
conjeturaba un placer sólo conjeturable a la inestabilidad
que precipita en nosotros un perfume.

Entonces era Eolo, los ojos capturados por él,
los lagrimales inservibles, fracturado el precario escudo
de los espejuelos y...
el advenimiento de la Plaza,
aquella congestión granítica, el temido sitio cortado a ras,
el bronco espacio plano y pleno que se nos echa encima,
el arduo tobogán crecido hasta el límite del horizonte, mas circundado,
de alguna manera detenido,

contenido por el tezonte y el grano
de una sillería que me es ahora escasamente familiar.
Ahí, en ese lugar ínsito fijo del espacio, nos sentábamos a simplemente
devorar un mendrugo, apurar un toско licor de graduación temible
...y conversar.

HABLEMOS CON FRANQUEZA: ESTA TORRE POSEE (COMO TODO
en el universo de lo real) un doble, el doppoldänger de Teofastro, de Occam, Averroes.

De su naturaleza -del mismo modo que *me* sucede con el Otro-
no podía más que evocar un parecido de familia.
Este adelgazamiento del espacio está, además, adosado a un edificio, el cual,
a no ser por una situación protocolaria,
pudo muy bien no haber nacido, o haber sido
de una índole muy otra: digamos que una especie de bastarda
floración hispanoablante.

(Si nos fuera dado despojar a la forma de volumen, aquí,
donde la conjunción de la materia se aglutina y pliega
desafiando a la bóveda celeste, operaría un insólito bosquejo
extraño a cualquier posible geometría: de algún modo
podríamos circunscribir al arco de medio punto de la balconería,
el balaustre y la voluta inmensa, en el esgrafiado de una imposible,
inverosímil partitura musical de dimensión divina).

Aquí, paralelogramo por el que el viento cuela sus cuchillos
y acribilla los carcomidos muros interiores,
la sección áurea todo lo devora y domina imperativamente
el canon musical.

Aquí, el Ojo asiste a su propio nacimiento,
revelación de su esencia primordial:
puede decirse que hasta ahora el complejo mecanismo retiniano
ha carecido de función o se ha limitado a envejecer

inútilmente, como un trasto agobiado.
 Sobre la basáltica laja que se rinde a los pies de este poliedro,
 pulula la preocupación sin rostro, activada por los resortes del Deseo
 (la necesidad o el poder insatisfechos), el áspero dinero.
 El prodigio brutal que imprime el ritmo,
 donde se teje (por az-zahar) lo cotidiano,
 insospechada capilaridad bilógica errabunda,
 parece estar dispuesto por la mano —como aseguran místicos estetas—
 de Arquetipo intangible: ahí, el abismo.
 Cuando la lluvia crepuscular se apodera del espacio,
 las oleadas que acometen a este descampado
 castigan con un furia oceánica al colosal obelisco,
 en cuyo interior se desarrolla un majestuoso réquiem
 ignorado por el oído humano.
 Es la escalera entonces un caracol auricular: el carrillón,
 los tímpanos —las hijas percutientes de este campanario—
 forman el diapasón del coro, de las cuerdas que pulsa
 un vesánico dios, trasplantado del panteón mediterráneo.
 Se teme, con razón, al vértigo, hechizo del acantilado,
 pero se desconoce (o se reniega dello) la noble stirpe
 de este instinto:
 es un jalonamiento, una lucha que se libra en el interior
 del alma y que la tensa, la pone en armonía con el
 concierto cósmico y la coloca en trance de agonía:
 el Orco reclama lo que le pertenece en cuanto vaso:
 “la naturaleza tiene horror al vacío”.

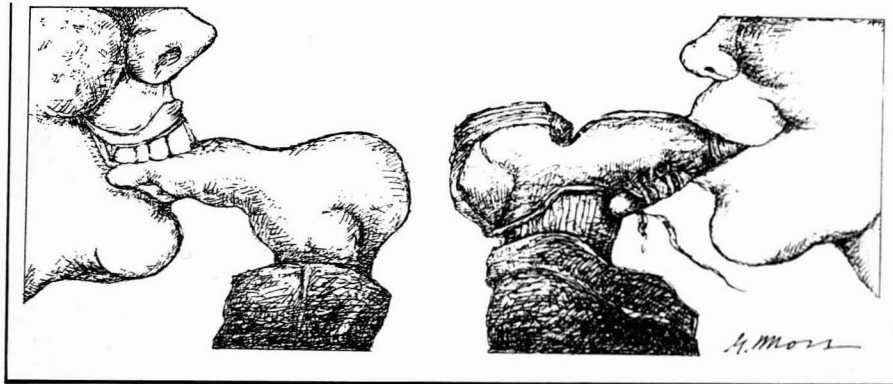
DESDE TAL TABERNÁCULO SE MIRA AL ESCAMPAR, EN EL OCASO,
 al horizonte como si fuera obra de recamador, azul, púrpura
 y lino retorcido...

Entonces cabalga sobre los girones debilitados de las nubes
 una tristeza sideral, compacta, floreciendo desde un alvéolo del planeta.
 El Ojo, de tal manera vuelto sobre sí, asoma a las interioridades nocturnas
 de la larva y consiente en leer (en arabescos caracteres)
 las antiquísimas hojas quebradas, rotas del espíritu:
 un puro ir i venir del mismo río del cual no se cura la memoria;
 el choque brutal intermitente de aceros mellados y los mismos
 en su enervante sucesión; el inútil desciframiento oracular
 tejido a lo largo de la generación; el martirologio sobrecogedor
 de las razas; el lamentable devenir de las horas
 como en un palco de la Ópera; la inefable terquedad del musgo,
 y el estéril recuerdo de la infancia y sus prodigios
 de cinematógrafo dominical.
 Es este el momento en el cual el Dolor confiesa su parasitaria,
 dormida existencia inquilinaria, morosa,
 por qué no decirlo, crüel (la pesadilla es una vieja agazapada en la cuna).
 Se reconoce entonces que no existe salvación posible
 en la disposición fortuita de una mesa de disección, una máquina de coser, etcétera.
 Se sabe (sabiamente) que el hábito no puede ser el del señor Balssa,
 sino la intolerable camisa de llamas del poeta;
 y se infiere, desde luego, que la vestimenta habrá de diluirse
 o (si la bioquímica dispone) petrificarse.

Así, si se quiere, uno desnudo descende una escalera. ◇

Rick DeMarinis

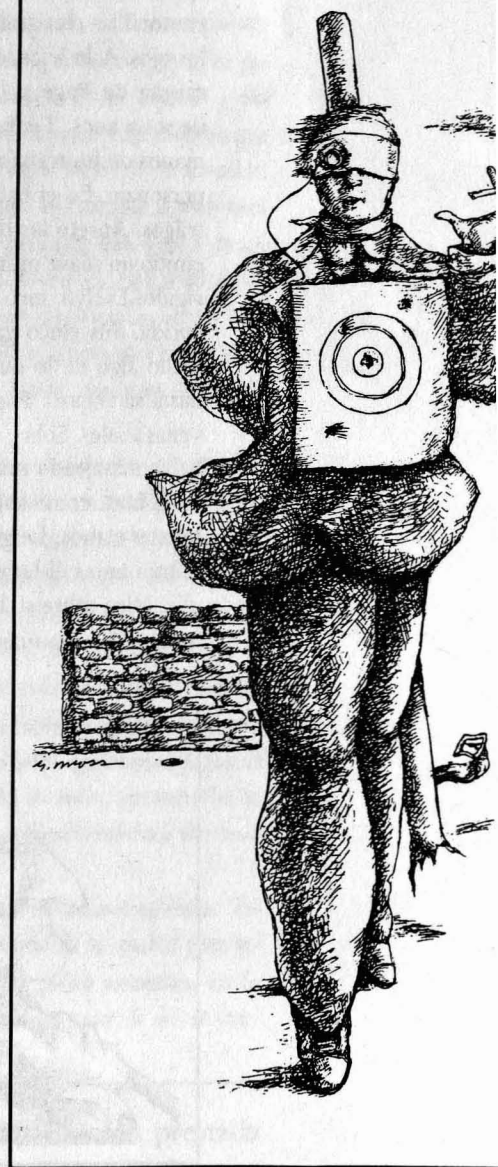
Reina



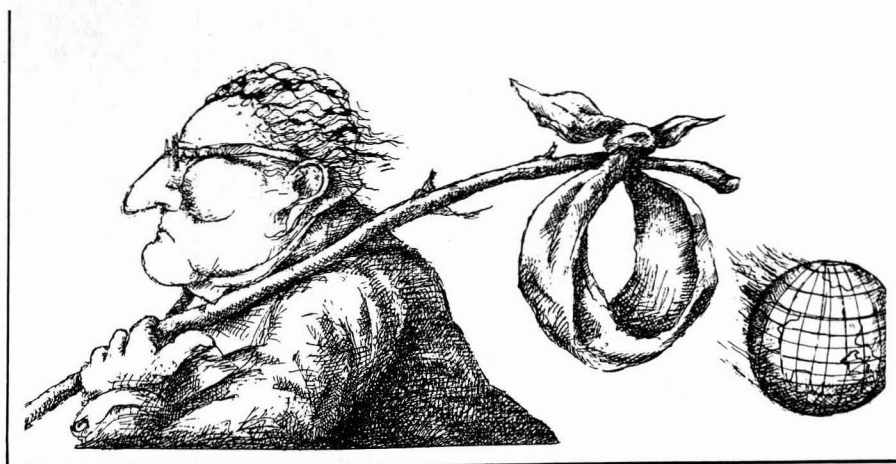
Rick DeMarinis nació en California en 1934. Tiene publicadas varias novelas, entre ellas The Year of the Zinc Penny, The Burning Women of Far Cry. Entre sus libros de relatos destacan: Under the Wheat y Voice of America; el presente relato está tomado de The Coming Triumph of the Free World. DeMarinis ha publicado relatos en las principales revistas norteamericanas como Harper's, Atlantic, etc. Actualmente es profesor de creación literaria en la Universidad de Texas, en El Paso. Reina es uno de sus primeros textos traducidos al castellano.

“¿Está bien hecha, está asada lo suficiente para tu gusto?” Por encima de su hombro miró a Page, quien estaba sentado a la mesa, masticando despacio, saboreando la carne. Evelyn miró sobre su hombro una vez más. “Pregunté que si estaba bien hecha, que si estaba asada lo suficiente.” Sus cinco gatos se movían entre sus pesados tobillos, acariciándola. Probó la enorme remolacha para ver si estaba ya cocida. Las piernas le dolían nuevamente. Page se hurgó en la boca como si pescara, y extrajo un pedazo de carne desgarrada. Se limpió los dedos en los pantalones. Cogió otra cerveza del *six-pack* que descansaba junto a sus pies, la destapó y bebió un trago largo. Hacía poco ella se había disgustado con él, y él anunció: “No, ella no es como una madre, pero es una reina caritativa, de todos modos.” Lamentó decirlo. Había dicho que era una broma, resoplando fuerte, con autocomplacencia. Evelyn bebió oporto dulce en un vaso para agua, y ahí en el bar donde él lo había dicho, comenzó a llorar. Acomodó la cara contra el hombro de Page y gimió repetidamente, cada vez más fuerte, y Page se sintió impulsado a encoger con fuerza su hombro evitando la cara de Evelyn hasta que ésta se detuvo. En el bar algunos sonrieron tolerantemente, otros se inclinaron sobre sus tragos. Ella tenía casi setenta años y su corazón no estaba en buenas condiciones. El oporto, o algunas veces el jerez, la hacían sentirse fortalecida. Estaba orgullosa de sus manos fuertes, y las estrechaba con las de los trabajadores que entraban y salían del bar. Tenía unas buenas manos y le gustaba mostrarlas. La carne colgaba de su cara y era conocida como todo un personaje. Nunca se había casado. Había vivido sola durante

años en una casa pequeña cerca del puente del Ferrocarril, a la orilla de Cutter Creek. El riachuelo va lleno y verdea y estalla contra las grandes rocas en la primavera, pero al término del verano no es más que un hilillo, cubierto de latas oxidadas. Evelyn miró sobre su hombro y observó a Page masticando con lentitud, reflexivamente. Bizqueaba y tenía el cuello rígido mientras saboreaba la carne. Las endurecidas venas de las pantorrillas le dolían. Él la había masajeadado una vez, cogió el dinero de la caridad, y ella lo perdonó. Está bien, había dicho, lo necesitabas. Él había dicho que era una broma, pero se había escabullido gastándolo todo. Ella probó la enorme remolacha para ver si estaba cocida. Un tren cargado de madera hizo que la pequeña casa saltara. Los platos sonaron en la alacena. El suelo tembló con el ritmo lento del tren. "¿Está bien asada para tu gusto?" Page inspeccionó los bordes de sus dientes con la lengua, y bebió largamente de la gran botella café. Había lamentado decirlo, pero ahora el remordimiento iba opacándose en su mente. Masticó con lentitud la siguiente pieza de carne, saboreándola. Lo dijo una vez más en el taxi rumbo a casa. "No, ella no es como una madre, pero es una reina, de todos modos." Esta vez dejó de lado la ironía, lo dijo fuera de broma, con ternura; la cabeza de ella reposaba en su hombro, y una fuerte mano apretaba la suya. En el bar su ronco lamento fue ruidoso e inconsolable; creció hasta que el sonido astuto de la muerte se arrastró dentro de él. Encojió su hombro contra su cara, hasta que ella se detuvo. En el bar algunos sonrieron tolerantemente. En el taxi había sollozado con modestia, en un eterno femenino. Había enjuagado sus hinchados ojos con un pañuelito de seda, decorado con flores salvajes. Era mucho mayor que Page, quien sólo tenía cuarenta y tres. Eran amigos cercanos desde hacía muchos años, y juntos habían visto días más felices, antes de que la salud de Evelyn comenzara a deteriorarse. Page sabía que ella no viviría por mucho tiempo. Con frecuencia, su corazón dejaba a sus piernas y a sus dedos entumecidos y engarrotados de dolor. En una de esas ocasiones pidió a Page que le masajeara los pies, luego las manos y los brazos. Page accedía con frecuencia, generalmente después de explicar que tenía que hacer primero algunos recados y ver a algunas gentes. Page llevaba años de haber abandonado el oficio de maderero. Una cadena que ataba los maderos a un camión se había roto, astillándole tres vértebras cervicales. El ritmo en que rodaba el tren maderero trajo a su memoria el dolor en el cuello. El sabía que había tenido que decirlo en el taxi una vez más, y lo dijo con firmeza. Tiernamente, pero con dignidad masculina. Antes había dicho que se trataba de una broma. El taxista había vuelto la cabeza, pero no completamente, luego miró por el espejo retrovisor. Page sabía que esto ocurriría, pero de cualquier manera lo dijo una vez más. "No, ella no es como una madre." Entonces hizo una pausa, atrayendo la atención del taxista y de Evelyn. Entonces dijo: "pero es una reina, de todos modos." Evelyn se volvió desde la estufa: los ojos devorados por la carne que los rodeaba, el cutis transpirando a través del maquillaje rosado. "¿Está bien hecha, está asada lo suficiente?" La boca de Page estaba llena. Agitó los restos de la cerveza hasta que estuvo espumosa en la botella café. Alzó la vista hacia Evelyn, levantó las cejas como si fuera a hablar, pero sólo el murmullo de un eructo salió de su garganta. Bebió el resto de la cerveza, humedeciendo la masa de carne y pan que aún tenía en la boca. Los cinco gatos de Evelyn se restregaban contra sus gruesas piernas, algunos arqueándose ligeramente, las bocas rosas suplicantes. Él había cogido el dinero de la caridad una vez, pero ella lo perdonó. Lo necesitabas, Page. Él había dicho que se trataba de una broma, pero lo había gastado todo. Ella probó la enorme remolacha para ver si estaba ya cocida. Page se hurgó en la boca, como si pescara, y extrajo un pedazo de carne desgarrada. En el taxi ella había dicho que no sentía las piernas. El taxista había echado un vistazo hacia atrás, impaciente por terminar el turno de la tarde. Page había visto cómo los nudillos de Evelyn se volvían blancos al apretar el pañuelito decorado con flores salvajes amarillas, azules y moradas. Page dijo: "Hace diez años yo tenía treinta y tres." El taxista y Evelyn lo miraron. El lento taxímetro marcó. El taxista y Page ayudaron a Evelyn a entrar en la casa. Evelyn, con la edad, pesaba más. Entraron de lado: el taxista, Evelyn, después Page. La acomodaron en el sofá, se hundió en el descolorido tapiz, suspirando, luego tosiendo. El sonido astuto de la muerte crujió en su pecho. Page pagó al taxista y el hombre salió, dejando que la



puerta se azotara. Había sido un momento de alarma para Page cuando Evelyn pareció quedarse sin vida. La cabeza hacia atrás en el sofá, los ojos empañados por las lágrimas, fijos en la distancia. Page escuchó un delgado crujir en el pecho de Evelyn. Recordó el lejano crujir de la cadena que serraba en los árboles. Evelyn metió un tenedor en la enorme remolacha. Miró a Page sobre su hombro. Sus gatos se le restregaban en las piernas, las colas levantadas y estremecidas. Page alzó la vista de su plato, bizqueando. Agitó el resto de la cerveza hasta que estuvo espumosa en la botella café. Lamentó haberlo dicho. Nunca antes había dicho nada parecido. Y cuando Evelyn le había pedido que masajeara sus piernas, él dijo que sí lo haría y que no tenía ninguna cosa importante más que hacer. Ella alzó la vista hacia él, desaparecido ya el delgado crujir en su pecho, los ojos pequeños, pálidos y acuosos. Flotaba en la habitación una neblina acre proveniente de los desportillados quemadores. Él se arrodilló y le quitó los zapatos. Los pies de Evelyn estaban hinchados y doloridos; amarillos los viejos dedos. Evelyn se inclinó hacia atrás sobre el descolorido tapiz y cerró los ojos. Su cara estaba relajada, en un eterno femenino. Era el fin del verano. La casa retenía el calor del día, y lo prolongaba a lo largo de la noche. La delgada cinta de agua llamada Cutter Creek murmuró apagados sonidos contra las enormes rocas que bordeaban su lecho. El aire estaba pesado y no se movía. "Pregunté que si estaba bien hecha, que si estaba asada lo suficiente para tu gusto." Page inspeccionó con la lengua los bordes de sus dientes. Bizqueó con el cuello rígido mientras saboreaba la carne. Bebió de la blanca cerveza. Lamentó haberlo dicho. Nunca antes había dicho nada parecido. Y cuando ella le pidió que masajeara sus piernas, él había accedido. Sus manos estaban duras por los años de trabajo como maderero, y masajéo las venosas pantorrillas con gran suavidad. Evelyn se inclinó hacia atrás sobre los cojines y cerró los ojos. A lo lejos, en algún lugar, una sierra atronó. Ella alargó una mano y tocó la cabeza de Page y hundió los dedos en su cabello. Estaba orgullosa de la fuerza de sus manos. Tenía muy buenas manos y le gustaba mostrarlas. Había estrechado las manos de los trabajadores que entraban y salían del bar. Era conocida como todo un personaje. En el bar algunos sonrieron tolerantemente, otros se inclinaron sobre sus tragos. Apretó los dedos sobre el pelo de Page y atrajo la cara hacia su regazo. Page emitió un suave murmullo. Eres un vivales, le dijo, sin rencor. El cuello de Page estaba rígido. Evelyn miró a Page, después probó la enorme remolacha para ver si estaba ya cocida. Sus cinco gatos se restregaban en sus piernas, acariciándola. Antes él había dicho algo de lo que ahora se arrepentía. Evelyn atrajo la cara de Page lentamente hasta su regazo. Page agarró las pantorrillas de Evelyn y masajéo los duros nudos de venas azules. Sobre su hombro, Evelyn miró a Page. Page estaba sentado a la mesa. La había masajeadado una vez. Había sido una broma. Eres un vivales, le dijo. El se hurgó en la boca como si pescara, y extrajo un pedazo de carne desgarrada. Ella tenía muy buenas manos. Le gustaba mostrarlas. Sus dedos se movieron con fuerza en el cabello. Nunca antes él había dicho una cosa parecida. Está bien, lo necesitabas, había dicho ella. Miró sobre su hombro a Page. Page alzó la vista hacia ella. Agitó la cerveza hasta que la hizo espumear. "¿Está bien hecha, está asada lo suficiente para tu gusto?". ◇



Otredad de Tenochtitlan

Universidad de México se encuentra, en este número, con la ciudad de Tenochtitlan. Quiere llegar a ella directamente, sin pasar por los conocidos senderos de la discusión que ha suscitado este octubre de 1992. Quiere simplemente visitar la ciudad y observar la interacción entre un espacio construido y la sociedad que lo produce y en él se reproduce.

La antropología ha sido, para los países donde nació, la forma científica del encuentro con el otro, la más acabada elaboración intelectual de la pluralidad cultural del género humano. Para México, en cambio, esta disciplina no documenta la otredad, ya que forma parte de una cuestión contraria: la identidad. Muchos de nosotros aprendimos la palabra antropología cuando, en algún momento de nuestra infancia, fuimos llevados a contemplar la Sala Mexica en Chapultepec. En el marco arquitectónico del milagro mexicano de hace treinta años, entre imponentes monolitos y delicadas piezas de jade y obsidiana, nos pusieron ante la maqueta de un centro ceremonial, corazón de un imperio, y ahí nos enseñaron a hablar de los mexicas en primera persona. Ahí nos enteramos también del asombro que produjo en ellos, los primeros europeos que lo vieron, el paisaje de la Cuenca de México. Con los años, hemos conservado esas imágenes como parte de nuestro orgullo nacional, pero en realidad es muy poco lo que sabemos de esa gran ciudad los que hoy habitamos esta otra. Nos queda la idea mítica de un orden consumado y resplandeciente en Tenochtitlan, que se mezcla con el horror que nos produce la ciudad actual. Caos en la actualidad y orden en la antigüedad son las percepciones comunes.

¿Qué pasa si, por un momento, nos preguntamos sobre el espacio urbano y la vida en Tenochtitlan como si se tratara de otra ciudad, no una que "perdimos" sino una que quedó sepultada debajo de la nuestra? Veamos así los textos aquí reunidos.

Esta desapegada actitud no nos impide, por cierto, maravillarnos ante la reconstrucción de la gran ciudad que se presenta en este número. Recordemos, de entrada, que no había transcurrido un siglo desde que (en 1428) los mexicas se habían librado de la dominación de Azcapotzalco, cuando los españoles encontraron Tenochtitlan en su esplendor. Conocida es la rapidez de las transformaciones que experimentaba la sociedad mexica al momento de la llegada de los españoles. Nuestra revista quiere hacer evidente que un elemento central de esas transformaciones es el proceso urbano que se interrumpe en 1519. Es decir, la conformación de un espacio y un orden social que, en torno a un centro ceremonial y político, alojaba en un islote de 13.5 kilómetros cuadrados a aproximadamente 300 mil habitantes, los protegía de las constantes amenazas de inundación que representaba el complejo sistema hidrológico de la cuenca, satisfacía las necesidades básicas de todos, garantizaba la disponibilidad de bienes suntuarios para las clases dominantes y, en fin, proporcionaba un universo simbólico que daba sentido al conjunto.

Toda metrópolis es una máquina prodigiosa que convoca muchas y muy variadas preguntas. Tenochtitlan sugiere, al menos, las siguientes: ¿Cuál era la organización general de la ciudad y su relación con la cuenca? ¿cómo fueron posibles las obras públicas y el abasto? ¿cómo coexistían, en la densidad de un mismo espacio urbano, la moral de la nobleza y la del pueblo a pesar de sus contra-

dicciones? ¿cómo se vinculaban los diversos aspectos de la vida urbana con la dominación que ejercían los mexicas sobre otros pueblos?

Reconozcamos que la imagen de Tenochtitlan que tenemos los legos es parcial e incierta. Como ha quedado dicho, conservamos la visión del centro ceremonial, rodeado de palacios habitados por nobles en los que además se realizaban funciones gubernamentales. Sabemos que la población ascendía a varios cientos de miles, pero quizá nos imaginamos a esa población dispersa en el conjunto del valle, y resulta que se trata solamente de la población de la isla. El artículo de Felipe Solís nos da cuenta de la distribución de la población a partir de los cuatro grandes sectores, o *campa*, en los que estaba dividida la ciudad: Atzacualco, Cuepopan, Zoquiapan y Moyotlan, a su vez subdivididos en numerosos *calpullis*. Aquí es particularmente útil la rectificación de nuestras imágenes porque no se trata del *calpulli* rural, sino de auténticos barrios urbanos, cuya población, en su inmensa mayoría, estaba dedicada a la producción artesanal y no a la agricultura.



El mismo artículo nos da noticia de lo que hoy llamaríamos la "conurbación" de Tenochtitlan con Tlatelolco, a partir del sometimiento de éste por los mexicas en 1473 y de la consiguiente incorporación de Tlatelolco a la estructura original de los cuatro sectores mencionados. Asimismo, ofrece un análisis del sistema de canales que cruzaban la ciudad, de las calzadas que la unían con las poblaciones ribereñas y una descripción del Recinto Sagrado y de sus edificios más relevantes, así como de los palacios de la nobleza que lo rodeaban.

Cuando pensamos en el complejo sistema de comunicación por agua, que permitía el traslado masivo de personas y mercancías sin carros ni animales de tiro, comprendemos que la formación de una ciudad de esas dimensiones en una isla no fue una extravagancia teocrática sino un proyecto urbano viable.

Pero la existencia de un orden espacial coherente no significa la vigencia de un orden social homogéneo, como aquél al que aspiran las modernas repúblicas. Una de las expresiones urbanas de la división estamental de la sociedad mexicana es la contradicción entre el orden estatal y el orden del barrio. La imagen de un espacio urbano ordenado adquiere fuertes matices cuando vemos la vida cotidiana de los barrios, cuyo orden interno choca con el orden estatal. En la colaboración de Pablo Escalante, que vincula ambas dimensiones, vemos la contradicción entre el orden tradicional del *calpulli* y el que la nobleza trata de imponerle. Así, el artículo da cuenta no sólo de la fuerza de los aparatos estatales para imponer al pueblo tareas tan arduas como la guerra misma, sino sobre todo, de las diversas formas de resistencia social de los habitantes de los *calpullis* y de su capacidad para reproducir sus añejos modos de vida a pesar de la cercana y siempre amenazante vigilancia estatal. Estamos sin duda frente a un caso de lo que hoy la antropología denomina pluralismo jurídico y uno no puede dejar de pensar en la capacidad que conservamos los mexicanos para movernos en diversos órdenes normativos. Uno de los aspectos de la falta de vigencia de un estado de derecho en la sociedad mexicana actual es, precisamente, la vigencia de diferentes órdenes normativos en la vida de la ciudad. Si una buena parte de nuestros espacios urbanos son ordenados conforme a la racionalidad legal de la planeación, otra parte no menos importante se forma (en terrenos ejidales) al amparo de las instituciones agrarias cuya lógica contradice todos los presupuestos de la ordenación urbana de la modernidad. Evidentemente, la vigencia del ejido en la urbanización actual es de una naturaleza completamente distinta a la del *calpulli* frente al estado mexicano. Sin embargo, es irresistible la tentación de reconocer ciertos paralelismos entre el pluralismo jurídico de Tenochtitlan y el del México de hoy. No cabe duda que, gobernantes y gobernados, somos particularmente hábiles para recurrir a diferentes órdenes normativos para resolver nuestros actuales problemas urbanos. En algunos aspectos de nuestras relaciones, tratamos de hacer privar derechos ciudadanos y principios racionales en la organización de la ciudad, mientras que, en otros, somos capaces de llegar a "arreglos locales" que nos permiten desde cerrar vías públicas hasta conectarnos, mediante diablitos a la red eléctrica —o a cablevisión.

Una concentración humana de las dimensiones de Tenochtitlan necesitaba una sólida infraestructura física, que debía ser sumamente compleja por las necesidades de comunicar la ciudad con la ribera del lago y de protegerla de las inundaciones. Además de una gran capacidad de gestión, ello demandaba grandes contingentes de fuerza de trabajo. La colaboración de Teresa Rojas muestra el papel que jugó la dominación mexicana sobre los señorios vecinos en la construcción de la ciudad, dado que

la mayor parte de la mano de obra utilizada provenía de los pueblos sometidos. Incluso se menciona que, en algunos casos, se llegó a utilizar trabajadores de lugares tan lejanos como la Huasteca para la realización de ciertas obras. Entre las cargas más onerosas que los mexicas imponían a los otros pueblos, estaba la obligación de proveer materiales y trabajadores para engrandecer la capital del imperio. Nos enteramos, por ejemplo, de la queja de los xochimilcas, los tepanecas y otros pueblos porque los mexicas sólo querían dar de comer una vez al día a los trabajadores que habían llevado para edificar las casas reales. La ciudad era, pues, no sólo el asiento de una población, sino uno de los elementos centrales de la dominación mexica.

Además de ofrecernos numerosas referencias sobre lo que hoy llamaríamos el costo social de la grandeza urbana, el artículo contiene indicaciones sobre el alcance geográfico del llamamiento a obras, la clasificación de los trabajadores, así como las formas de organización y las condiciones del trabajo.

En el artículo de Mari Carmen Serra y Teresa Castillo aparecen otra vez las calzadas y los caminos, pero ahora como soporte del sistema de transporte del conjunto de bienes que consumía la metrópolis. Además de describir las formas y los espacios del intercambio, nos recuerda que, para proveer a la ciudad, los mexicas forzaron un aumento de la producción de los pueblos sometidos, sin un correspondiente aumento de su consumo.

La diferenciación entre estado y mercado, típica de las sociedades modernas, está ausente o es sumamente tenue en el México antiguo. El mismo artículo apunta en ese sentido al analizar las diversas formas de interrelación entre tributo y comercio y, sobre todo, al referirse a los pochteca como un enclave político, caracterización que, por cierto, no va mal a las organizaciones de comerciantes actuales, y esto incluye tanto los "ambulantes" (que, por cierto, ocupan los espacios públicos con una liberalidad que no hubiesen soñado sus colegas mexicas) cuanto a los que, a pesar de estar integrados a la economía mundial, mantienen su espíritu de cuerpo frente al poder público.

De especial interés resulta la relación que establecen las autoras entre la especialización artesanal y la estructura de la ciudad. Asimismo, el trabajo ofrece respuestas a nuestra curiosidad sobre la ubicación y organización interna de los mercados, así como sobre los sistemas de almacenamiento de las mercancías.

La colaboración de Sonia Lombardo presenta un análisis de los elementos del lenguaje arquitectónico de la ciudad. Una clara expresión espacial del orden estamental mexica era el hecho de que sólo la nobleza podía construir casas de más de un piso. Pero más allá de esta cuestión, el artículo recorre toda la variedad de espacios construidos y sus respectivas formas arquitectónicas: desde la vivienda de paja de las orillas de la isla, hasta los templos y las casas de los nobles, pasando por los mercados y las plazas de los campesinos. De particular interés resultan el análisis y las imágenes de la vivienda del pueblo, que nos permiten vislumbrar el marco físico de la vida cotidiana y las tensiones sociales.

Finalmente, este número presenta las colaboraciones de dos escritores, Fernando Curiel y Vicente Quirarte, que se aproximan a la ciudad a través de la reconstrucción literaria de la experiencia de la conquista, asunto que también en la literatura sigue vivo entre nosotros.

Para quienes no somos especialistas en el México antiguo, los materiales reunidos en este número de la revista ofrecen muchas y muy útiles indicaciones para responder y reorientar nuestras dudas e inquietudes sobre el fascinante espacio urbano que fue Tenochtitlan. Aunque, por un momento, hayamos querido verla con desapego, nos hemos sentido tentados a comparar pasado con presente y, de ese modo, a considerar no sólo las rupturas sino también las continuidades. Así, acabamos preguntándonos sobre nosotros mismos. Ciertamente, Tenochtitlan está sepultada bajo nuestra ciudad, pero ¿persiste algo de ellos en nosotros? Nos queda la duda sobre la otredad de la otra edad. ◇



El diseño urbano de México-Tenochtitlan

En los albores del siglo XVI, en el espacio territorial que ocupa hoy la moderna capital de nuestro país sobre el área que los urbanistas denominan zona conurbada, existía uno de los paisajes ecológicos más hermosos de estas tierras. A lo largo de muchos siglos, debido a los abundantes y permanentes escurrimientos de agua, se formó en medio de la Cuenca del Valle de México un enorme lago, que con los años se fue fraccionando en extensiones lacustres menores. Esa superficie acuática cubría aproximadamente 8000 kilómetros cuadrados.

El gran lago de origen prehistórico dio lugar, de manera natural, a una serie de lagunas y lagos. Durante la época anterior a la llegada de los conquistadores cada uno de los lagos recibió el nombre de la población más notable asentada en su cercanía; así se les conocía como los lagos de Texcoco, Chalco, Xaltocan, Xochimilco, Zumpango y la laguna de México. El lago de Texcoco y la laguna de México, formaban una unidad mayor, separada por una línea imaginaria; en su porción occidental se levantaban orgullosas las dos capitales indígenas fundadas por los mexicas: México-Tenochtitlan y México-Tlatelolco.

La arqueología ha demostrado que este valle y sus conjuntos lacustres, fueron siempre un polo de atracción, tanto para la fauna como para los hombres, de tal manera que los más espectaculares hallazgos de animales del pleistoceno, entre los que destaca el mamut, se han localizado en esta región, sobre todo en las otroras playas nororientales. Y ¿qué decir del desarrollo cultural indígena? En las márgenes de los lagos y

en las antiguas islas, se han localizado restos de asentamientos humanos que datan de la época de las primeras aldeas —que los especialistas ubican en el periodo del Preclásico Inferior, fechado hacia los 2000 años antes de Cristo—, hasta el momento en que los mexicas se establecieron y fundaron sus ciudades en el siglo XIII de nuestra era; de ahí que, aunque maltrecha en nuestros días, todavía podemos apreciar su importancia y atractivos, que explican en parte la razón por la cual en este lugar se estableciera desde siempre lo que es hoy la capital de nuestro país. Si nos transportamos al momento del encuentro entre mexicanos y españoles, es indudable que las dos formas de interpretación de la realidad —la indígena y la occidental— que nos ocupan, podrían ser, una, la visión que describe Ignacio Bernal cuando los conquistadores por primera vez llegaron a la región:

Súbitamente terminó la subida. Iniciada en el mar, los había llevado hasta el obra entre los volcanes, parados en la nieve, los hombres de acero y los heráldicos caballos tenían a sus pies el sensacional espectáculo. Allá lejos, muy abajo, se extendía el valle anchuroso: al centro, los lagos de plata; sobre las islas y en las riberas, las ciudades levantaban los altos techos de sus templos erigidos sobre macizas pirámides; bosques y sementeras, lilas y amarillas, alegraban la llanura en esos días mágicos del otoño mexicano.

(Bernal; 1984:9)

Otra manera de aproximarse a Tenochtitlan y Tlatelolco, sería aquella que nos

ofrecería el acalli o canoa al zarpar desde cualquiera de las poblaciones ribereñas hasta el centro del gran lago. Emprendamos pues un delicioso e imaginario periplo —no por ello menos veraz— que nos conduzca a la ciudad de Huitzilopochtli.

En las primeras horas de la mañana los remeros inician su duro trabajo, se escucha, solamente, el rítmico batir de las aguas y el gorjeo de las aves, que saludan con sus cantos la llegada de la luz matinal; lentamente nos alejamos del embarcadero cuando todavía gran parte de la laguna está cubierta de una densa bruma. Conforme transcurre el tiempo y el paisaje se aclara, se distinguen a lo lejos y al centro, las enormes moles —como montañas artificiales y sagradas—, los edificios dedicados a los dioses; en su entorno se ve el conjunto de chinampas que rodean la capital.

Al acercarnos a la periferia de Tenochtitlan aparece la imagen de los barrios construidos en los últimos años, especialmente hacia el sur. Hay allí gran actividad; los pescadores usan sus fiskas y atlatl, y los cazadores de aves extienden las redes sobre armazones de madera que dan un aspecto peculiar a las orillas de la urbe. Las sementeras o chinampas nos dejan la impresión de ser islas flotantes, después sabremos que fueron construidas encajando gruesos troncos de ahuejotes, que al poco tiempo mostrarán retoños en los maderos que serán con los años alargados árboles de fronda menuda, creando así el característico paisaje chinampero.

Vemos ahora trabajando afanosamente, a los hábiles constructores; entretejen una especie de amazón con varas y carrizos dentro del agua; lograda la ce-

razón del espacio rectangular de los cuatro postes, amontonan, en su interior, tierra y cieno del lago, sobre una especie de cama o base de lirios acuáticos; al terminarla, está constituido el terreno del cultivo y la casa de una familia indígena, ésta muestra orgullosamente sus chozas construidas de vara y paja; desde temprano se escapa el humo entre las rendijas del techo, signo inequívoco de que las mujeres, preparan el tlacuilli, “comida”, especialmente las olorosas y succulentas tortillas.

Después de pasar por los puestos de control, y bajo la inquisidora mirada de los guardias, la canoa enfila por uno de los canales principales en dirección al centro de la capital. Lo que caracteriza a las dos ciudades, fundadas por los peregrinos mexicanos, es precisamente el hecho de que al estar asentados sobre islas, la comunicación más fácil y rápida, entre ellas, se hacía a través de canales orientados en las direcciones de los puntos cardinales; además, los canales establecían el límite natural entre las chinampas; esta demarcación quedó establecida desde el momento mismo de la fundación, pero sólo cuando los mexicas lograron concertar sus esfuerzos, construyeron las afamadas calzadas que unían la ciudad con la tierra firme.

Hasta aquí las “dos particulares” imágenes de lo que fue aquel “mexicano domicilio”.

Los mexicas no se consideraban oriundos del centro de México, sino que decían provenir de una región nortea y supuestamente periférica respecto a lo que hoy desde el punto de vista antropológico, conocemos como Mesoamérica. A su lugar de origen le llamaban Aztlan, “Lugar de la blancura”, sitio que se ha tratado de identificar hasta nuestros días. En nuestra opinión y de acuerdo con los estudios contemporáneos más recientes, ese idílico lugar debió localizarse en la región lacustre de Yuriria-Cuitzeo, en el Bajío (Kirchhoff, 1985: 331-341).

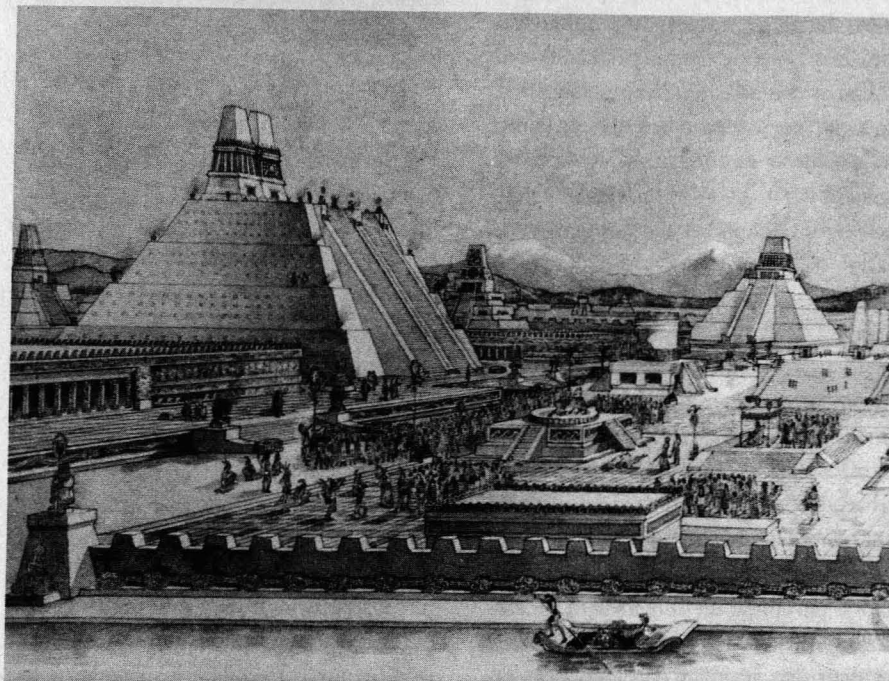
De este mítico peregrinar hay diversas versiones, pero todas coinciden en describir la patria original de los aztecas como una isla en cuyo centro se levantaba la pirámide-templo principal; su territorio estaba dividido en barrios equidistantes que constituían la entidad

tribal. La mayoría de los estudiosos de aquella civilización coinciden en que ese pueblo inició su recorrido o peregrinación en el año indígena Ce-Tecpatl, “Uno pedernal” -1116 d. C., a instancias de un mandato divino, que les ordenó buscar el símbolo que los asentaría en el centro del universo, y a partir del cual llevarían a cabo su dominio militar.

A pesar de todas las peripecias y aventuras que vivieron durante ese “viaje

asiento definitivo: un águila sustentada sobre un nopal, devorando una serpiente. Ahí fundaron su capital: México-Tenochtitlan, en el año Ome-Calli, “Dos casa”, 1325 después de Cristo en el calendario occidental.

La representación más antigua y original de este mítico alumbramiento –o sea la fundación de la ciudad– se ve en la primera lámina del Códice Mendocino; en ella el artista indígena dibujó la isla, dividida en cuatro secciones, co-



mesiánico” siempre tuvieron muy claro su destino. Así, cuando llegaron al Valle de México, presintieron que el final del camino estaba próximo. Primero se asentaron en Chapultepec –el cerro sagrado del que después obtendrían agua potable– donde pusieron a prueba su espíritu guerrero. Sin embargo, su dios le hizo pasar muchas y penosas pruebas; en ese sitio fueron derrotados y llevados como prisioneros de guerra a Culhuacan. Con los habitantes de esa antigua capital establecieron lazos culturales y familiares; de ahí que posteriormente, de manera indirecta pero válida, se consideraran herederos de los toltecas, supuestos fundadores de Culhuacan. De nueva cuenta fueron derrotados, ahora por los culhuas; en su huida, se internaron entre los pantanos y tulares del lago, donde después de un preámbulo ritual encontraron la señal indicada por Huitzilopochtli, como el lugar de su

respondientes a los barrios o calpullis principales; al noreste quedó Atzacolco “En donde está la compuerta del agua”, sede del barrio colonial de San Sebastián. Al noreste se erigió Cuexpopan, “Donde abren sus corolas las flores”, que correspondió a lo que sería después el barrio novohispano de Santa María la Redonda. Al sureste quedó Zoquiapan, “En las aguas lodosas”, que posteriormente, cuando la ciudad fue cristianizada, se llamó San Pablo. Finalmente, al suroeste se ubicó Moyotlan, “En el lugar de los moscos”, al que se bautizó como el barrio de San Juan, en homenaje a ese santo, con el fin de buscar su protección en aquellos días de la Nueva España (Códice Mendocino, 1964: Vol. I).

También hubo barrios menores donde se acomodó toda la población que llegó bajo la guía de Tenoch, ubicados en esas cuatro divisiones originales. To-

avía nos parece escuchar las palabras recogidas por el cronista indígena Hernando Alvarado Tezozómoc: “establecéos, haced partición, fundad señoríos, por los cuatro rumbos del universo”. En esa partición original y en el acomodo de la gente, aparentemente, resurgió el eterno conflicto entre tenochcas y tlatelolcas; estos últimos, descontentos con el terreno que se les había asignado para ubicarse, decidieron abandonar esta primigenia ciudad y fundar, 13 años después, en unos islotes más pequeños ubicados hacia el norte, otra población gemela a la que se denominó Tlatelolco.

Ambas ciudades tendrían una historia paralela, pero separada hasta la época del gobierno de Axayacatl cuando los mexicas derrotan a los tlatelolcas y conquistan finalmente a sus antiguos rivales.

Para el momento en que Moctezuma Xocoyotzin es elegido tlatoani, el aspecto de ambas ciudades había cambiado enormemente; crecimiento, grandeza y enriquecimiento eran la tónica de la transformación. Apenas y un canal marcaba la separación territorial entre ambas urbes, de hecho quien desde lejos mirara hacia el centro de la laguna, sólo habría percibido un enorme e impactante conjunto constructivo, en el que destacaban dos recintos ceremoniales —las pirámides templo—, que elevaban sus techos y remates hacia lo alto del firmamento.

México-Tenochtitlan se unía a tierra firme mediante tres calzadas: hacia el sur la calzada Iztapalapa establecía la comunicación entre los pueblos chinampañecas y los antiguos señoríos de Culhuacan y Coyoacan, con la ciudad de Huitzilopochtli; era la de mayor longitud, ya que medía dos leguas y su ancho, según los conquistadores, equivalía a dos lanzas, por donde podían pasar ocho caballos en hilera. En un punto de su ubicación, que correspondía a la altura de Mexicaltzingo, esta calzada se bifurcaba: una de las vías conducía a Iztapalapa y la otra a Coyoacan, de donde continuaba hasta el rumbo de Xochimilco. Según los cronistas su construcción se realizó en 1429. Por allí hizo su entrada a la capital tenochca el ejército de Cortés; después de la conquista se le conoció con el nombre de Calzada de San

Antonio Abad. En el otro sentido teníamos la llamada calzada del Tepeyac que medía una legua y comunicaba a la ciudad con los puntos norteños del Valle, específicamente con el sitio donde se levantaba el templo de la diosa Tonantzin, que daba su nombre a la ruta; en un tiempo funcionó también como la comunicación formal entre ambas capitales.

Hacia el poniente se diseñó la llamada calzada de Tlacopan, probablemente la vía de mayor importancia en lo que fuera la orgullosa ciudad azteca, y con toda seguridad la primera en construirse. Aun cuando el tramo que corría por el lago era de sólo media legua de largo, resultaba muy impactante para quien lo caminaba por vez primera, por su doble vía, delimitada por el acueducto que traía el agua desde Chapultepec a la ciudad utilizando dos conductos. Este sistema fue construido para garantizar la salud de los habitantes, ya que mientras el agua circulaba por uno de los acueductos, el otro se limpiaba con gran esmero.

El significado estratégico de esta calzada se hacía evidente por las ocho secciones cortadas que tenía, sobre las que se construyeron puentes de madera. De ese mismo material estaban hechos los tramos que conectaban los canales a lo largo del acueducto, de tal forma que en cualquier eventualidad se podían quitar puentes y canales que unían las vías, para asegurar la defensa de la capital.

La distancia entre la ribera oriental y Tenochtitlan era considerable, razón por la cual la ciudad se comunicaba con esa región solamente mediante el uso de canoas, que se abordaban en un embarcadero al final de una calzada. Después de la conquista se ubicó ahí el edificio de las atarazanas, en el lugar donde se resguardaron las embarcaciones utilizadas en el asalto a la ciudad indígena. Con los años, cerca de ahí se erigió la iglesia de San Lázaro.

Tlatelolco contaba también con sus propias calzadas; utilizaba la del Tepeyac en su comunicación al norte; construyó una vía rumbo al poniente, la calzada de Atzacapotzalco que corría paralela a la de Tlacopan; y la otra, de mayor extensión, comunicaba a la ciudad

—mercado con el antiguo señorío de Tenayuca y tomaba ese nombre.

Al momento final del mundo indígena, la grandiosidad de la capital tenochca no deja de causarnos admiración, sin embargo, nunca terminaremos de conocerla. Irremediablemente tenemos que conformarnos con las descripciones de sus cronistas, lo que nos dicen las excavaciones arqueológicas, las reconstrucciones teóricas de los estudiosos del urbanismo y las magníficas representaciones que han hecho los artistas.

Desde sus primeros tiempos, se consideró el centro de las islas como el lugar de las “zonas sagradas”, y ahí se diseñaron, a manera de recintos cerrados, los espacios donde se levantarían los templos de los dioses y los demás edificios dedicados al culto, así como las escuelas destinadas a los nobles y a los sacerdotes. Probablemente, después de la derrota tlattelolca la delimitación de esos recintos centrales fue diferente, como diversa era su planta: en Tenochtitlan el espacio del recinto era cuadrado, y efectivamente existía un muro defensivo, decorado con cabezas de serpientes, llamado coatepantli; la ciudad-mercado debido a las características del terreno, diseñó su recinto en forma alargada, por lo que su planta fue rectangular, y en lugar del muro defensivo, que seguramente fue derruido, tenía una especie de escalinata múltiple que corría a lo largo de su periferia. Es indudable, que los tenochcas se prevenían para el atrinchamiento en caso de una rebelión.

El recinto sagrado de México-Tenochtitlan tenía tres entradas de donde arrancaban las correspondientes calzadas, en ellas, la decoración aludía a los animales relacionados con las conquistas y la guerra: águilas y jaguares rampantes que sujetaban banderas y armas.

No obstante que el cronista franciscano Fray Bernardino de Sahagún menciona que había 78 edificios dedicados al culto, muchos de ellos eran en realidad monumentos escultóricos, como es el caso de la piedra de sacrificio o temalacatl, dedicada a la fiesta de Tlacaxipehualiztli (Sahagún, 1977: I-232-242).

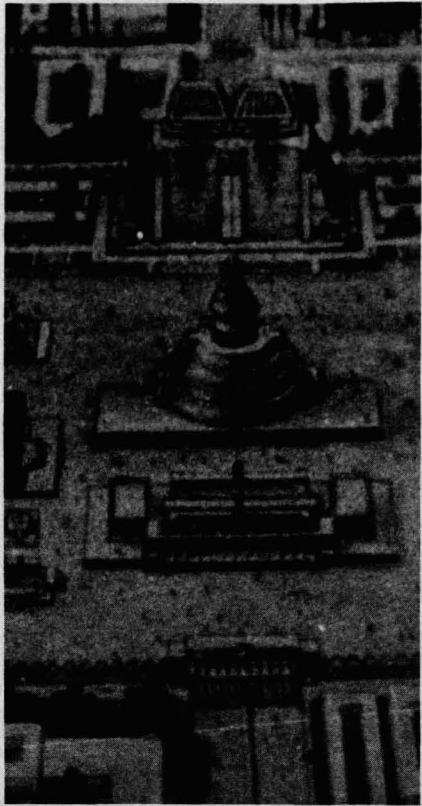
Destaca por su tamaño la enorme mole del llamado Templo Mayor, pirámide doble dedicada al culto de las deidades supremas: el patrono de la guerra, Huit-

zilopochtli y el dios de los agricultores, Tlaloc.

Este edificio lo conocemos bastante bien en nuestros días, gracias a las cuidadosas excavaciones arqueológicas de épocas recientes. Se ha precisado que se trata de una construcción, más o menos de planta rectangular, constituida por cuatro cuerpos escalonados y cuyo acceso se situaba hacia el poniente.

Los descubrimientos arqueológicos nos hablan de un incesante trabajo constructivo en el edificio, que según los cronistas, fue el primero en levantarse apenas ocurrida la fundación de la ciudad; se dice que fueron muy humildes sus principios, ya que se utilizó lodo y varas en su construcción. Cada señor, al ser electo tlatoani, tenía como tarea primordial la reconstrucción de la casa de los dioses, lo que significaba que al engrandecerlo, quedaba encerrado –cubierto para la posteridad– el edificio anterior; de esta manera, se han delimitado por lo menos siete etapas constructivas mayores, que irían desde Acamapichtli, a finales del siglo XIV, hasta Moctezuma Xocoyotsin en los primeros años del siglo de la conquista.

En este proceso constructivo el tamaño de los edificios es menor conforme nos acercamos a los inicios del señorío



tenochca, pero lo que salta a la vista de quien visita los vestigios arqueológicos, es que en esta construcción se concentraron los esfuerzos y anhelos de este pueblo. A las deidades primordiales se dedicaba lo máspreciado, los prisioneros de guerra y los animales de tierras

lejanas: jaguares, águilas, tucanes, codrilos, etcétera, así como máscaras y pequeñas figurillas labradas en piedra verde o semipreciosa. No faltaban los objetos de obsidiana, azabache y oro; todo lo cual se depositaba cuidadosamente en las “cistas de ofrenda” localizadas en diversos puntos del edificio.

En la cúspide de la pirámide estaban los dos templos, a manera de habitaciones separadas e independientes, con un espacio al frente para el ceremonial; ambos daban la impresión de gran altura debido a que por lo menos tenían dos entrepisos interiores donde se guardaban los elementos del culto a los tesoros de ambos dioses. El templo de Huitzilopochtli lucía su fachada toda de color rojo y el del dios de la lluvia estaba pintado de color azul.

Los otros edificios sagrados tenían una distribución relacionada con el simbolismo de los dioses y conformaban pequeñas plazas o espacios interiores. Estaban las pirámides y templos de diversas deidades, principalmente la de Tezcatlipoca, al sur del Templo Mayor; la de los númenes de la agricultura; la estructura a manera de un cercado en donde se realizaban las ceremonias de Mixcoatl, el dios de la cacería, y en especial la pirámide y templo de Ehecatl-Quetzalcoatl –el patrono del viento–, que se caracterizaba por cambiar la fachada rectangular y el basamento de planta circular, con un templo cilíndrico y cubierta o techo cónico, cuya entrada tenía el aspecto de una cabeza de serpiente con las fauces abiertas, tal y como lo podemos admirar de modo semejante en el templo monolítico de Malinalco.

Ahí también se ubicaba el complejo palaciego de la escuela de los sacerdotes y los nobles –el calmecac–; además, la cancha sagrada del juego de pelota con su característica planta en forma de doble T, en cuyos muros estaban empujados los anillos de piedra por donde tenía que pasar la pelota de hule macizo; había plataformas menores dedicadas a otras tantas ceremonias, algunas de las cuales estaban decoradas con hermosas pinturas murales o relieves en piedra, con diseños alusivos al culto y a los dioses. Probablemente uno de los edificios que causaba mayor impacto y

ORGANIZACIÓN SACERDOTAL

Quetzalcoatl Totec Tlamacazqui		Queztalcoatl Tlaloc Tlamacazqui	
(sumos sacerdotes)			
Mexicatl Teohuatzin			
(vicario general)			
Tepan Teohuatzin		Huitznahuac Teohuatzin	
(coadjutor en los calmecac)		(coadjutor del vicario general)	
Calmecac	Ome Tochtli	Tlillancatli	
	(sacerdote principal)	(sacristán mayor)	
Tlamacazton	Tlamacazteotl	Tapixcatzin	Centzontoltchin
(sacerdote)	(maestro)	(maestro cantor)	(sacerdotes de los
aprendiz)			400 dioses del pulque)
Teotlamacazque		Tzapotlateohuatzin	
(mozos de servicio del templo)		(sustituto del maestro cantor)	

* Datos tomados de:
DE ROJAS, José Luis, *México Tenochtitlan, Economía y sociedad en el siglo XVI*. El Colegio de Michoacán-FCE, México, 1986. 329 pp. (Col. Crónica de la ciudad de México).

cuyo propósito era el de conmemorar las victorias del Sol, era el Tzompantli, edificio construido con hiladas de cráneos humanos ensartados en pértigas de madera, macabros trofeos del sacrificio de los prisioneros de guerra.

Fuera, y rodeando este recinto ceremonial se encontraban los palacios del tlatoani y de los demás miembros de la nobleza; tal parece que cada gobernante se hacía construir un palacio diferente que funcionaba como el edificio de gobierno durante su mandato; seguramente la ubicación de esta construcción, dependería no sólo del significado religioso del tlatoani como imagen viva del dios Xiuhtecuhtli, sino también de los propios gustos e intereses del personaje. El palacio de Moctezuma-Xocoyotzin, erigido en el barrio de Zoquiapán, a un costado del Templo Mayor, fue seguramente la estructura palaciega más importante de su tiempo; estaba constituido por conjuntos de patios con habitaciones a su alrededor y decorado con murales, relieves o esculturas. Al frente del mismo, y en relación con su fachada, se le acondicionó un espacio abierto de regulares dimensiones, que funcionaría como la plaza principal de la ciudad y que estaba destinada a las ceremonias públicas más importantes. Otra pequeña plaza se ubicó al sur del palacio, y fue conocida, a partir de la época colonial, como la plaza de El Volador.

En Tlatelolco, el patrón constructivo y urbano fue semejante a su ciudad gemela, pero se distinguía por el hecho de que al oriente de su recinto sagrado se encontraba el tianguis o mercado. Este consistía en un espacio cuadrangular al aire libre con cuartos en su derredor, que funcionaban a manera de bodega. En esta plaza pública se intercambiaban toda clase de productos; ahí se podía encontrar a los vendedores de perros y otros animales engordados expresamente para los banquetes; estaban a la vista las verduras, las semillas y las flores; estaban también los comedores o fondas, donde los visitantes del mercado gustaban de los sabrosos antojitos de estas tierras; se podían adquirir ahí esclavos, para utilizarlos como auxiliares en las labores de la casa y del campo; y, por supuesto, para quien tenía la posibilidad

de adquirirlos, se encontraban en los establecimientos, los objetos de materiales preciosos: oro, plata, turquesa, pieles y plumas que eran el símbolo exterior del poderío de la nobleza.

Por toda la ciudad de Tenochtitlan eran visibles los testimonios del fervor de los mexicas, quienes dedicaban a sus deidades patronas esculturas monumentales y relieves decorativos en los edificios. Así podemos explicarnos la creatividad y belleza de figuras como la gran Coatlicue "La de la falda de serpientes"; La Piedra del Sol o Calendario Azteca, y la Coyolxauhqui, "La que se pinta las mejillas con cascabeles", relieve circular situado al frente de las escalinatas de la pirámide de Huitzilopochtli, que indicaba a los mexicas la victoria del Sol -Huitzilopochtli- y les alentaba en sus expediciones militares para lograr no sólo el triunfo sobre los enemigos de su dios, sino también la posibilidad de la propia victoria personal y la obtención de la gloria y las riquezas.

Cada uno de estos monolitos tenía significado ideológico-religioso que respaldaba el poder de Huitzilopochtli y era ejercido a través de su representante en la tierra -el tlatoani-, tal y como lo podemos constatar en el impresionante Cuauhxicalli de Moctezuma Ilhuicamina, conocido también como La Piedra del Ex-arzobispado -descubierto recientemente por los arqueólogos-, que según las crónicas, fue el primero en su género. En él admiramos la concepción cosmológica del dominio mexica sobre el universo.

Se trata de un enorme cilindro, cuya cara lateral relata el destino de los aztecas; entre dos franjas marginales hay símbolos que hacen alusión al sacrificio: combinaciones de cuchillos, cráneos y manos cortadas; en once paneles de proporción semejante se repite la misma escena de conquista, en la que aparece la deidad guerrera, que es a su vez la imagen sublimada del tlatoani. Este captura a la víctima sujetándola del cabello, y en cada situación se explica la identidad del pueblo conquistado mediante el glifo toponímico: el relieve en toda la circunferencia, simbolizaría, entonces, la delimitación del mundo conocido por ende viable de ser conquistado. En la

cara superior que servía como plataforma para el sacrificio gladiatorio, hay un diseño circular espléndido, la imagen radiante del dios solar como un disco con rayos y púas sagradas que se alternan; en el centro el rostro de Tonatiuh-Xiuhtecuhtli, siempre dispuesto a recibir la sangre y los corazones de las víctimas.

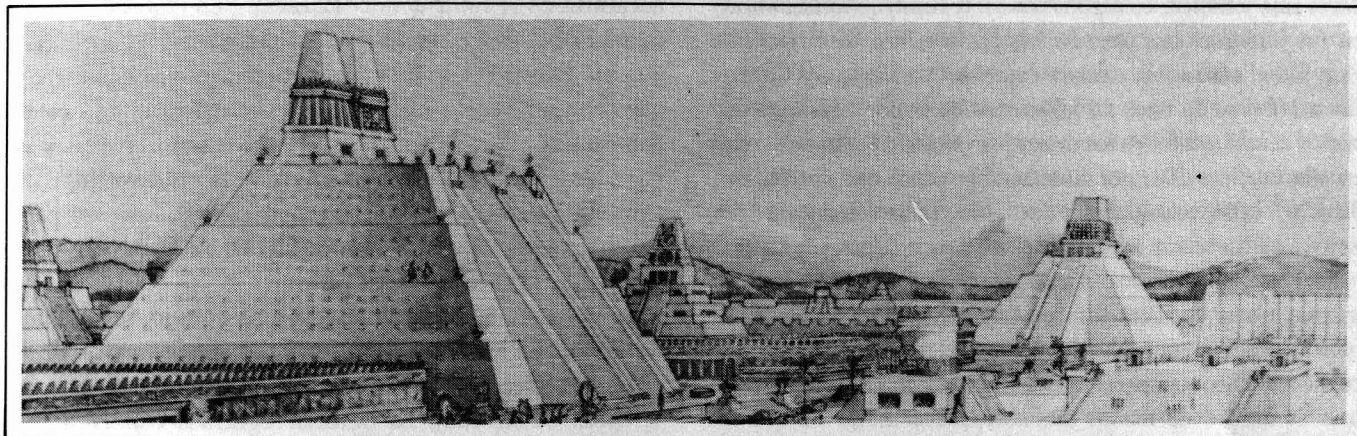
A partir de este primer Moctezuma, cada señor azteca tenía la obligación de patrocinar un monumento semejante -temalacatl cuauhxicalli- que conmemoraba las conquistas hasta su reinado. Únicamente ha llegado hasta nosotros el monolito elaborado durante el gobierno de Tizoc, y se supone, que otro de ellos, sólo que inconcluso, lo sería 'La Piedra del Sol' o 'Calendario Azteca', atribuido al reinado de Axayacatl. Aunque los cronistas de la época colonial, relatan que el segundo Moctezuma mandó labrar un temalacatl que continuaría con la tradición imperial, éste no ha sido hallado.

Así sería en ese último momento de su historia la ciudad de Moctezuma Xocoyotzin. En su construcción y en su grandeza, los mexicas plasmaron su mística guerrera; todo se resumía en la exaltación del poder de los dioses y del tlatoani, justificación de las conquistas y la expansión del imperio a costa de otros territorios. Hoy sólo nos quedan los restos arqueológicos, pero resuenan todavía las palabras del cronista Chimalpain "mientras permanezca el mundo nunca acabaría la fama y la gloria de México-Tenochtitlan". ♦

Bibliografía

- Bernal, Ignacio, *Tenochtitlan en una isla*, SEP, FCE México, 1984. (Lecturas Mexicanas 64).
Código Mendocino, Colección Mendoza, *Antigüedades de México*, Vol. I, Secretaría de Hacienda y Crédito Público, pp. 1-149, México, 1964.
García Moll, Roberto, Felipe Solís y Jaime Bali, *El Tesoro de Moctezuma*, Chrysler México, S. A. de C. V., México, 1990.
Kirchhoff, Paul, "¿Se puede localizar Aztlan?" *Mesoamerica y el Centro de México*, pp. 331-341, Biblioteca del INAH, INAH, México, 1985.
Marquina, Ignacio, *Arquitectura Prehispánica*, Memorias del INAH, Vol. I, INAH-SEP., México, 1951.
Sahagún, Bernardino, *Historia General de las Cosas de Nueva España*, Vol. I, Editorial Porrúa, México, 1977.
Solís, Felipe, *Gloria y Fama Mexica*, Smurfit Cartón y Papel de México, México, 1991.

Las obras públicas



En el panorama urbano de la grande y célebre ciudad lacustre de Tenochtitlan-Tlaltelolco, las *obras públicas* que la engalanaban y servían eran verdaderamente numerosas y complejas y cumplían muy diversas funciones, desde aquéllas que permitían su sobrevivencia como los canales y desagües, hasta otras orientadas al culto y el ceremonial, o bien a conmemorar hechos heroicos de sus gobernantes.

El conocimiento que tenemos sobre estas obras es relativamente amplio gracias a los relatos de los cronistas indígenas y europeos del siglo XVI, y a las investigaciones arqueológicas e históricas. Contamos así con suficientes evidencias para conocer las características físicas de un buen número de ellas y otra serie de aspectos de carácter social y político como las formas de reclutamiento y organización de la mano de obra, los tipos de trabajadores, la división de tareas en la construcción, la procedencia de los materiales, las condiciones de trabajo y algunos de los principios organizativos básicos que guiaron su edificación.

Abordar el tema de las obras públicas nos lleva a la discusión del Estado, de la maquinaria política que las planeaba y ejecutaba y del tipo de sociedad que prevalecía; el material que habla de ellas es rico en referencias a estas cuestiones. Las obras públicas que mejor conocemos son aquéllas de gran magnitud, que merecieron un lugar en la memoria y los registros de los cronistas del siglo XVI. En ellos queda manifiesto el poder del Estado mexica para convocar a los especialistas, pero especialmente a grandes cantidades de trabajadores, para realizar obras verdaderamente impresionantes; es decir, el poder para convocar y organizar el trabajo masivo.

El primer asiento de la lacustre ciudad lo construyeron los mexicanos con sus propias manos hasta 1345, en el área pantanosa del lago de Tezcoco, mediante técnicas similares a las empleadas en la creación de chinampas agrícolas, cortando céspedes y cegando con ellos el pantano y haciendo estacadas o albarradas rellenas de piedra y tierra.¹ Todavía en tiempo de Chimalpopoca, su tercer tlahtoani (1417-1427),² vivían en “chozas y casas de poco valor”,³ aunque ya habían empezado a edificar con piedra, madera, cal y adobe obtenidos por comercio con los pobladores de tierra firme a cambio de productos lacustres. Continuaron ampliando el terreno urbano “cegando la laguna” con céspedes y estacadas. Fue en esta época que hicieron el primer intento por conducir el agua de los manantiales de Chapultepec a través de un caño de barro y cuyos materiales solicitaron, en uno de esos desafíos tributarios de provocación previa a su independencia, a los tepaneca de Azcapotzalco, a quienes estaban aún sujetos.⁴

Los mexicanos continuaron construyendo sus obras y ampliando su ciudad sin “ayuda” hasta que en tiempo de Itzcoatl, su cuarto tlahtoani (1427-1440), lograron liberarse del yugo de Azcapotzalco (en 1428). Al rendirse, los tepaneca les prometieron “...tierras y de hacelles y labralles casas y simenteras

¹ Durán, *Historia*, I, pp. 41-42; Tezozómoc, *Crónica Mexicana*, p. 16.

² Las fechas del gobierno de los tlahtoanis están tomadas de Gibson, *Los aztecas*, pp. 23-24.

³ Durán, *Historia*, I, p. 62.

⁴ Durán, *Historia*, pp. 62-65; Tezozómoc, 1944, pp. 23-24; *Códice Ramírez*, pp. 51-52.

y de ser sus perpetuos tributarios; de dalles piedra, cal y madera y todo lo que para su sustento uviesen menester de maíz, frisoles, chia y chile y todas las legumbres y semillas que ellos comen".⁵

En los dos años siguientes comenzaron a conquistar junto con sus aliados de Tacuba y Tezcoco, los reductos tepaneca en el valle de México: Coyoacan, Tacuba, Tenayuca, Tepanoyaca, Tultitlan, Cuauhtitlan, Xaltocan, Huitzilopochtli, Culhuacan.⁶ A Xochimilco pidieron poco antes y como acto de provocación, que les permitieran tomar "alguna piedra pesada y alguna madera de pinos alvares" para edificar un aposento al dios Uitzilopochtli".⁷

Los primeros señoríos conquistados estuvieron en el valle de México. A ellos no exigieron solamente materiales y trabajadores sino también, en algunos casos, la construcción de obras en sus jurisdicciones pero hechas en beneficio de la ciudad. Este fue el caso de la calzada dique de Xochimilco y Coyoacan a México, de unos 20 kilómetros de largo; "a la obra de la cual acudieron todos los de sus provincias", "...no tardando en ella muchos días, por innumerable gente que en ella andaba..."⁸ Los de Cuiclahuac quedaron comprometidos a servirles en sus obras y servicios personales en forma cotidiana.⁹

En los dos años que duraron estas campañas se realizaron muchas obras en Tenochtitlan, que según Alva Ixtlilxóchitl fueron dirigidas por Nezahualcoyotl, tlatoani de Tezcoco, cuando se encontraba refugiado en ellas mientras podía recobrar su ciudad de manos de los tepaneca. Entre las que se mencionan aparecen: la "cerca" (probablemente un muro para represar los manantiales) y el acueducto de Chapultepec por atarjea (que hasta entonces iba por una zanja), algunos palacios, y la calzada de Tepeyacac.¹⁰ También entonces se comenzó a edificar el templo de Chihuacoatl y el de Huitzilopochtli, que más tarde se volvería a ampliar.¹¹

En 1449 se inundó por primera vez la ciudad y el primer Moctezuma, quinto tlatoani mexica (1449-1469), pidió auxilio a Nezahualcoyotl por "ser hombre de mucha razón y buena iniciativa para cualquier cosa que se ofrecía". Él le aconsejó hacer una "cerca de madera y piedra", conocida en la época colonial como la albarrada vieja y ahora como de Nezahualcoyotl, con la que se logró separar en dos secciones las aguas salobres del lago de Tezcoco y crear así un gran compartimento para recibir las aguas dulces del poniente y del sur del valle, precisamente allí en donde la ciudad de los mexicanos estaba fundada.

A la obra de la albarrada acudieron a trabajar simultáneamente los señores y macehuales de Tlacopan, Culhuacan, Iztapalapan, Tenayucan, así como los de Tezcoco y los de la propia ciudad. Las estacas necesarias para las tres leguas de albarrada (12 kilómetros aproximadamente), fueron aportadas

por los tepaneca, coyohuaque y xochimilca; las enormes piedras fueron traídas de tres y cuatro leguas de distancia (12-16 kilómetros).¹²

A Nezahualcoyotl se atribuye otra obra en el acueducto de Chapultepec que se consigna cuando menos en dos fuentes escritas en nahuatl (Chimalpahin y *Anales de Cuauhtitlan*), y en algunas pictóricas (*Codex Mexicanus*, lám. 68). Según Chimalpahin, la obra se inició en 1454 (1 *tochtli*) y concluyó trece años más tarde, en 1466 (13 *tochtli*): "...los tetzucas habían sido los contratistas bajo la orden de Nezahualcoyotzin".¹³ El *Codex Mexicanus* registra en ese año 13 *tochtli* a Nezahualcoyotl con un *huictli* en la mano dirigiendo las obras (lám. 68). La versión de los *Anales de Cuauhtitlan* es de interés especial porque sitúa el comienzo del *coatequitl* (obra pública) en Tenochtitlan en el año anterior (12 *calli*): "En el mismo año se comenzó por vez primera la obra pública en Tenochtitlan México. Empezó para levantar el acueducto de Chapultepec, que entra en Tenochtitlan. El que gobernaba y fungía como tlatoani en Tenochtitlan era Moteuccomatzin el viejo y el que tuvo a su cargo el acueducto fue Nezahualcoyotzin, tlatoani de Tetzco".¹⁴ ¿Quiere ello decir que comenzó para las poblaciones sujetas al sistema laboral retentativo en obra pública de Tenochtitlan? Así parece.

En el mismo gobierno de Moctezuma el viejo, se hizo una de las ampliaciones del basamento del templo mayor de la ciudad, dedicado a Huitzilopochtli (la anterior databa de la época de Itzcoatl). La historia registrada comienza con Moctezuma y Tlacaelel llamando a los señores de Tezcoco, Culhuacan, Xochimilco, Cuiclahuac, Mizquic, Coyoacan, Azcapotzalco y Tacuba a través de cuatro mensajeros nobles (*pipiltin*). La construcción del templo dio el pretexto para obligar a todos estos señoríos al trabajo constructivo en Tenochtitlan. Así lo explica una fuente chalca: "Todos los tlatoanis de estos pueblos vinieron a escuchar la palabra de teutli de Moteuhzomatzin y de Chihuacoatl tlacayeletzin. Aquí les ordenaron, aquí les dieron su trabajo, lo que harán, lo que será necesario a su dios Huitzilopochtli. Así fue como les fue dado trabajo a los tlatoani de todos los pueblos".¹⁵ Y la construcción fue también la excusa para provocar una guerra con el aún independiente señorío de Chalco al pedirle su contribución para la obra (bloques de piedra pesada para hacer unas esculturas, tezontle y cal según Durán y Tezozómoc¹⁶; vigas o piedra según Chimalpahin¹⁷).

La guerra que se desató a raíz de esta exigencia, duró bastantes años (20 según Chimalpahin -de 1446 a 1464-; 13 según Durán)¹⁸ para finalmente culminar con la sujeción de los belicosos chalca. La conquista los obligó además a reducir sus términos territoriales, a servir a los mexicanos con mate-

¹² Torquemada, *Monarquía Indiana*, I, pp. 157-158.

¹³ Chimalpahin, *Relaciones originales*, pp. 201 y 206.

¹⁴ *Anales de Cuauhtitlan*, p. 53 (traducción directa por amabilidad de Luis Reyes García, CIESAS).

¹⁵ Durán, I, 133-134; Códice Ramírez, p. 84; Alvarado Tezozómoc, pp. 79-82.

¹⁶ Chimalpahin, *Relaciones*, p. 98 (traducción de L. Reyes García).

¹⁷ Durán, *Historia*, I, pp. 134-152; Tezozómoc, *Crónica Mexicana*, pp. 79-99.

¹⁸ Chimalpahin, *Relaciones*, pp. 97-98.

⁵ Durán, *Historia*, I, p. 77; Tezozómoc, *Crónica Mexicana*, p. 35.

⁶ Ixtlilxóchitl, *Obras históricas*, II, pp. 151-152.

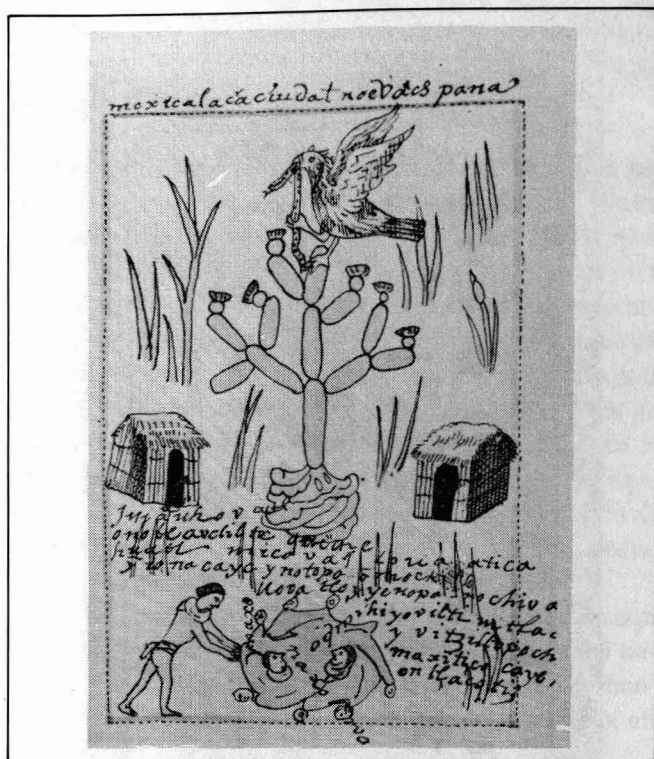
⁷ Durán, *Historia*, I, p. 106.

⁸ Durán, *Historia*, I, pp. 112-113, Códice Ramírez, p. 75.

⁹ Durán, *Historia*, I, p. 123.

¹⁰ Ixtlilxóchitl, *Obras históricas*, I, p. 317; II, pp. 151-152.

¹¹ Torquemada, *Monarquía Indiana*, I, p. 150; Durán, *Historia*, I, pp. 105-106.



“reyes” (tlahtoanis) de Tezcoco y Tacuba. Ya en su presencia, les indicó la forma en que el trabajo se repartiría:

1) Al señor de Tezcoco y su provincia tocaría la parte delantera; 2) a Tacuba la trasera; 3) a Chalco uno de los lados; 4) a la chinampa “que es la nación xuchimilca”, el otro lado; 5) A los mazauaques (mazahuas) “que es la nación otomí... mandó que su oficio no fuese otro sino traer arena para el edificio” (chapanecas, xiquipilcas, xocotlancas, cuauhuanecas, mazauacanecas “los que llaman cuauhtlaca”); 6) A los de “tierra caliente” mandó sirviesen “con cal y lo que le fuere mandado”.²³

Cuando Moctezuma despidió a todos estos señores los obsequió con mantas y joyas diversas. La gente común de las diferentes provincias “no perezosa de hacer lo que sus señores les mandaban, porque eran extrañamente obedecidos”, acudieron con los materiales necesarios para el templo: piedra, tierra y arena, cal y madera. Con estos ya reunidos en la ciudad, “...fueron llamados los maestros para que midiesen el sitio y hiciesen y mirasen la traza y asiento del edificio, y dieron por respuesta que sería acertado hacer sobre estacas una plancha y cimientó de cien brazas en quadro, donde se fundase lo del edificio y circunferencia del templo, ...y luego, midiendo las cien brazas en quadro, hicieron la estacada, y haciendo sobre ella una plancha de argamasa siguieron el edificio, y empezó a crecer con tanta presteza que en muy poco espacio lo subieron en gran altura... dice la ystoria que andaba gente de todas las provincias, casi como ormigas”.²⁴

Mientras se trabajaba en estas tareas, los mexicanos conquistaron Oaxaca, trayendo cautivos para el sacrificio en el templo. Aún no se terminaban los seis cuerpos de los “tenedores y sustentadores del cielo”, ni sus altares y sentaderas a pesar de que cien canteros trabajaban en ello y de que Tlacaclael andaba personalmente “con el ojo largo dándoles prisa a los albañiles y canteros”.²⁵

En la tercera relación de Chimalpahin se recoge un comentario que resulta de gran interés para conocer las condiciones de trabajo de los que acudían a este tipo de obras, dice: “También para este año (1452, 12 *tecpanil*) por segunda vez echaron la guerra los mexicas a los culhuacas, a la gente de Huexotla, a los de Cuauhnhuac, a los xochimilcas, a los tepanecas de Azcapotzalco, a los cuyauques; éstos se aconsejaron con el Chalca. Hallábanse disgustados por la imposición de trabajo forzoso para Tenochtitlan en la construcción que se hacía de la casa del diablo Huitzilopochtli, así como de las casas reales que estaban levantando desde hacía dos años; y también porque los mexicas sólo querían dar de comer una vez al día a la caída de la tarde a los diversos pueblos que tenían aposentados para la obra”.²⁶

²³ Lombardo sitúa la demolición de la antigua estructura en 1461, 8 *calli* (*Desarrollo urbano*, p. 71). En la séptima relación de Chimalpahin se dan dos fechas, la de 1446, 6 *tochtli*, para la exigencia de piedra a los chalca destinada al templo de Huitzilopochtli y la de 1467, 1 *acatl*, para la reanudación de esta construcción (*Relaciones*, pp. 199-206).

²⁴ Durán, *Historia*, I, pp. 231-232.

²⁵ Durán, *Historia*, I, p. 233.

²⁶ Tezozómoc, *Crónica Mexicana*, pp. 162-163. Chimalpahin sitúa la conquista de Coyxtlahuaca y Tepoxcollohan el mismo año que la inauguración de la piedra *Temalacatl*, en 1458, 5 *tochtli* (*Relaciones*, p. 100).

riales de construcción (madera, piedra y tierra), canoas labradas, terrazgueros y peones para sus obras, y gente valerosa y bastimentos para sus guerras.¹⁹

La cronología de esta etapa o etapas constructivas del templo mayor de la época de Moctezuma no es muy clara. A las peticiones hechas a los señores del valle de México que se reseñan arriba, suceden varias conquistas (Tepeaca y Tecamachalco, Tziccoac y Tuxpan, la Huasteca) y con ello nuevas noticias de trabajos en el templo. De las campañas de Cuextlan y Tuxpan,²⁰ se trajeron numerosos cautivos para el sacrificio en el templo que se dedicaron a trabajar en él durante dos años. En este lapso se hicieron también un tajón o piedra de sacrificios y la barda de la plaza contigua al templo, la plaza del mercado. Para esculpir la piedra utilizaron los mexicanos a los “excelentes albañiles” de Azcapotzalco y Coyoacan; las piedras necesarias para recubrir el basamento del templo y sus tres escalinatas, fueron pedidas a los pueblos comarcanos. A los dos años, se dice, los huastecos fueron sacrificados en el templo.²¹

En la víspera de la campaña mexicana contra Oaxaca, volvió la actividad alrededor de la misma obra, al parecer en una nueva estructura que sustituyó a la hecha en tiempo de Itzcoatl. Esta etapa independientemente de su cronología precisa, es una de las más interesantes y significativas para el tema del trabajo constructivo.²²

Moctezuma, por consejo de Tlacaclael, hizo llamar a través de sus mensajeros a todos los señores de las provincias y a los

¹⁹ Chimalpahin, *Relaciones*, pp. 97-101; Durán, I, p. 152.

²⁰ Durán, *Historia*, I, p. 151; Tezozómoc, p. 99.

²¹ Ocurredas a mediados del siglo xv.

²² Tezozómoc, *Crónica Mexicana*, pp. 114-116; Durán sólo registra la hechura de la piedra de sacrificios (*Historia*, I, p. 174).

El patrón que se observa en la ejecución de las otras grandes empresas constructivas se repite en gran parte respecto al ya descrito hasta aquí. Cuando Moctezuma el viejo mandó esculpir su efigie y la de Tlacaelel así como el registro del inicio de la gran hambre (1454, 1 *tochtli*) en las peñas de Chapultepec, llamó a "...los más primos entalladores y canteros que en todas las provincias se pudieron hallar..."²⁷ y, en pago por su trabajo, los obsequió con ropa y preseas honrosas.

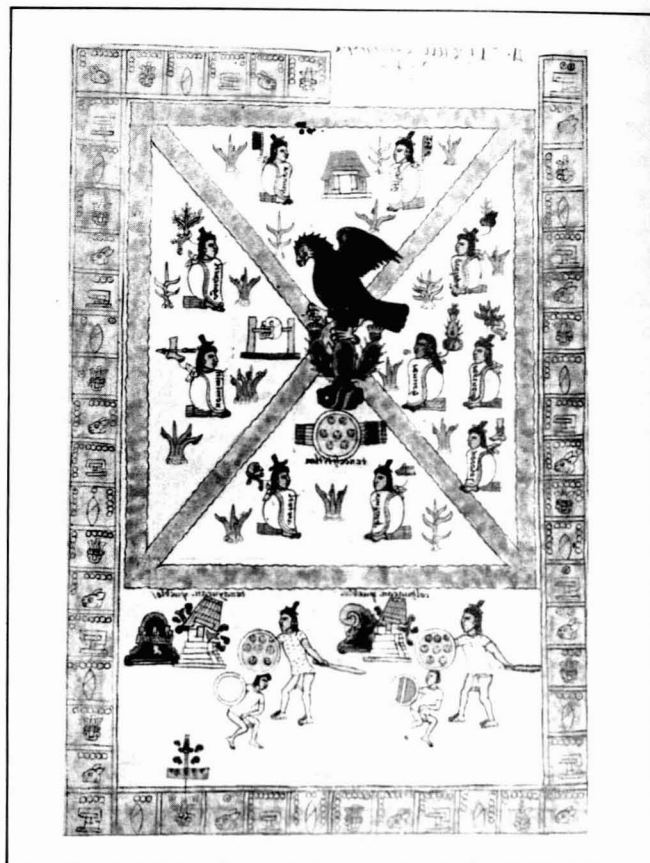
En tiempo de Axayacatl, sexto *tlahtoani* (1469-1481), se hizo el asiento y basamento de la "piedra del sol" (calendario azteca) llamándose, como en obras pasadas, a Tezcoco, Tacuba y todas las demás provincias para que aportaran los materiales (piedra, cal y arena) y su trabajo. Éste se organizó "...tomando cada nación su parte que le cabía..."²⁸

Otros ejemplos bien documentados del patrón organizativo los encontramos con motivo de la bien documentada "aventura" de Ahuizotl (octavo *tlahtoani*, 1486-1502) que fue la conducción de los manantiales de Acuecuxco (Coyoacan) a Tenochtitlan, así como en la reconstrucción de la ciudad luego de la tremenda inundación que aquella provocó. Asimismo en el fallido intento por traer una nueva piedra de sacrificios desde Chalco, ordenada por Moctezuma Xocoyotzin (noveno *tlahtoani*, 1502-1520). La falta de espacio no impide detenernos en ellos.

De todos los casos descritos hasta aquí pueden hacerse algunas reconsideraciones generales de interés, entre las que destacan las siguientes:²⁹

*Alcance geográfico o radio de influencia del llamamiento a obra pública en Tenochtitlan.*³⁰ Hasta el final del período prehispánico, las poblaciones que acudían a obra extraordinaria y por supuesto a medida de las conquistas, eran, en primer lugar, las del valle de México: Chalco, Tezcoco, Xochimilco, Azcapotzalco, Culhuacan, Coyoacan, Iztapalapa, Cuitlahuac, Mixquic y Tacuba. En segunda instancia acudían las "provincias" que las fuentes llaman con frecuencia de "tierra fría" y "tierra caliente": Quauhnahuac y Oaxtepec, por un lado y Toluca, Chiapan, Xiquipilco, Matlatzinco, Xocotitlan y Mazahuacan por el otro. Es decir, regiones relativamente cercanas a Tenochtitlan, en los actuales estados de Morelos y Guerrero, México e Hidalgo. Pocos son los casos de trabajadores o materiales provenientes de más lejos, como fue el de los huastecos que trabajaron dos años en el basamento de Huitzilopochtli en la época de Moctezuma el viejo.

Tipo de trabajador y su calificación. La masa de los trabajadores no especializados era de macehuales tributarios de los señoríos conquistados o aliados, salvo en el caso de los huaste-



cos cautivos en guerra. En ciertas obras se registra la intervención de artesanos refinados como los canteros entalladores, a veces llamados albañiles, y de buzos; pero no de otros como carpinteros, encaladores, etc., que harían los trabajos especializados comunes en las obras.

En relación con otros especialistas se tienen "maestros" que medían y hacían la traza de las obras. Entre ellos destaca la figura de Nezahualcóyotl, que encontramos aconsejando las mejores soluciones y dirigiendo el trabajo en varias ocasiones. Otros son los "principales" (nobles) o "mandones" que probablemente eran cuadrilleros, que dirigieron la traída de una enorme piedra de Chalco a México. Los únicos altos funcionarios estatales que según las fuentes analizadas intervienen en la toma de decisiones son el *huey tlahtoani* mexica y el *cihuacoatl* (Tlacaelel).

Condiciones de trabajo. La condición mínima de trabajo y la más elemental, parece haber sido la de recibir alimentación durante el desarrollo de la obra. Las "recompensas" en forma de productos como mantas, cactles, cacao, frijoles, etc., o de esclavos, se otorgaron algunas veces a los *tlahtoanis* de Tezcoco y Tacuba cuando el trabajo era satisfactorio o había revestido mucha importancia; y a los principales que dirigían los esfuerzos de los macehuales. Hay pocos indicios acerca de si los instrumentos eran llevados por los propios tributarios o les eran proporcionados, fuera por los señores o *tlahtoanis* convocados, fuera por los mexicanos. La exigencia en una ocasión a los de Xochimilco de aportar "instrumentos para sacar céspedes", parece indicar que al menos en el caso de instrumentos especializados, los mexica los exigían vía tributo extra-

²⁷ Chimalpahin, *Relaciones*, p. 99. El fragmento que Rendón traduce como "trabajo forzoso", dice en el original náhuatl: *hualcohuatequitia*, que literalmente dice: "el trabajo que venían a dar" (según L. Reyes García).

²⁸ Durán, *Historia*, I, p. 250.

²⁹ Durán, *Historia*, I, p. 286.

³⁰ Consúltense al respecto los trabajos de Gibson, "Llamamiento general", "The Pre-Conquest Tepanec Zone", y *Los aztecas*, pp. 377 y ss; Rojas, "La organización del trabajo" y "El trabajo de los indios".

ordinario para su posterior distribución entre los trabajadores convocados a sus obras. Otra referencia colonial de mediados del siglo XVI también señala en la misma dirección.³¹

Obligaciones laborales de los grupos participantes. En la gran mayoría de los casos documentados, ser convocados por México al *coatequil* (trabajo en obra pública), implicaba tanto la aportación de materiales (incluyendo la extracción y el acarreo) como el trabajo en la obra misma. Se encuentra por lo menos una variante consistente en sólo suministrar algún material, como por ejemplo la del caso de la "tierra caliente", encargada de sólo surtir de cal a la obra del basamento del templo de Huitzilopochtli (en la época de Moctezuma el viejo). En el mismo renglón de los materiales, se encuentra una cierta especialización. Chalco con frecuencia llevaba morillos y estacas de madera, los de tierra caliente, cal, los de Xochimilco, piedra.

Formas de organización del trabajo en las obras mismas. Como ya se apuntó, uno de los principios organizativos básicos del trabajo en obra pública, fue la división de tareas entre las distintas unidades laborales, los tequios: un lado del basamento, un segmento del acueducto, etc.

Concentración de trabajadores. Esta capacidad del estado mexicano para reclutar y reunir a gran cantidad de trabajadores organizados en breves lapsos, es quizá una de las características más llamativas de las grandes obras públicas. Un problema de investigación respecto a ello lo constituye la dificultad de calcular en términos reales las inversiones laborales totales, debido a que además de los objetivos, pocas veces las fuentes recogieron las cifras de hombres y los periodos de duración de las obras, elementos esenciales para los cálculos. Palerm y la que esto escribe intentamos algunos utilizando datos más precisos de otra fuentes. Según Bernal Díaz y Gómara, 8,000 personas trabajaron durante 50 días en la excavación de una acequia para botar los bergantines contruidos para la toma de Tenochtitlan (400,000 jornadas hombre).³² En la primera reconstrucción colonial de la albarrada de San Lázaro, trabajaron 6,000 indios diariamente durante tres meses (540,000 jornadas hombre),³³ mientras que en la reconstrucción de la calzada de Tlahuac hecha en el siglo XVIII el total de jornadas puede ser calculado en 748, 142, en un lapso de 30 semanas (7.5 meses, 144.5 días efectivos de trabajo).³⁴ ◇

³¹ Palerm, *Obras hidráulicas*, pp. 65-35.

³² Chávez Orozco, *Código Osuna*, p. 58. Un trabajador reclamó a su tepixque el pago por su trabajo y éste le respondió "...que es para comprar guacales y aradones, entonces cuando trabajéis lo habréis menester, que nosotros los guardamos..."

³³ Datos consignados páginas atrás. Si los días efectivos de trabajo se reducen a cinco por semana, el total se traduce entonces en 360,000 jornadas hombre.

³⁴ Detalles en Rojas, *Aspectos tecnológicos*, pp. 62-63. 36, 128 jornadas hombre y 675,874 jornadas más que resultan de convertir el trabajo de 118,669 mulas a trabajo humano. En un documento contemporáneo se hacía equivaler el humano con el trabajo de una mula en una relación 6 a 1 (Archivo General de la Nación, Obras Públicas [1648], vol. 7, exp. 1). Los estudiosos modernos de la tecnología calculan que un caballo usado como animal de carga puede llevar cuatro veces más que un hombre, ahora o en la antigüedad (Forbes, *Studies in Ancient Technology*, II, p. 82)

Bibliografía

Anales de Cuauhtitlan

Código Chimalpopoca. Traducción de Primo Feliciano Velázquez, UNAM, México, 1975.

Calnek, Edward E.

"Conjunto urbano y modelo residencial en Tenochtitlan", en: *Ensayos sobre el desarrollo urbano de México*, SEP, SEP-Setentas 143, pp. 11-65, México, 1974.

Chávez Orozco, Luis

Código Osuna, INI, México, 1947.

Codex Mexicanus

"Commentaire du Codex Mexicanus No. 23-24 de la Bibliothèque National du Paris", Ernest Mengin, ed., en: *Journal des Sociétés des Americanistes*, vol. XLI, pp. 387-498, 1952.

Código Ramírez

Manuscrito del siglo XVI intitulado: *Relación del origen de los indios que habitan esta Nueva España, según su historia*, Editorial Innovación, S. A., México, 1979.

Chimalpahin, Francisco de San Anton Muñon

Relaciones originales de Chalco Amaquemecan, FCE, México, 1965.

Durán, Fray Diego

Historia de las Indias de Nueva España e Islas de Tierra Firme, 2 tomos, Atlas, Editora Nacional, México, 1967.

Erasmus, Charles, J.

"Monument Building. Some Field Experiments", en: *Southwestern Journal of Anthropology*, vol. 21, No. 4, pp. 277-301, 1965.

Forbes, R. J.

Studies in Ancient Technology, IX, vols., E. J. Brill, Leiden, Países Bajos, 1955-1964.

Gibson, Charles

"Llamamiento General, Repartimiento, and the Empire of Acolhuacan", en: *Hispanic American Historical Review*, vol. 36, No. 1, pp. 1-27, 1956.

The Pre-Conquest Tepanec Zone and the Labor Drafts of the Sixteenth Century", en: *Revista de Historia de América*, Nos. 57-58, pp. 136-156, 1964.

Los aztecas bajo el dominio español, 1519-1810, siglo XXI Editores, México, 1967.

González Aparicio, Luis

Plano reconstructivo de la región de Tenochtitlan, INAH, México, 1973.

Hicks, Frederic

"Rotational Labor and Urban Development in Prehispanic Tezcoco", en: H. R. Harvey y H. J. Prem, (eds.), *Explorations in Ethnohistory*, University of New Mexico Press, Albuquerque, pp. 147-174, 1984.

Ixtlilxóchitl, Fernando de Alva

Obras Históricas, 2 tomos, Editora Nacional, México, 1965.

Lombardo de Ruiz, Sonia

Desarrollo urbano de México Tenochtitlan según las fuentes históricas, SEP-INAH, México, 1973.

Palerm, Ángel

Obras hidráulicas prehispánicas en el sistema lacustre del valle del México, SEP-INAH, México, 1973.

Rojas Rabiela, Teresa

"Aspectos tecnológicos de las obras hidráulicas coloniales en el Valle de México", en: T. Rojas, R. Strauss y J. Lameiras, *Nuevas noticias sobre las obras hidráulicas prehispánicas y coloniales en el Valle de México*, SEP-INAH, México, pp. 19-133, 1974.

"La organización del trabajo para las obras públicas: el *coatequil* y las cuadrillas de trabajadores", en: E. C. Frost, M. C. Meyer y J. Z. Vázquez, (eds.), *El trabajo y los trabajadores en la historia de México*, El Colegio de México y University of Arizona Press, México, pp. 41-66, 1979.

"El trabajo de los indios de la ciudad de México: 1521-1600", en: S. Glantz (ed), *La heterodoxia recuperada. En torno a Ángel Palerm*, FCE, México, pp. 165-202. 1987.

Tezozómoc Alvarado, Fernando

Crónica Mexicana, Editorial leyenda, México, 1944.

Torquemada, Fray Juan de

Monarquía Indiana, 3 tomos, Editorial Porrúa, S. A., México, 1963.

El abasto en la ciudad de Tenochtitlan

Tenochtitlan y el abasto

En los últimos tiempos mexicas (1350-1520 d.C.), se ve reflejado el dominio de Tenochtitlan-Tlatelolco como abastecedor de artículos manufacturados y consumidor de los productos agrícolas de la Cuenca. Los mexicas habían formado una próspera alianza política y militar, la Triple Alianza, que “emprendió batallas campales regulares, con propósitos de conquista y extorsión de tributo” (Berdan 1977:92), ensanchando sus fronteras, con lo que México-Tenochtitlan llegó también al clímax de su esplendor. Unida con Tlatelolco, el vecino sometido al poderío azteca en 1473, la gran ciudad sigue creciendo gracias al terreno ganado con una hábil empresa de ingeniería lacustre.

La gran Tenochtitlan (Foto 1) estaba conectada con la orilla del lago por medio de tres calzadas: al norte con Tepeyac, al oeste con Tlacopan y al sur con Iztapalapa y Coyoacan. Dos ejes se cruzaban en el centro de la ciudad, dividiéndola en cuatro importantes sectores. En el centro había una plaza donde se erigía el gran templo, mercados y estructuras religiosas y políticas. Cuatro eran las calzadas que salían de esta plaza: las del norte, oeste y sur que se prolongaban fuera de la ciudad, mientras que la del este conducía al límite de Tenochtitlan y al muelle de canoas. Además existían infinidad de templos menores y edificaciones de cal y canto reservadas como habitación a los nobles, comerciantes y gente del pueblo.

Dos fueron los sitios más destacados en Tenochtitlan: uno el amplio recinto sagrado del Templo Mayor y otro la gran Plaza de Tlatelolco, donde tenía lugar el mercado donde se vendían y compraban los más variados productos, presentando un abigarrado mosaico de mercaderías, procedentes en su mayoría de lejanas tierras. (León Portilla, 1986:848) (Foto 2).

La vida en la importante urbe era la de una metrópoli, a ella llegaban embajadores y gobernantes de regiones lejanas y por sus canales y calles recibían los tributos. Todos sus habitantes trabajaban al servicio de los dioses y en favor de ese “Pueblo del Sol” que denomina León Portilla.

Para asegurar la afluencia del tránsito de las miles de canoas que entraban diariamente, fue necesario construir canales rectos y ordenados. Los mercados se encontraban en las orillas con el fin de permitir su fácil abasto. La planeación urbana tomó en consideración no sólo el aumento de la población, sino también el fluir del tráfico del que dependía la ciudad pa-

ra su subsistencia. Era una ciudad siempre dependiente de las tierras agrícolas de otros, y al aumentar su población, para satisfacer su necesidad de alimentos, adopta dos estrategias: “la adquisición de tierras por medios políticos y la creación de nuevas tierras tomadas a los lagos” (Hassig, 1990:139).

Tenochtitlan había sido fundada en una isla sin acceso a zonas agrícolas propias; se vio precisada a depender de otras ciudades-estado para su sustento. A pesar de que los aztecas extendieron sus zonas productivas construyendo chinampas en el lago, estos recursos locales no les fueron suficientes, de allí que a lo largo de su historia Tenochtitlan dependería para abastecerse de las áreas agrícolas de las ciudades circundantes, situadas en las orillas de los lagos (Foto 3). Para el desarrollo y mantenimiento de una “economía integrada de mercado” (Hicks, 1987), fue especialmente importante asegurar el abasto de alimentos y de otros productos necesarios en el mercado. Muchos relatos tempranos describen la cantidad y variedad de alimentos accesibles en el gran mercado de Tlatelolco y otros mercados de la ciudad, pero el sistema de mercado no es descrito en ninguna parte, al grado que “actualmente no podemos seguir una cosecha del campo al mercado” (*op. cit.*:99).

Ante la creciente demanda de alimento, los aztecas tuvie-

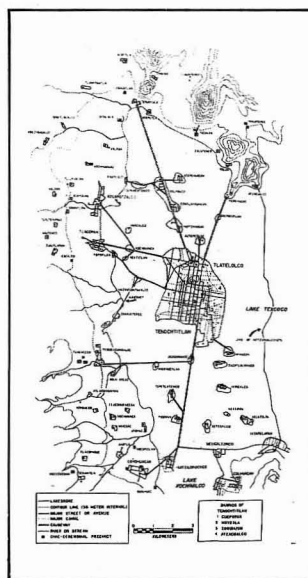


Foto 1. Cuenca de México. La Gran Tenochtitlan



Foto 3. Señoríos mexicas

ron varias opciones: intensificar las zonas que ya estaban en producción, extender más el área de producción, o ambas cosas. Depender más de las riquezas acuáticas era otra posible respuesta; sin embargo, la caza y la recolección se obtenían por una abundancia natural, y no estaban sometidas a una producción intensiva. Es cierto que había alimentos lacustres, sumamente nutritivos y abundantes, como los *ahuauhtli* (larvas de insectos) (Foto 4) y los *tecuitlalil* (algas verdes, *Spirulina gelitleri*), pero tales fuentes alimentarias sólo desempeñaban un papel complementario en la manutención de la población. Para superar estas dificultades de abasto, Tenochtitlan empleó una estrategia que dio por resultado el logro de una "simbiosis económica más eficiente; una economía de escala" (Hassig, 1990:142).

El sistema de mercado

El sistema económico dominante en el período azteca presenta tres categorías que lo definen: "el tributo, el tráfico exterior y el intercambio mercantil" (Berdan 1978-77). En opinión de Berdan, dichos sistemas se integraban tanto a nivel local como estatal. En el primer caso sería el mercado el punto estratégico de interacción, mientras que en el segundo el movimiento de los bienes se encauzaría también a través del mercado. De esta manera los *pochteca* ocuparían un punto central en el sistema al ser a la vez "emisarios del estado, intermediarios particulares y jueces y administradores del mercado más importante de la Cuenca de México" (*op. cit.*:87), mientras que en el nivel local y regional "el productor en su doble papel de *tlanamacac*, vendedor-productor a pequeña escala, y tributario, intervendría en relación con los demás productores y con los comerciantes profesionales, en ocasiones con el propósito de conseguir bienes para el pago del tributo" (*op. cit.*:86).

Fueron cuantiosos los artículos alimentarios que entraban anualmente en Tenochtitlan: las estimaciones difieren según cada interpretación de las fuentes históricas. Sobre esto, Carrasco (1989) sostiene que el tributo estimuló la producción provincial sin aumentar el consumo, lo cual vino a reforzar la concentración de poder en la Cuenca de México. Muchos de los artículos tributarios entraban en el sistema de mercado, aunque otros tantos no pudieron hacerlo por considerarse bienes suntuarios. Berdan (1978) sostiene que dichos bienes de tributo eran redistribuidos por canales administrativos en favor de las familias reales para complementar la producción de los comunes, mismos que se almacenaban con el fin de prevenir la posibilidad de hambre o desastre. Asimismo, sugiere que el tributo dio apoyo a los productores secundarios de la Cuenca de México, a la expansión militar, al desarrollo de la nobleza y a los grupos especializados. Cualquiera que hubiese sido el mecanismo, parece que los artículos tributarios sí entraban en el sistema de mercado (Foto 5).

Los productos no sujetos a tributo continuaron llegando a Tenochtitlan-Tlatelolco procedentes de diversos lugares aún después de su sometimiento. Sólo a los *pochteca* de cinco ciudades de la Cuenca de México se les permitía comerciar más allá de Tochtepec, por lo que seguramente otras poblacio-

Foto 2. El mercado
(Diego Rivera: Mural del
Palacio Nacional)

Foto 4. Ahuauhtli (larvas
de insectos)
(Foto Michael Zabé)

Foto 5. Áreas tributarias
y principales rutas
comerciales.
(Cortesía del Museo del
Templo Mayor-INAH,
Sala 3. Foto José de los
Reyes Medina)



nes lo hacían internamente. La existencia y continuación de mercados regionales requería de comerciantes de un nivel superior al que pudieran tener los simples productores, vendedores locales. Los artículos que entraban como tributo, no solían ser del mismo tipo de los que entraban gracias al comercio *pochteca* (Hassig, 1990:136-137). Resulta obvio que mucho de lo que no se producía en la Cuenca de México era llevado e intercambiado en ésta, especialmente algodón, obsidiana y cacao. "[...] estaban otros mercaderes que vendían ropa más basta y algodón e cosas de hilo torcido, y cacahuateros que vendían cacao" (Díaz del Castillo, Bernal, 1933:321). Otros bienes se producían o procesaban allí mismo para el consumo regional. La especialización fue resultado de la diferente disponibilidad de ciertos artículos, como sal, extraída de los la-

gos (Foto 6), y limo del área septentrional “[...] había la sal y los que hacían navajas de pedernal, y de como las sacaban de la misma piedra” (*op. cit.*:323). También había “una especialización de mercado mantenida por razones políticas” (Hassig, 1990:81-82).

Aunados al comercio de los *pochteca*, los mercados regionales dieron por resultado una eficiente estructura comercial. Los mercados más importantes fueron los del centro de México, donde se negociaba con bienes exóticos y ordinarios, los de Tepeaca, Acapetalyocan, Otumba y Tepepulco, este último especializado en la venta de aves comestibles y de bellos plumajes; los de Azcapotzalco e Itzocan vendían esclavos; Acolman, *izcuinili* y *chichi* (perros herbívoros comestibles); y Texcoco, ropas y alfarería fina. No se debe olvidar el de Cholula, que aunque no pertenecía a los del centro de México, se distinguía por expender joyas, piedras y plumas preciosas.

Cuando se especializan las mercaderías en dichos centros, se rompe con el patrón establecido de adquirir exclusivamente productos locales, lo que provoca que acudan compradores y vendedores de tierras lejanas a expender y adquirir otros bienes. Finalmente, los mercados, los centros de acopio de tributo y los mercados especializados, parecían haber funcionado como centros de importancia, donde los productos podrían ser obtenidos por grandes cantidades, en movimiento hacia Tenochtitlan (Hicks, 1987:102, Hassig, 1990:122).

El sistema de intercambio de mercado fue complejo en sí mismo, pero el “modo transaccional fue fundamentalmente diferente del comercio externo y ambos fueron marcadamente distintos del tributo. Los mercados funcionaron como puntos de distribución local para una amplia variedad de productos especializados” (Berdan, 1977:98).

Podemos decir que tributo y comercio eran dos vías complementarias para la adquisición de bienes de lujo; del tributo se obtenían ciertos bienes que a su vez los mercaderes profesionales intercambiaban por otros en los puertos de intercambio, lo cual creó una circulación donde el estamento dominante adquiría los artículos necesarios para su vida diaria y para el ritual (Foto 7).

Producción agrícola y especialización artesanal

En la Cuenca de México cada entidad política tenía su propia área de producción agrícola. Con el sistema de chinampas se aprovecharon los bordes de los lagos, toda vez que al ser una práctica agrícola intensiva, incrementaba la productividad de las zonas adyacentes a la ribera, siendo las del sur las que lograron mayor productividad por ser las más extensas. Quienes producían para el mercado parecen haber sido algunos de los comuneros de la Cuenca de México. Por la creación de grandes extensiones de tierra y por la manipulación de la entrada y salida del tributo, las acciones estatales aseguraron la formalidad del mercado como una fuente de necesidades diarias. De los *macehualtin* pudieron obtener productos en numerosas formas: por trabajo comunal en las tierras del Estado, o por intercambio de excedentes agrícolas en mercados locales o distantes, además por transacciones con mercaderes profesionales, “con el propósito de obtener productos en tributo, el



Foto 6. Sal
(Foto Michael Zabé)

Foto 7. Señor Ataviado
(Diego Rivera: Mural del Palacio Nacional)

Foto 8. Huautli o amaranto
(Foto Michael Zabé)



intercambio de excedentes agrícolas en los mercados involucró viajes a distancias considerables” (Berdan 1977:93).

Del manuscrito precortesiano –Matrícula de Tributos– y del códice Mendoza, sabemos que dichos tributos consistían en maíz, granos de cacao, algodón y metales preciosos tales como cobre, bronce, estaño, plomo, fierro y zinc, así como piedras preciosas en bruto o labradas, plumas, textiles y mantas. También alfarería, pieles, madera, juncos, papel, caucho, productos odoríferos y colorantes, según Durand-Forest (1971).

Por otro lado, los gobernantes de Tenochtitlan trasladaron a la ciudad a los más experimentados artesanos de las áreas circundantes, asentándolos en los *calpullis* (barrios) donde ya vivían artesanos del mismo oficio. Sus productos más finos eran destinados a la realeza y el tributo, los más comunes, para el mercado. Los asentamientos circunvecinos no fueron despojados totalmente de sus artesanos especialistas, a pesar de lo cual “Tenochtitlan y Tlatelolco llegaron a tener la más

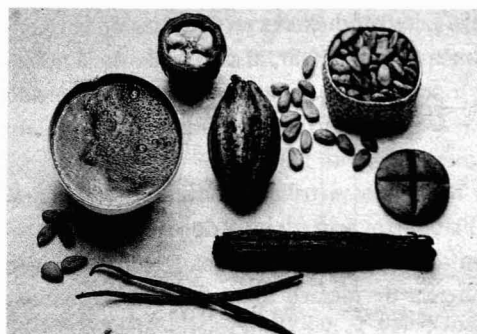


Foto 9. Cacao
(Foto Michael Zabé)

grande concentración de los mejores hacedores de magnífica artesanía" (Hicks, 1987:96-97).

Si consideramos en primer lugar la producción agrícola como objeto del tributo (Molins, 1983), en especial la producción de maíz, frijol, *chian*, *huauhtli* (Foto 8) y cacao, de cuyas plantas nos consta la importancia cuantitativa de la producción, aunada a los enseres artesanales, podemos explicarnos la existencia de las grandes instalaciones para almacenar dichos productos. Se "guardaban en trojes construidas en el propio campo y se llevaban poco a poco hasta los almacenes de las casas" (Rojas Rabiela, 1985:178). Sahagún (1980) nos dice que los depósitos corresponden al Estado, existiendo también almacenes de tipo doméstico, donde los agricultores guardaban sus propias cosechas. Además de estos grandes almacenes graneleros había otros de menor volumen donde se conservaban la chía, el *huauhtli* o amaranto y el frijol en ollas de barro. En el caso del cacao que se usó también como moneda, se reservaba una parte de la producción que se almacenaba en una llamada "casa de cacao", perteneciente a Moctezuma y que guardaba más de 40,000 cargas (Durand-Forest, 1967:178). Tres de ellas, *cuauhcacahuatl*, *mecacahuatl* y *xochicahuatl*, servían como moneda, mientras que la de frutos más pequeños, *tlalcahuatl*, era utilizada para fabricar bebidas (*op. cit.*:158) (Foto 9).

El mercado y los mercaderes

Los *tianguiztli* comúnmente se situaban junto a las residencias de los gobernantes y se planeaban cuidadosamente separando las mercaderías en zonas especializadas: "cada género de mercaderías estaban por sí, y tenían situados y señalados sus asientos" (Díaz del Castillo, Bernal, 1933:321) "[...] se venden en sus calles sin que se entremetan otra mercadería ninguna y en esto tienen mucho orden" (Cortés, Hernán, 1970) (Foto 10).

El gran mercado de Tenochtitlan-Tlatelolco iniciaba por las mañanas sus operaciones comerciales al son del tambor del templo de Quetzalcóatl, y así mismo las daba por terminadas al anochecer acentuando así su gran importancia. A él acudían, entre otros, campesinos que mediante el trueque cambiaban los excedentes de su cosecha, así como mercaderes profesionales que se dedicaban principalmente al comercio exterior. Todo tipo de personas realizaban allí sus compras-ventas, so pena de acarrear la ira de Yacauhtecuhli, dios de los mercaderes. Más allá de lo meramente comercial, el mercado "era una fiesta que no dejaba de ser celebrada por hombres y mujeres, lo que implica una estrecha relación entre comercio, religión, música y danza, y el espíritu lúdico del pueblo" (Alcina F. J., 1992:142).

Los artículos se vendían por cuenta y medida, no por peso: "Todo lo venden por cuenta y medida a excepto que hasta ahora no se ha visto vender cosa alguna por peso" (Cortés, Hernán, 1970). Las regulaciones no sólo requerían de una asistencia periódica a los mercados, sino que prohibían la venta de artículos fuera de éstos (Hassig, 1990:77). Las sanciones eran impuestas en el tribunal de los comerciantes, cuyos miembros residían allí permanentemente y se dedicaban, por

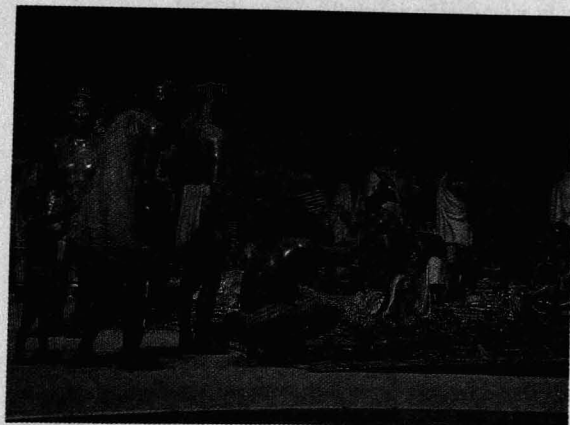


Foto 10. El mercado de Tlatelolco (Fragmento de la maqueta del Mercado de Tlatelolco, Museo Nacional de Antropología-INAH, Sala México (Foto Enrique Ramírez Serrano)

otro lado, a combatir el fraude. "Escapaban a esta regla los artesanos que trabajaban en el palacio para el emperador o para la corte" (Durand-Forest, 1971:114).

En el mercado de Tlatelolco había numerosos tipos de mercaderes vendedores, siendo común admitir que eran cuatro o cinco las clases de comerciantes más importantes, los *pochtecallatoque* o mercaderes de alto rango, los *pochteca* de esclavos, los *teucunenque* o mercaderes reales y los *naualoztomeca* u *oztomeca* simplemente, mercaderes espías. Entre ellos había también quienes vendían en pequeña escala los mismos bienes que ellos cultivaban como maíz, algodón, cacao, entre otros de consumo cotidiano: "éstos quienes vendían maíz y frijol fueron las mismas personas que los cultivaban" (Berdan, 1977:98). Por último había comerciantes que ofrecían productos como sal y chile, entre otros de los más comunes, por ello frecuentaban mercados de barrio o "iban vendiendo de puerta en puerta" (Calnek, 1989).

Los *pochteca* pertenecieron a un grupo laboral hereditario, los de Tenochtitlan-Tlatelolco ocupaban barrios separados: Pochtlan, Ahuachtlan, Acxotlan, Atlauhco, Tzonmolco, Tepetitlan e Itzcalco. Fueron gobernados internamente por dos comerciantes e integraban un enclave político en la sociedad azteca, se regían por sus leyes y tribunales propios y a pesar de no pertenecer a la nobleza usaban atuendos y artículos suntuarios para acentuar su distinción (Hassig, 1990:129). Así mismo, estos mercaderes extendieron su poder en los mercados puestos a diario y juzgaban los procedimientos del gran mercado de Tlatelolco, haciendo cumplir precios justos y conducta apropiada. Acosta Saignes (1945) les sugiere un origen tolteca, y basa su teoría en la difundida existencia de gremios de comerciantes en lugares conocidos por los toltecas.

A partir de la comparación de las fiestas mercantiles en honor al dios Yauhcateuctli en Tenochtitlan, con las de Quetzalcóatl en Cholula, que a su vez era una importación olmeca de la costa del Golfo, Acosta Saignes llega a la conclusión que los *pochteca*, o un grupo de comerciantes de estructura similar, se fundaron antes de las migraciones toltecas, y que tuvieron su origen en la costa del Golfo.

Canoas, abasto y transportación

Un factor importante fue estructurar el sistema de transporte para agilizar el comercio a larga distancia, integrado por *tlamemes* de quienes dependía el porteo, el mantenimiento de los caminos y la vinculación intercabeceas, obligada por razones políticas, aumentando así la eficiencia del sistema. Una segunda opción eran las canoas, *acalli* en nahuatl, palabra que al españolizarse se transformó en acale. Las canoas utilizadas en los lagos de México eran de poco calado y proa cuadrada, construidas con el tronco de un solo árbol, impulsadas con remos y pértigas, y carecían de velas. El abasto de la ciudad de Tenochtitlan dependía en gran parte del transporte por canoas. El tráfico de dichas canoas unía económicamente todo el sistema lacustre de la Cuenca de México. Aunque las zonas que enviaban bienes a Tenochtitlan desde el oeste empleaban *tlamemes*, las que podían emplear canoas las aprovechaban, con lo que se canalizaba el tráfico a través de varios embarcaderos en las comunidades especializadas en transporte. Había casos en que la ruta acuática era más breve que los caminos de tierra. La producción de excedentes agrícolas al borde de los lagos era mayor en los dos lagos más meridionales, donde el sistema de chinampas se había desarrollado más extensamente. Sin embargo, también llegaban otros artículos procedentes de la Cuenca. En el centro de este flujo comercial se hallaba la gran ciudad consumidora que fue Tenochtitlan.

El tráfico iba predominantemente a Tenochtitlan y consistía, en gran parte, en alimentos y otras provisiones, pero Tenochtitlan-Tlatelolco también servía como mercado para las *hinterlands*, áreas rurales periféricas, por lo que las canoas iban en ambas direcciones. La corriente que llegaba de los altos lagos periféricos a los bajos lagos centrales coincidía con el flujo económico de artículos voluminosos de las periferias al centro. Así, canoas cargadas pesadamente iban a Tenochtitlan ayudadas por la corriente, mientras que las canoas que regresaban, ya con poca carga, encontraban menor resistencia. El sistema lacustre servía como grande y eficiente vehículo de bienes; el fluir era de lo rural a lo urbano, básicamente de ida a la ciudad de Tenochtitlan. Los cargamentos transportados en canoas probablemente incluían todo lo que se producía en el centro de México, y en su mayor parte eran artículos voluminosos: piedras, arena, madera, maíz, grano, sal, carne, pescado, fruta, flores y legumbres.

Resumiendo, el abasto de productos que llegaban a la ciudad de Tenochtitlan, estaba integrado por un complejo sistema de mercado, relacionado con el acopio de bienes obtenidos por tributo, y con la importante labor de los mercaderes dedicados al comercio exterior. Así mismo, apuntamos la impor-

tancia del transporte para la circulación de los artículos tanto agrícolas como artesanales, producidos dentro y fuera de la Cuenca de México.

Los antiguos habitantes de la isla de Tenochtitlan se caracterizaron por ser una población altamente consumidora. Este rasgo ha sido constante en la ciudad de México, ya que para su abastecimiento se han tenido que instrumentar distintos y complicados sistemas económicos, a lo largo de su historia.

Bibliografía

- Acosta Saignes, Miguel
Los pochteca, Acta Antropológica, Vol 1, núm. 1, Sociedad de Alumnos de la Escuela Nacional de Antropología e Historia, México, D. F., 1945.
- Alcina Franch, José
 "Mercaderes y Tributarios" en *Azteca Mexica, Las culturas del México Antiguo*, Quinto Centenario España, Ed. Lunberg. S. A., Museo Arqueológico Nacional, Ministerio de Cultura, Dirección Gral. de Bellas Artes y Archivos, INAH-México, Madrid, 1992.
- Berdan, Frances F.
 "Distributive Mechanisms in the Aztec Economy" en *Peasant Livelihood: Studies in Economic Anthropology Cultural Ecology*, Ed. R. Halperin y J. Daw, St. Martins Press, New York, pp. 91-101, 1977.
- "Tres formas de intercambio en la economía azteca, en *Economía Política e ideología en el México prehispánico* (Carrasco-Broda Eds): 77-95 CIS-INAH, Nueva Imagen, México, 1978.
- Calnek, Edward E.
 "El Sistema de Mercado en Tenochtitlan", en *Comercio, comerciantes y rutas de intercambio en el México antiguo* (Ochoa Lorenzo, Comp.), pp. 57-74, Secretaría de Comercio y Fomento Industrial, México, 1989.
- Carrasco, Pedro
 "El tianguis y los mercaderes" en *Comercio, comerciantes y rutas de intercambio en el México antiguo* (Ochoa Lorenzo, Comp.), pp. 57-74, Secretaría de Comercio y Fomento Industrial, México, 1989.
- Cortés, Hernán
Historia de la Nueva España, Aumentada por Antonio Lorenzana, Prol. y notas de Juan Hernández de la Vega, Ed. J. G. Álvarez Canelo, México, 1970.
- Díaz del Castillo, Bernal
Historia verdadera de la conquista de la Nueva España, Espasa-Calpe, Madrid, 1933.
- Durand-Forest, Jacqueline
 "Cambios económicos y moneda entre los Aztecas", en *Estudios de cultura nahuatl*, Vol. IX, Instituto de Investigaciones Históricas UNAM, pp. 105-124, México, 1971.
- Hassig, Ross
Comercio tributo y transportes, la economía política del Valle de México en el siglo XVI, Alianza Editorial mexicana, Versión Española de Juan José Utrilla, México, 1990.
- Hicks, Frederic
 "First Steps toward a market-integrated economy in aztec México", Reprinted from *Early State Dynamics*, Claessen & Van de Velde, eds. Studies in Human Society 2, Leiden: E.J. Brill, 1987.
- León-Portilla, Miguel
 "Los Aztecas durante el reinado de Motecuhzoma Xocoyotzin", en *Historia de México*, tomo 5, Salvat Mexicana de Ediciones, pp. 843-855, 1986.
- Molins Fábrega, N.
El Códice Mendocino y la economía de Tenochtitlan, Jorge Porrúa S. A., México, D. F., 1983.
- Rojas Rabiela, Teresa
 "La Tecnología agrícola mesoamericana en el siglo XVI", en *Historia de la agricultura. Época Prehispánica. Siglo XVI*, (Rojas-Sanders eds): Vol 1:129-231, INAH, México, 1985.
- Sahagún, Fray Bernardino de
Códice Florentino, Archivo General de la Nación, Facsímil del manuscrito 218-20 de la Colección Palatina Laurenziana, México, 1980.

La arquitectura: intento de construcción de una imagen

La arquitectura de México-Tenochtitlan sólo puede ser reconstruida a partir de los escasos y dispersos vestigios materiales, rescatados por la arqueología en ocasiones en que por alguna necesidad se penetra en el subsuelo de la ciudad actual, ya que fue deliberadamente devastada para construir sobre ella y aprovechando sus mismos materiales, los edificios del México colonial. No obstante esa limitación, existe también el recurso de la analogía etnológica y el de las fuentes documentales que en conjunto hacen posible imaginarla en la apariencia que tuvo a la vista de los conquistadores a quienes, por cierto, les causó un gran impacto por lo bien hechas, por el preciosismo de sus acabados y por el esmero que los mexicas ponían en su mantenimiento y conservación.

En una ciudad tan compleja como lo fue Tenochtitlan, en su calidad de sede de los poderes de un vasto Estado, hubo muchos tipos de edificaciones, respondiendo desde luego a sus múltiples destinos y de acuerdo con las funciones que en ellas se desarrollaban.

En primer lugar estaban las habitacionales. Entre ellas, hacia las orillas de la ciudad se encontraban las tradicionales casas campesinas, por lo general unifamiliares, construidas dentro de las chinampas. Sus muros eran de carrizo repellido con

lodo, a veces encalado, con techo de paja a dos aguas para escurrir el agua de lluvia. Según se puede ver en un documento temprano de la época colonial que se conserva en el Archivo General de la Nación, eran de planta rectangular con un solo vano para darle acceso por el centro de uno de los lados más largos. En su interior había a veces un muro medianero que dividía el espacio en dos, usándose el primero como cocina y el segundo como dormitorio (Fig. 1).

Ya un poco más adentro, hacia los barrios, eran comunes las casas multifamiliares. Como también lo muestran otros documentos del mismo archivo, en un terreno rectangular cercado, se distribuían irregularmente varias casas (Fig. 2). Probablemente eran unidades habitacionales de familias extensas que tenían algunos espacios de usos compartidos, como los patios y la cocina, que en este caso era una construcción separada. Los españoles las denominaron “corrales de indios” a semejanza de los “corrales de vecinos” de Andalucía, que eran muy parecidos a ellos.

Conforme se acercaban hacia el centro había casas más grandes construidas de “cal y canto” con techo plano, a las que Bernal Díaz les llamaba “casas de azotea” (Fig. 3) y estaban constituidas por varias dependencias en torno a un patio.

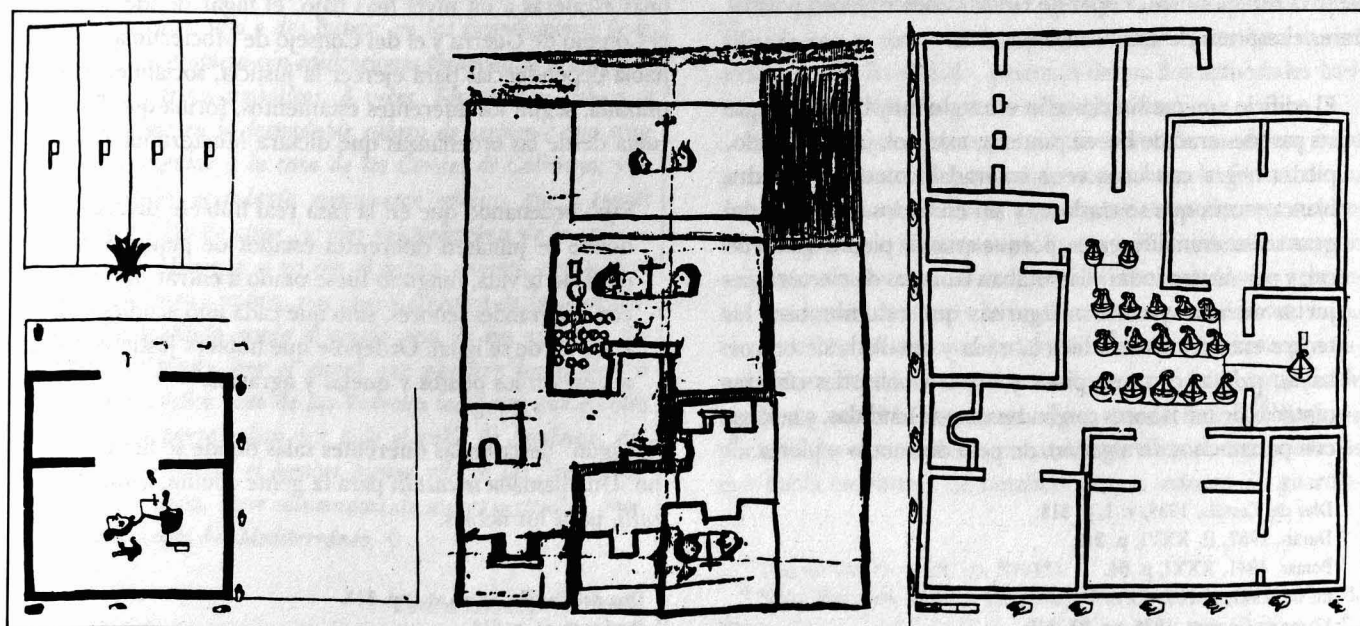


Fig. 1 Planta de casa unifamiliar con terreno de cultivo. Fig. 2 Representación de una casa multifamiliar urbana, cada familia está representada por una pareja y la cocina aislada en el patio tiene una entrada en forma de arco. Fig. 3 Planta de una casa urbana del tipo de las que se construían con cal y canto.

Finalmente, ya en el propio centro de la ciudad, se emplazaban las casas de los nobles. En primer lugar, en el lado este de la gran plaza de las Casas Nuevas de Moctezuma El Joven (hoy Palacio Nacional), cuyos jardines y zoológico causaron gran impresión en los españoles. En el lado sur, las del Cihuacóatl, segunda autoridad en el gobierno mexica (hoy Departamento del Distrito Federal). En el lado oeste, el palacio de Axayácatl (hoy Monte de Piedad), ubicado frente al recinto del Centro Ceremonial que fueran las Casas Reales, hasta que Moctezuma se cambió a las Casas Nuevas.

Otros palacios de la nobleza se encontraban también en las zonas centrales como el de Cuauhtémoc que estaba en la esquina S. E. de la actual plaza de Santo Domingo y, además, se sabe que todos los señores que gobernaban en las provincias tenían casas en Tenochtitlan para alojarse cuando eran requeridos a la corte por Moctezuma.

Las descripciones que hacen los cronistas de las casas reales y las nobiliarias se refieren a los amplios patios y al gran número de espaciosos aposentos que en ellas había; a lo bien labradas con buena cantería y maderas preciosas, con paredes y toldos cubiertos de telas de algodón y muchas maneras de piedras y pinturas y tenían, además, "todos aquellos palacios muy lucidos, y encalados y barridos y enramados".¹

Desde la época de Moctezuma El Viejo (1440-1469), se habían dictado normas para diferenciar las casas de los nobles como privilegios dados por los dioses sólo a ellos. Tales eran los de construir casas con altos, o con techos puntiagudos.² Pomar dice que las casas de los principales se construían sobre basamentos, lo que era símbolo de nobleza.³ Indudablemente que todo lo anterior habla de que los mexicas concebían en su arquitectura una jerarquización por la altura.

Las casas nuevas de Moctezuma estaban construidas sobre un terraplén o basamento a manera de entresuelo.⁴ Tenían veinte puertas hacia las calles y la plaza y, colocados sobre ellas, unos escudos de águilas y jaguares, las insignias militares de mayor rango. En el interior había tres grandes patios —uno de los cuales con una fuente—,⁵ rodeados de amplias salas para diversos usos. López de Gómara describe con pormenores el aspecto de estas construcciones:

El edificio aunque sin clavazón era todo muy bueno porque las paredes eran de buena cantería, mármol, jaspe, pórfido, piedra negra con unas vetas coloradas como rubí, piedra blanca y otra que se trasluce, y sin éstos, los aposentos del gran señor eran diferentes, porque eran de piedra blanca de cal, y por dentro todas ellas estaban labradas de ciertos espejuelos de unas piedras margaritas que relumbraban: los techos eran de madera bien labrada y entallada de cedros, hayas, palmas cipreses, pinos y otros árboles; las cámaras pintadas de mil labores con lindas esteras tendidas, y muchas con paramentos de algodón, de pelo de conejo y pluma...⁶

¹ Díaz del Castillo, 1939, v. 1, p. 313.

² Durán, 1967, II, XXVI, p. 212.

³ Pomar, 1941, XXXI, p. 64.

⁴ Zurita, 1941, p. 109.

⁵ López de Gómara, 1826, pp. 95, 219.

⁶ *Ibidem*.

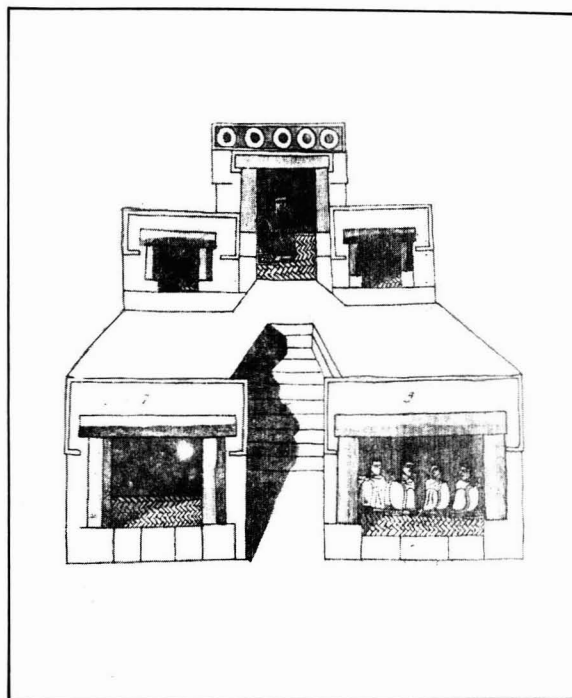


Fig. 4 Palacio donde se reunía el Consejo. *Códice Mendocino*, Lám. 70: 1— Trono de Moctezuma; 3— Lugar de los señores de Chiauhtla, Tenayuca y Colhuacán; 4— Lugar de los señores de Texcoco y Tacuba; 5 y 6— Patio; 7— Lugar de reunión del Consejo de Guerra; 9— Lugar del Consejo de Moctezuma.

Se encontraban también en uno de estos patios los departamentos para mujeres y todos los servicios, como baños, cocinas, trojes o almacenes y lugares para músicos, bailarines y artesanos, que asistían las necesidades del *tlatoani*, además de los hermosos jardines.

Las Casas Reales incluían además de las áreas habitacionales, dependencias administrativas. Bernal Díaz describe que en las Casas de Axayácatl "tenían hechos grandes estrados y salas muy entoldadas"⁷ para audiencias. Por otra parte, en la lámina 70 del *Códice Mendocino* (Fig. 4), se representa el lugar donde se reunían los consejos. Ésta presenta en la parte más alta y también con el techo más alto, el "trono de Moctezuma"; a su derecha el lugar de los señores de Chiauhtla, Tenayuca y Colhuacán; a su izquierda el de los señores de Texcoco y Tacuba y después de un patio, descendiendo por unas escaleras a un nivel más bajo, el lugar donde se reunía el Consejo de Guerra y el del Consejo de Moctezuma. Además había dependencias para ejercer la justicia, socialmente jerarquizada, según los diferentes estamentos, forma que fue instituida desde las ordenanzas que dictara Moctezuma El Viejo:

Salió ordenando que en la casa real hubiese diversas salas, donde se juntasen diferentes estados de gentes y que, so pena de la vida, ninguno fuese osado a entrar ni revolverse con los grandes señores, sino que cada uno acudiese a la sala de los de su igual. Ordenóse que hubiera justicias a quien acudiesen los pleitos y quejas y agravios.⁸

Sahagún⁹ describe las diferentes salas donde se llevaban a cabo. Una llamada *teccacalli* para la gente común; otra, el *tecpillalli*, para los nobles.

⁷ Díaz del Castillo, *op cit*, v. 1, p. 313.

⁸ Durán, *op cit*, p. 213.

⁹ Sahagún, 1956, VIII, XIV.

Por otra parte, en los cuatro *campa*, los cuatro grandes sectores en que se dividió Tenochtitlan desde su origen –llamados parcialidades en la ciudad española–, tenían también un palacio o *tecpan*, con funciones administrativas, así como juzgados para impartir la justicia, entre la gente de los barrios o *calpullis* que entraban en su jurisdicción. Debieron ser mucho más sencillos aunque organizados de acuerdo al mismo esquema de salas alrededor de un patio.

Nada se sabe sobre los talleres artesanales de Tenochtitlan, lo cierto es que existían grupos de artesanos en ciertos barrios; el caso más conocido es el de los que trabajaban la pluma y que se ubicaban en Tlatelolco. No obstante, en Teotihuacan se han identificado construcciones como talleres que son recintos bardeados con pocas entradas y que en su interior tienen múltiples patios con cámaras en sus cuatro lados, que se intercomunican; es probable que fueran lugares de trabajo combinados con vivienda. En vista de que los mexicas recogieron una gran parte de la cultura teotihuacana y que el patrón de cuartos alrededor de patios seguía vigente en Tenochtitlan, es muy posible que los talleres mexicas fueran muy similares.

En cambio, de lo que sí hay descripciones es de la forma del mercado principal, el de Tlatelolco. Se sabe que era un gran espacio abierto con un altar en el centro, rodeado de pórticos y que tenía cuatro entradas. Los puestos eran desmontables y en la plaza se ponían en hileras, como todavía se ven los *tianguis* actuales y ciertos tipos de mercancías se colocaban en los pórticos; también se ubicaban en ellos los jueces que sancionaban los pleitos que llegaban a suscitarse.

LA SUPERVIVENCIA DE TENOCHTITLÁN

Sobre las ciudades sepultadas en que se asienta México, la Tenochtitlán de los aztecas persiste todavía a flor de tierra. Se descubre o se cava, uno o dos metros, en las inmediaciones de la Catedral, y se tropieza con edificaciones piramidales y con grandes ídolos y frisos simbólicos. A veces, Tenochtitlán sube y se muestra, como en la formidable cabeza de serpiente que sirve de piedra angular a la casa de los Condes de Calimaya; y la Piedra del Sol es todavía monumento público, que a través del patio del Museo atrae los ojos del transeúnte de la calle. Y si no con el Museo, y si no con el azteca viviente, con su tipo étnico y su lengua nativa, nos convenceríamos de la persistencia de Tenochtitlán yendo a visitar una de sus antiguas dependencias: yendo, por el canal que abrieron los indios, a Xochimilco, rústico resto de las Venecias indígenas que en otro tiempo se desparramaban por todo el valle de Anáhuac, Arcadia lacustre donde el hombre piensa sólo en las flores y los frutos que cultiva, entre columnatas de sauces verticales, émulos de los chopos del Mediterráneo. ♦

Pedro Henríquez Ureña

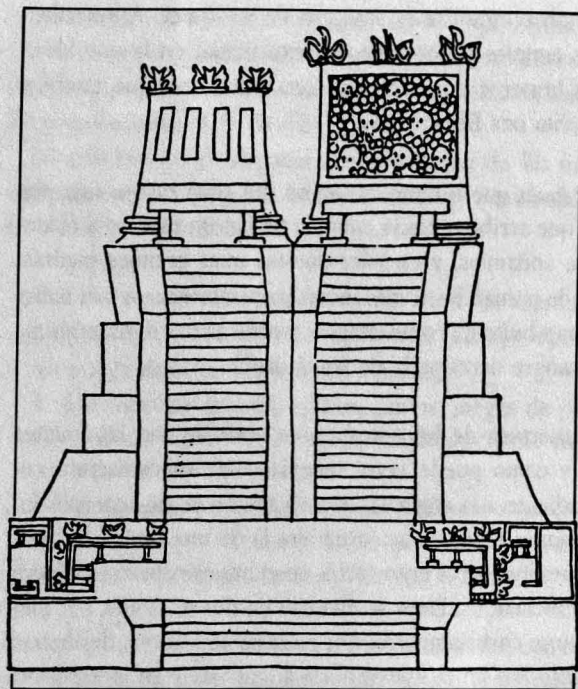


Fig. 5 Dibujo del Templo Mayor de Tenochtitlan en el que se muestra abajo una plataforma sobre la que están las habitaciones para los sacerdotes; el basamento piramidal con cuatro cuerpos superpuestos, la doble escalinata limitada por alfardas con dados en la parte alta; en la cima, a la izquierda el Templo de

Sin embargo, entre los edificios destacaban en todos aspectos los del centro ceremonial religioso. Delimitado por el *coa-tepanlli*, o muro de serpientes, congregaba una serie de construcciones dedicadas al culto; así lo describe Bernal Díaz:

[...] y llegamos a los grandes patios y cercas donde está el gran *cu*; y tenía antes de llegar a él un gran circuito de patios, que me parece que eran más que la plaza que hay en Salamanca, y con dos cercas alrededor, de calicanto, y el mismo patio y sitio todo empedrado de piedras grandes, de losas blancas y muy lisas, y adonde no había de aquellas piedras estaba encalado y bruñido y todo muy limpio, que no hallaran una paja ni polvo en todo él.¹⁰

Desde luego, el edificio más importante era el Templo Mayor, la pirámide en cuya cima señoreaban a la par el Templo de Huitzilopochtli –el dios tribal y guerrero de los mexicas, identificado con el sol– y el Templo de Tláloc –la antigua deidad del agua y la fertilidad–, patronos de las dos actividades básicas de ese pueblo: la guerra y la agricultura.

Aunque no se conserva la arquitectura de su última etapa porque fue destruida, tomando como base la forma de las subestructuras que fueron los templos antecedentes, se pueden imaginar sus dimensiones. Frente a él se extendía un patio enlosado con su altar central, teniendo a los lados los aposentos de los sacerdotes que lo tenían a su cargo. Orientado hacia el poniente, un enorme basamento¹¹ de cuatro cuerpos superpuestos de taludes casi verticales, con la imponente doble escalinata –de 114 escalones, según Bernal Díaz–,¹² limitada por alfardas que rematan en unos soberbios dados, sobre los que había esculturas de hombres que, a manera de guardia-

¹⁰ Díaz del Castillo, *op cit.*, pp. 330-331.

¹¹ Según Marquina, 1960, p. 44, media 100 m x 80 m en su base y 30 m de altura.

¹² Díaz del Castillo, *op cit.*, I, p. 330.

nes, portaban estandartes, insignias de los dioses. Antecediendo a los templos se formaba una explanada, en la que había grandes braseros y una piedra para sacrificios, que también fue descrita por Bernal Díaz:

Y después que subimos a lo alto del gran *cu*, en una placeta que arriba se hacía, adonde tenían un espacio a manera de andamios, y en ellos puestas unas grandes piedras, adonde ponían los tristes indios para sacrificar, y allí había un gran bulto de como dragón, y otras malas figuras, y mucha sangre derramada de aquel día.¹³

La arquitectura de los templos –de acuerdo con las fuentes (Fig.5) y como puede verse todavía en la subestructura correspondiente a la etapa II– era en efecto de dos cuerpos independientes entre sí. Su forma era la de una pirámide truncada, pues los muros eran rectos en el interior, pero por fuera estaban inclinados. Éstos se dividían en dos secciones por medio de unos cornisamentos, que en la parte inferior dejaban el paramento liso en el que se abría la entrada y en la superior, unos paneles en los que había decoraciones alusivas a los dioses –en el de Tláloc estaban pintadas unas franjas blancas y azules, su color distintivo, y en el de Huitzilopochtli unas calaveras en color rojo–, coronados por adornos en forma de almenas con símbolos de los propios dioses. En el interior, cada una tenía una crujía rectangular con el eje más largo transversal a la entrada. Eran de techo plano sostenido sobre vigas a manera de terrado.

En el interior de las cámaras, tenían pisos superiores a los que se accedía por dentro con escaleras de madera y en ellos tenían almacenadas una gran cantidad de armas,¹⁴ pues los templos, a la vez que moradas de los dioses, tenían una fun-

ción defensiva y eran las plazas fuertes de la ciudad; tomar el templo era tomar la ciudad.

Nuevamente el relato de Bernal Díaz transmite la sobrecogedora impresión que los españoles tuvieron al entrar al templo de Huitzilopochtli:

[...] dijo [Moctezuma] que entrásemos en una torrecilla y apartamiento a manera de sala, donde estaban dos como altares, con muy ricos tablazones encima del techo, y en cada altar estaban dos bultos, como de gigante, de muy altos cuerpos y muy gordos, y el primero, que estaba a mano derecha, decían que era el de Uichilobos, su dios de la guerra, y tenía la cara y rostro muy ancho y los ojos disformes y espantables; en todo el cuerpo tanta de la pedrería y oro y perlas y aljófar pegado con engrudo, que hacen en esta tierra de unas como raíces, que todo el cuerpo y cabeza estaba lleno de ello, y ceñido el cuerpo unas a manera de grandes culebras hechas de oro y pedrería, y en una mano tenía un arco y en otra unas flechas. Y otro ídolo pequeño que allí junto a él estaba, que decían que era su paje, le tenía una lanza no larga y una rodela muy rica de oro y pedrería; y tenía puestos al cuello el Uichilobos unas caras de indios y otros como corazones de los mismos indios, y éstos de oro y de ellos de plata, con mucha pedrería azules; y estaban allí unos braseros con incienso, que es su copal, y con tres corazones de indios que aquel día habían sacrificado y se quemaban, y con el humo y copal le habían hecho aquel sacrificio. Y estaban todas las paredes de aquel adoratorio tan bañado y negro de costras de sangre, y asimismo el suelo, que todo hedía muy malamente. Luego vimos a otra parte, de la mano izquierda, estar el otro gran bulto del altar de Uichilobos, y tenía un rostro como de oso, y unos ojos que le relumbraban, hechos de sus espejos, que se dice *tezcat*, y el cuerpo con ricas piedras pegadas según y de la manera del otro su Uichilobos, porque según decían, entrambos eran hermanos, y este Tezcatepuca era el dios de los infiernos, y tenía cargo de las ánimas de los mexicanos, y tenía ceñido el cuerpo con unas figuras como diablillos chicos y las colas de ellos como sierpes, y tenía en las paredes tantas costras de sangre y el suelo todo bañado y de ello, como en los mataderos de Castilla no había hedor. Y allí le tenían presentado cinco corazones de aquel día sacrificados [...]¹⁵

Y más adelante, continúa Bernal Díaz describiendo el templo de Tláloc:

[...] Y en lo más alto de todo el *cu* estaba otra concavidad muy ricamente labrada la madera de ella, y estaba otro bulto como de medio hombre y medio lagarto, todo lleno de piedras ricas y la mitad de él enmantado. Este decían que el cuerpo de él estaba lleno de todas las semillas que había en toda la tierra, y decían que era el dios de las sementeras y frutas; no se me acuerda el nombre, y todo estaba lleno de sangre, así paredes como altar, y era tanto el

¹³ *Ibidem*, p. 331.

¹⁴ Marquina, *op cit*, p. 55.

Superficie: 13.5 km²

Población: 300 000 habitantes

Composición:

Sexos: Varones 50%

Mujeres 50%

Edades: 0–14 / 33.33%

15–52 / 60%

Edades: + 52 / 6.66%

Ocupaciones: 90 300 trabajadores

(15 600 mujeres, 74 700 hombres)

10% nobles

Tasa de natalidad: 40% (12 000 nacimientos)

Tasa de mortalidad infantil: 35% (10 000 fallecimientos)

Densidad: 45 m² x habitante

¹⁵ *Ibidem*, pp. 332–333.

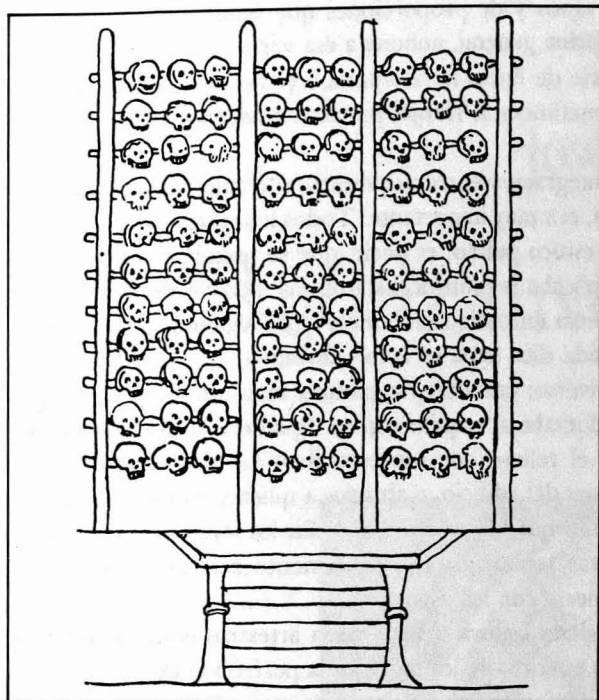


Fig. 6 Representación del Tzompantli. Sobre un basamento al que se accede por una escalinata hay una empalizada en la que se ensartaban los cráneos.

hedor, que no veíamos la hora de salirnos afuera. Y allí tenían un atambor muy grande en demasía, que cuando le tañían el sonido de él era tan triste y de tal manera como dicen estruendo de los infiernos, y más de dos leguas de allí se oía; decían que los cueros de aquel atambor eran de sierpes muy grandes. Y en aquella placeta tenían tantas cosas muy diabólicas de ver, de bocinas y trompetillas y navajones, y muchos corazones de indios que habían quemado, con que sahumaban a aquellos sus ídolos, y todo cuajado de sangre.¹⁶

Cruzando el patio del Templo Mayor casi frente a él estaba el templo dedicado a Quetzalcóatl. Era un basamento circular que en su parte alta tenía un templo de planta redonda, techado con una armazón cónica de madera cubierta de paja, en cuya entrada figuraba un mascarón en forma de serpiente con las fauces abiertas, que causó un gran desagrado a los españoles. Igualmente impresionante fue para ellos el llamado *Tzompantli*, o altar de cráneos de los sacrificados (Fig. 6).

El templo de Tezcatlipoca era otro basamento grande (de 80 gradas, según Durán), ubicado al sur del Templo Mayor, en el lugar que ocupó durante la colonia el Palacio del Arzobispado (Calle de Moneda N° 4). El Templo del Sol, lugar de los valientes guerreros águilas y jaguares donde estaba el *temalácatl*, o piedra del sacrificio gladiatorio y en donde se encontraba la gran piedra del sol.

Otros templos existían en el recinto sagrado pero no hay datos para su descripción. Mención debe hacerse, sin embargo, del juego de pelota, cuyo ritual tenía una larga tradición mesoamericana; no se conoce el de México Tenochtitlan, aunque debió tener la típica planta en forma de I (Fig. 7).

El *Calmecac* fue una importante institución para la instrucción educativa y religiosa de los nobles que también se encon-

traba dentro del centro ceremonial; en su arquitectura debió seguir el patrón de cámaras alrededor de patios. Instituciones similares, para la educación de los plebeyos había en los *calpullis* y se llamaban *Telpochcalli*.

En conclusión, el lenguaje arquitectónico de los mexicas consistía en tres elementos fundamentales, que se combinaban en múltiples variantes:

1. Los basamentos piramidales que eran los acentos más importantes por su altura. Cuanto más cuerpos superpuestos y más altos, tenían mayor jerarquía.
2. Los espacios abiertos –plazas, patios, juegos de pelota– cuya relevancia se basaba en su amplitud; cuanto más extensos, eran más importantes.
3. Las cámaras o espacios cerrados –cuartos o salas, según sus dimensiones– de una o dos crujías, por lo general sin ventanas, cuya única fuente de luz era la entrada.

Aunque también había pórticos, edificios techados con columnas en uno o varios de sus lados, que tenían una función intermedia entre los espacios abiertos y los cerrados, este tipo de construcciones obedecía a una función específica, como es el caso de los mercados, pero no era una forma de uso tan generalizado entre los mexicas, como pudo serlo en Teotihuacan; más bien la arquitectura de Tenochtitlan se parecía a la de los palacios de Mitla en los que se pasa de los espacios abiertos a los cerrados, sin un espacio intermedio.

Cada uno de estos elementos –basamentos, espacios abiertos y cámaras– se diferenciaban entre sí por cambios de nivel, pero a la vez se interrelacionaban a través de escalinatas y de

Tenencia de la tierra:

Propietarios:

- | | |
|-----------------|---------------------------------|
| a) los calpulli | (calpulalli) |
| b) los nobles | (Pillalli, Tecoilalli) |
| c) el gobierno | Tecpantlalli: de los cortesanos |
| | Tlatocatlalli: del tlatoani |
| | Teopantlalli: de los templos |
| | Milchimalli: del ejército |

Transporte

Número de canoas que circulaban en toda la laguna:
50 000

Los cargadores *tameme* podían llevar hasta 4 arrobas (1 arroba = 11.5 kg) durante 5 a 100 leguas (1 legua = 5.572 m)

Comercio

Pochteca – comerciantes a larga distancia
Chihuahqui – productor
Namac – vendedor
Necuilo – intermediario

¹⁶ *Ibidem*, pp. 333-334.

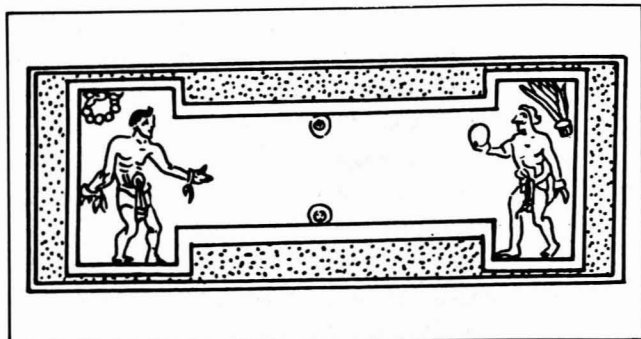


Fig. 7 Representación del Juego de Pelota.

ejes simétricos formando conjuntos cerrados con escasas entradas. Los vínculos con otros conjuntos similares se regían siempre por ejes ortogonales que interrumpían las secuencias directas y mantenían la independencia entre cada uno de ellos.

Como consecuencia de lo anterior, una imagen de la arquitectura mexica a través de las calles presentaría una serie de paramentos corridos que, creando unas largas perspectivas horizontales, sólo se verían interrumpidos por los vanos verticales de las entradas. Es probable que en algunos casos hubiera zócalos pintados diferenciando por medio de color la parte baja de los muros. Las grandes calzadas desembocaban en el muro que rodeaba al centro ceremonial, especialmente la de Tacuba, que accedía a la fachada oeste, la más importante de todas; sólo en la que venía de Iztapalapa se interponía la plaza de México antes del *coatepantli*.

Los volúmenes de los edificios eran siempre masivos, con

pocos vanos y de proporciones que tendían a ser verticales en la forma general, aunque a esa verticalidad se contraponía una serie de líneas horizontales creadas por cornisas, molduras, remetimientos, franjas pintadas o adornos esculpidos o en relieve.

La integración entre arquitectura, escultura, pintura y aun textiles, era muy importante. Todos los muros estaban cubiertos de estuco pulido, es decir, que su textura era lisa y sobre él se aplicaba la pintura. Esta última, además de servir de ornato, tenía un código simbólico, especialmente en los templos, pues cada dios tenía su color distintivo, así como los rumbos del universo; entonces, la pintura tenía un lenguaje propio, que reforzaba al arquitectónico. Igual era el caso de la escultura y el relieve que representaban motivos asociados a las funciones del edificio, o alusivos a quienes en ellos habitaban, o al culto que allí se efectuaba. En los interiores, los textiles y esteras tenían diseños igualmente relacionados con las funciones o con los usuarios.

La buena factura y la destreza artesanal eran parte de los valores estéticos de los mexicas; la perfección en el detalle era extremadamente importante. Así, en su estética arquitectónica se expresan por medio de formas generales geométricas, masivas, cerradas y bien asentadas en su base, en las que los elementos decorativos pictóricos, escultóricos, en relieve o textiles, se construyen a partir de minuciosos detalles.

En conjunto, la arquitectura y las otras artes conformaban un sistema de símbolos en términos de posiciones, disposiciones, tamaños y jerarquías, que se transmitían a la comunidad de México Tenochtitlan con significados por ellos conocidos y que correspondían al orden social establecido, que a su vez engranaba, dentro de la mentalidad mexica, en el orden cósmico y universal que los regía. ◇

Tributo

Cantidades:

52 800 000 kg de alimentos

Monto total de los tributos recibidos por Moctezuma:

200 000 pesos de oro anuales

16 000 000 de kg de maíz

2 000 000 de mantas de algodón

300 000 mantas de henequén

Moneda

Mantas de algodón, *quachtli* = de 65 a 100 cacao

Precio de un esclavo que sabe bailar = 40 *quachtli*

Precio de la fanega de maíz: 2 reales (1 real = 100 cacao)

Tarifa de una prostituta *ahuianime*: 8 ó 10 cacao

Cacao - fracción del valor monetario de las mantas

Bibliografía

Díaz del Castillo, Bernal

Historia verdadera de la conquista de la Nueva España. Joaquín Ramírez Cabañas (Introducción y notas). Editorial Pedro Robredo, México, 1939, 3 vols.

Durán, Diego

Historia de las Indias de Nueva España e Islas de tierra firme. Ángel Ma. Garibay (Introducción y notas). Editorial Porrúa, México, 1967, 3 vols.

Lombardo de Ruiz, Sonia

Desarrollo urbano de México-Tenochtitlan, según las fuentes históricas. INAH, Departamento de Investigaciones Históricas, México, 1973.

López de Gómara, Francisco

Historia de las conquistas de Hernando Cortés. José Ma. Bustamante (ed). Imprenta de la Testamentaria de Ontiveros, México, 1826.

Marquina, Ignacio

El templo mayor. Instituto Nacional de Antropología e Historia, México (Publicaciones Especiales), 1960.

Pomar, Juan Bautista

"Relación de Texcoco". *Nueva colección de documentos para la historia de México*. Editorial Salvador Chávez Hayoe, México, 1941.

Sahagún, Fray Bernardino de

Historia general de las cosas de Nueva España. Ángel Ma. Garibay (Anotaciones y Apéndices). Editorial Porrúa, México, 1956, 4 vols.

Zurita, Alfonso

"Breve relación de los señores de la Nueva España". *Nueva colección de documentos para la historia de México*. Editorial Salvador Chávez Hayoe, México, 1941.

Gerardo Laveaga

José García Ocejó

Bajo la invocación de Midas



Maternidad, 1987. Óleo/tela, 100 x 100 cm

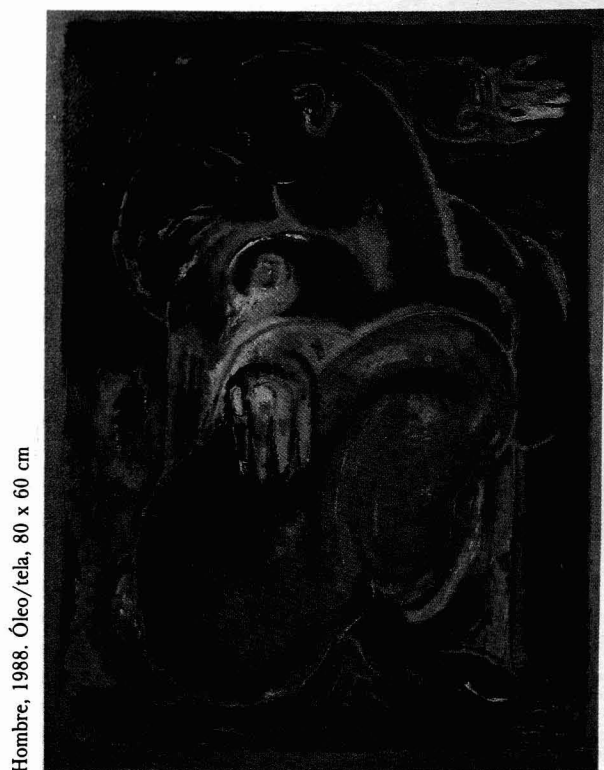
Es inútil que intente nuevos temas, que pruebe con la violencia, la nostalgia o la desesperación: todo lo que toca el pincel de José García Ocejó queda erotizado. Su pintura ha sido destinada —¿Tal vez condenada?— a la voluptuosidad. Como si quisiera escapar de este sino, el artista busca monstruos mitológicos, ascetas, masacres, demagogos... cualquier cosa que le devuelva su libertad. Pero es inútil: las serpientes que brotan de la cabeza de su *Medusa* parecen regocijarse al descender por el cuello de la mujer y su *Fakir*, por más esfuerzos que hace, no despierta el menor propósito de continencia. La sensualidad llena, reboza, se derrama. Por eso, a García Ocejó hay que aproximarse con cautela. Pensemos en su *Maternidad*, por ejemplo. La nobleza se transforma, se desvanece hasta dejar su sitio a la concupiscencia; ímpetus embozados y nada más. ¿Y qué es su *Ventana* si no un escaparate para observar al *voyeur*? Hasta *La nave en que te irás*, ese barroco preludio de despedida, es el regocijo de la adúltera que desea el adiós para entregarse a lo prohibido. Angustiado, el pintor innova, transforma, hace alardes de un panteísmo arrebatador y, sin embargo, se repite una y otra vez. Se repetirá siempre. La más ingenua de sus *cariátides* se vuelve un pretexto para denunciar pasiones reprimidas. A semejanza del legendario Rey de Frigia, García, Ocejó ha quedado atrapado en el sortilegio con el que nos pretendía hechizar. ◇



Mujer, 1988. Óleo/tela, 80 x 60 cm



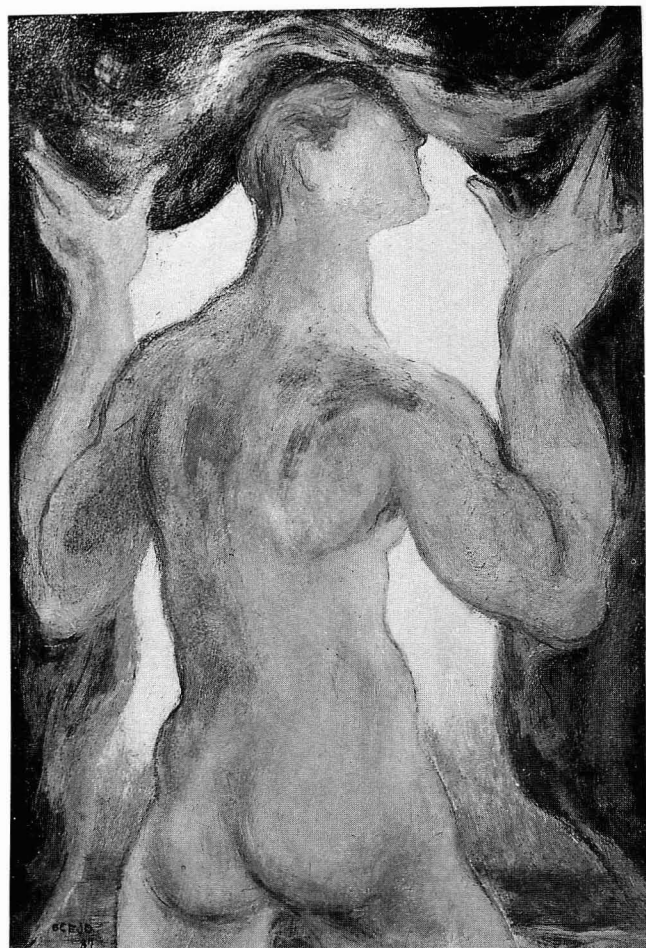
Tarzán, 1989. Técnica mixta, 31 x 43 cm



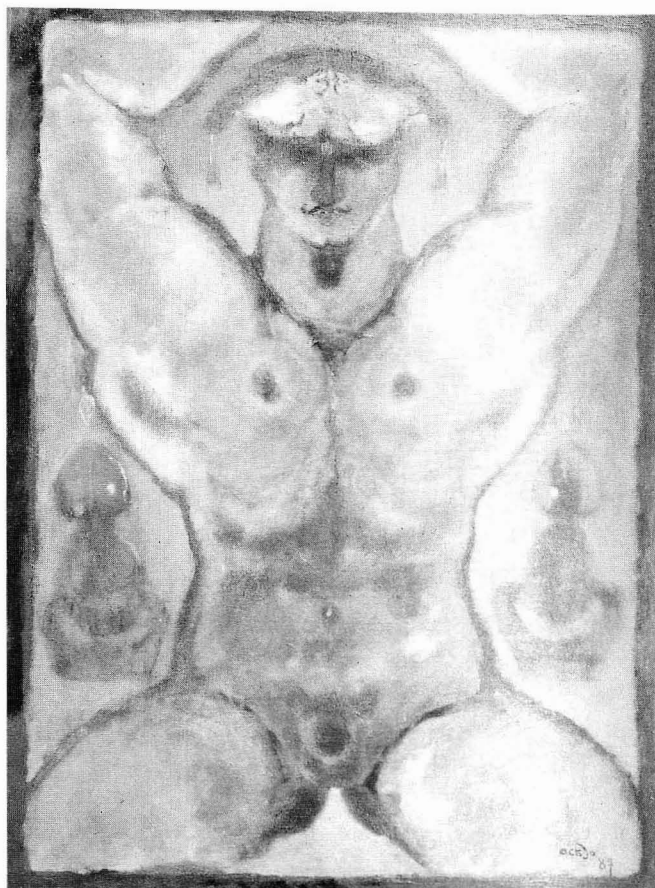
Hombre, 1988. Óleo/tela, 80 x 60 cm



La nave en que te irás, 1990. Óleo/tela, 200 x 140 cm



Ventana, 1987, Óleo/tela 30 x 21 cm



Fakir, 1987. Óleo/tela, 80 x 60 cm



Orador, 1989.
Tinta a color,
50 x 35 cm

Los *calpullis* frente al orden de la ciudad

La historia

1. Cuando el mexica era un pueblo peregrino, los prodigios ocurrían a cielo abierto, los caudillos hablaban con sus dios en la arboleda y la gente se enteraba pronto de la noticia. Los peregrinos quisieron detenerse y fueron emboscados, asaltados, perseguidos. Prodigiosamente sobrevivieron a escaramuzas e infortunios. La última vez los vieron escapar con rapidez por el lago: sus escudos eran barcas y se alejaban movidos por la fe.

Eran días difíciles, iluminados sin embargo por la esperanza. Los mexicas habían dejado Aztlan con el anhelo de ser un pueblo libre y confiaban en encontrar un sitio adecuado para establecerse. Viajaban agrupados en *calpullis*. Cada *calpulli* reconocía y respetaba a un jefe. Los jefes de todos los *calpullis*, reunidos, formaban un consejo que era la máxima autoridad del pueblo. No había diferencias de riqueza —ni riqueza, al fin— entre estos hombres de modales rústicos, así que la armonía en el reparto de la autoridad correspondía con una sociedad de iguales.

Después de navegar sobre sus escudos y cruzar entre islotes y yerbazales, los mexicas encontraron la tierra prometida. A pesar de ser pequeña y pobre, se acogieron a ella como si se tratara de un huerto florido. La historia es bastante conocida... Cierta mañana llegó un señor a quien llamaban Acamapichtli y se le coronó como rey del pequeño pueblo que todavía quitaba yerbas y agregaba tierra a la isla para acondicionar su asentamiento.

2. Acamapichtli dio origen a un nuevo linaje de gente refinada y orgullosa

del cual surgirían en adelante los dirigentes del pueblo mexica, los nuevos reyes, los *tlatoque*.

El poder de los reyes creció al mismo tiempo que los jefes de los *calpullis* perdían terreno en la discusión de los asuntos públicos y quedaban constreñidos a ejercer su autoridad dentro de los *calpullis*.

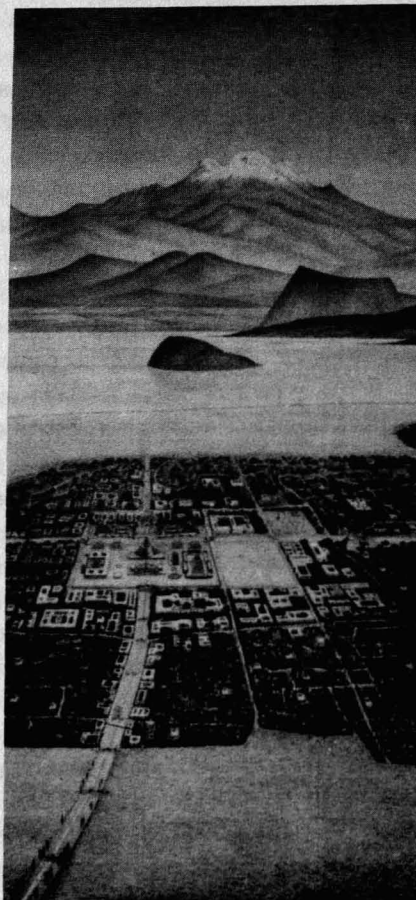
Después de la famosa guerra contra Azcapotzalco tuvo lugar un suceso que ha sido justamente destacado por los historiadores: el rey Itzcóatl ordenó que fueran quemados los códices que poseían los *calpullis*, en los cuales había

constancia de su historia. Para el nuevo orden, la autonomía de los *calpullis*, sustentada parcialmente en aquellos libros, era un estorbo.

3. Moctecuhzoma Ilhuicamina consolidó la autoridad real y confirmó el propósito de monopolizar en palacio el ejercicio del poder. Entre sus medidas se encuentra el establecimiento de un sistema escolar obligatorio cuyos contenidos y reglamentos se definían centralmente, la fundación de tribunales, la designación de jueces con poder jurisdiccional dentro de los *calpullis*, y la promulgación de lo que podríamos llamar un código penal. A partir de entonces México Tenochtitlan fue una ciudad estrictamente regulada y vigilada.

La regulación alcanzó a los aspectos más prácticos de la vida urbana: abastecimiento de agua potable, limpieza de calles y canales, letrinas públicas, embarcaderos controlados, etcétera. El correcto funcionamiento de los servicios contribuía a reforzar la presencia del poder real en las calles mismas de la ciudad.

El rigor de la vigilancia puede ilustrarse con un ejemplo. El código de Moctecuhzoma normaba el uso del vestido y del adorno corporal y prohibía, entre otras cosas, que el *macehualli* (hombre del pueblo) usara un manto demasiado largo. Si los guardias que deambulaban por la ciudad encontraban a un *macehualli* —fácil de identificar por su peinado, por la ausencia de adornos y por el uso de tela basta— que llevara el manto demasiado largo lo detenían, le alzaban el manto y examinaban sus piernas: si encontraban cicatrices dejaban que el *macehualli* siguiera su marcha, pues cualquier guerrero valiente



tenía derecho de cubrir sus antiguas heridas. Pero si no había cicatrices el hombre era arrestado y, de acuerdo con lo establecido por el código, condenado a muerte.

4. Ahora los *calpullis* se encontraban sometidos a un orden igual o peor al que, dicen algunas fuentes, padecían en Aztlan. Pagaban tributo a la nobleza y peleaban para ella, debían obedecer unas leyes que habían sido promulgadas fuera de su alcance y sufrían la presencia de un juez que representaba los intereses reales dentro de cada comunidad. Por otra parte, sus muchachos tenían que entregar fuerza de trabajo y someterse a un programa de adiestramiento en las famosas *telpochcallis*, especie de escuelas en las que se promovía el espíritu de competencia y el ánimo bélico.

Los *calpullis* que durante algunos años se esparcieron libremente en las faldas de los montes, que bajo el cielo nocturno de Coatepec o de Tula imaginaron historias fabulosas acerca de hombres valientes convertidos en estrellas, debían recogerse ahora dentro de sus límites de barrios urbanos antes de que la noche fuera muy profunda. En la ciudad regía un toque de queda para prevenir el espionaje, la sedición y el alboroto.

La respuesta

5. Pero la queda no se cumplía. Cuando caí en la cuenta de que esto era así, es decir, cuando empecé a encontrar a los noctámbulos en las fuentes, entendí que todo el asunto del que venimos hablando podía ser examinado de otra manera. En lugar de describir las iniciativas oficiales de dominio y control, valía la pena indagar sobre la respuesta de la gente, sobre la actitud de los hombres y las comunidades bajo ese orden vertical. Debo confesar que siempre me ha acompañado en la reflexión cierto pasaje de 1984, la novela de Orwell: frecuentemente recuerdo la manera en que Winston y Julia subvierten el orden cantando en la alcoba una canción que escucharon a sus abuelos.

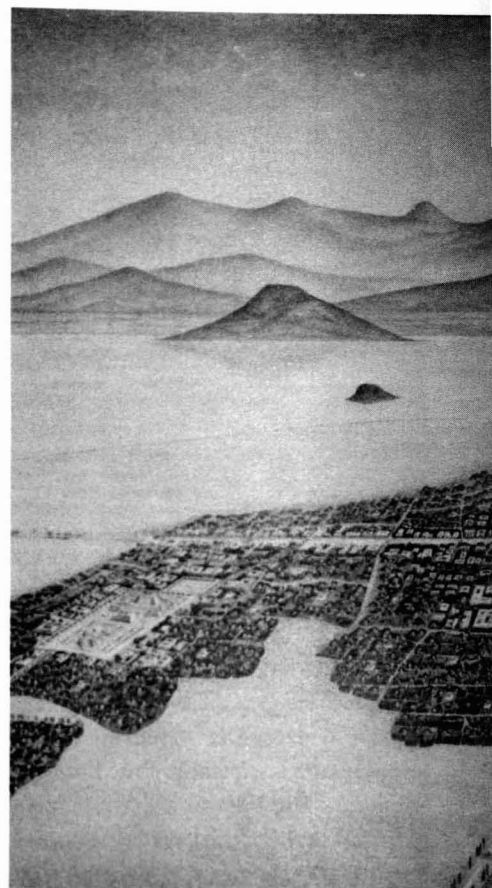
Pasemos a los noctámbulos. Eran noctámbulos los vagabundos que concurrían a las plazas de mercado cuando ya

todo estaba desierto y alternaban con los perritos callejeros en los lúgubres portales. Eran noctámbulos también quienes acudían a los baldíos durante la noche para desahogar el vientre. Entre los delincuentes, había ciertos brujos célebres por sus correrías nocturnas.

Pero de todos los caminantes de la noche siempre he preferido a los jóvenes. Me produce una profunda simpatía saber que el amor de los muchachos se realizaba casi furtivamente. Las reglas de las *telpochcalli*, fijadas al estilo ascético de la nobleza, indicaban que los mancebos debían pasar la noche reclusos en aquellos recintos. Por su parte, las mujeres eran custodiadas por viejas para que regresaran a sus casas después de participar en las enseñanzas vespertinas del *cuicacalli*. En la práctica, sin embargo, los muchachos sobornaban a las custodias, hacían cita con sus amigas; las muchachas salían valientemente, a escondidas, para encontrarse con sus amigos. Los jóvenes amantes dormían juntos en la casa de la familia de él o en la de ella.

6. Estas andanzas nocturnas no eran el único gesto de desacato ni la única realidad opuesta al orden ideal trazado por el monarca. El "ayuntamiento secreto" de los jóvenes surgía de la tradición popular de formar parejas espontáneamente y sin la sanción formal del matrimonio; por ello constituye una muestra de vitalidad de las costumbres antiguas de los *calpullis* dentro del rígido contexto urbano. Pero hay otros rasgos que expresan esa vitalidad.

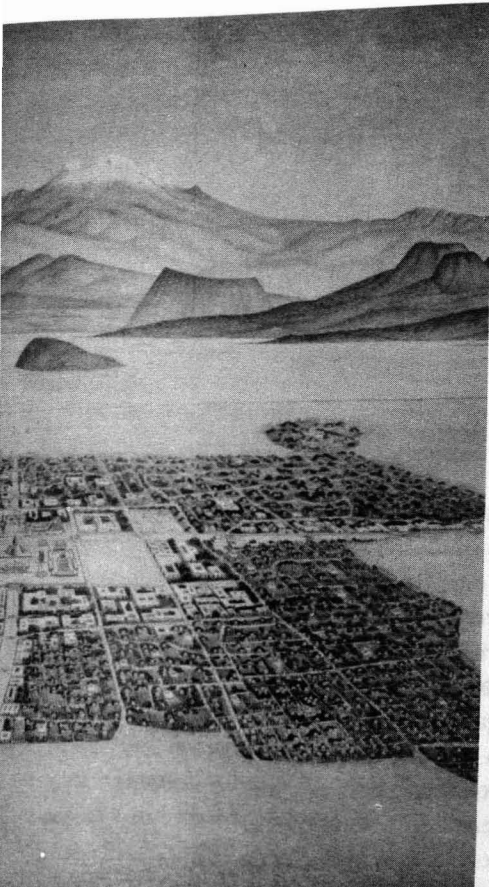
Los *calpullis* tenían sus propias plazas. En ellas se congregaba la gente para las fiestas y para el mercado. Allí se reunían los amigos a conversar, hacían bromas, se ponían motes. Además de la plaza de barrio había un recinto propicio para las reuniones que era la casa del jefe natural del *calpulli*, del "hermano" o "pariente mayor". Allí tenían lugar reuniones a las que solían asistir los jefes de familia para tratar los asuntos de la comunidad con el dirigente, y éste ofrecía comidas para agasajar a sus invitados. En algunos barrios las fiestas ofrecidas en casa de los dirigentes locales duraban toda la noche: a lo largo de la noche se escuchaba a los narradores, uno tras otro.



Las casas de los vecinos comunes también eran espacios relativamente aislados del exterior y con vida propia. Cada predio tenía su patio y su conjunto de habitaciones, su huerto y su embarcadero. El temazcal —otro sitio de reunión— lo compartían, según parece, unos cuantos predios. En esos conjuntos vivían varios hermanos con sus cónyuges —porque todos acababan casándose— y sus hijos; allí se criaban guajolotes y niños mocosos que hacían tortitas de todo. En el patio las mujeres tejían y conversaban, cocinaban y daban consejos a sus hijos. Allí llegaban de visita los amigos para jugar al *patolli* o para visitar a la mujer que justo había parido. A veces llegaba una familia entera de visita.

7. Amistades, reuniones familiares, congregación de vecinos, narraciones nocturnas, vida de plaza y de patio... En los barrios había, dentro de todo, condiciones propicias para que se preservaran valores y costumbres, para que prevaleciera un orden propio.

¿Cuál era ese orden? Era un orden solidario: las viudas, los huérfanos y todos aquellos miembros de la comunidad que caían en desgracia eran asisti-



dos con recursos de un fondo común. Los parientes más prósperos tenían la obligación de convidar a quienes tenían menos. Cualquiera que tuviera hambre podía sentarse a comer allí donde hubiera otros comiendo y nadie se lo podía impedir.

El bienestar y la seguridad de cada miembro de la comunidad parecen haber sido asumidos como una responsabilidad colectiva.

Era un orden que buscaba el equilibrio y la igualdad. Ello se expresa en la citada obligación de la gente próspera de compartir sus alimentos con los necesitados, y también en algunos otros indicios. Se criticaba al engreído con el dicho *Ixquáhuil, huel ixquauh* (tonto, verdadero cara de palo); se reprendía al sabihondo diciéndole *tomachizoa* (sabelotodo). Se les enseñaba a los arrogantes que nadie debía ser despreciado, que todos en este mundo debían ser respetados por igual. Para enfatizar esta enseñanza se había acuñado la frase *Ayac xictli in tlalticpac* (Nadie es ombligo en la tierra), con la cual se quería dar a entender, según parece, que nadie debía ser tirado al suelo o enterrado

como se hacía con los cordones umbilicales de los niños.

Era un orden pacífico o que procuraba la paz. La gente evitaba a los escandalosos y los criticaba muy severamente. A los peleoneros se les evitaba también; cuando aparecían en la plaza los amigos se levantaban, disolvían su reunión y se alejaban. Por esta razón se creó para los peleoneros el sobrenombre de *icniuhmoyactin*, dispersadores de amigos.

Era un orden, como ya se sugirió al hablar de los caminantes nocturnos, con una moral sexual más tolerante y relajada que la de la nobleza. De hecho podríamos calificar de tolerante al sistema de costumbres comunitario en su conjunto, si lo vemos en contraste con el sistema de castigos de la legislación del reino, y si consideramos que los procedimientos comunitarios para enfrentar lo que la comunidad consideraba faltas o transgresiones, parecían buscar la corrección del individuo más que su aniquilamiento.

La comunidad se valía del silencio (retirar la palabra), la burla, la recriminación, el señalamiento público para provocar vergüenza; mientras que el código y las tradiciones jurídicas del reino prescribían azotes, lapidación, ahorcamiento, y quizá en algunos casos mutilación.

8. Para terminar quisiera dejar apuntada una última cuestión. He hablado del sometimiento de las comunidades o *calpullis* al poder central personificado por el *tlatoani* o rey; proceso paralelo a la urbanización de la isla y a la conversión de dichos *calpullis* en barrios urbanos. Pero he dicho también que en esos barrios había condiciones para que se desarrollara una vida relativamente independiente y un orden de valores distinto del orden oficial. Lo más probable es que la falta de armonía entre el orden comunitario y el orden político se convirtiera en una fuente de conflictos. Identificar estos conflictos y entender su desenlace es algo sumamente difícil con las fuentes de que disponemos, pero algo puede adelantarse.

Hay indicios de que las comunidades se veían bastante afectadas por la presencia del juez y por la consecuente aplicación del código. Varios frag-

mentos de la tradición oral prehispánica reflejan una insistente preocupación por la maledicencia, la calumnia y el escándalo. Uno de los desenlaces posibles de un pleito entre vecinos era que uno de los adversarios divulgara secretos sobre la conducta del otro. Cuando esto ocurría, la gente decía resignada *Ompa ce çotl ommopilo* (Allí se colgó un trapo), del mismo modo que nosotros diríamos "Le sacaron los trapos al sol". Había chismosos, maledicentes y peleoneros que podían poner a la comunidad en frecuentes predicamentos.

Pero también parece ser verdad que la comunidad reaccionó contra estas conductas que sembraban la discordia y exponían a los miembros al peligro de ser juzgados con el criterio del reino.

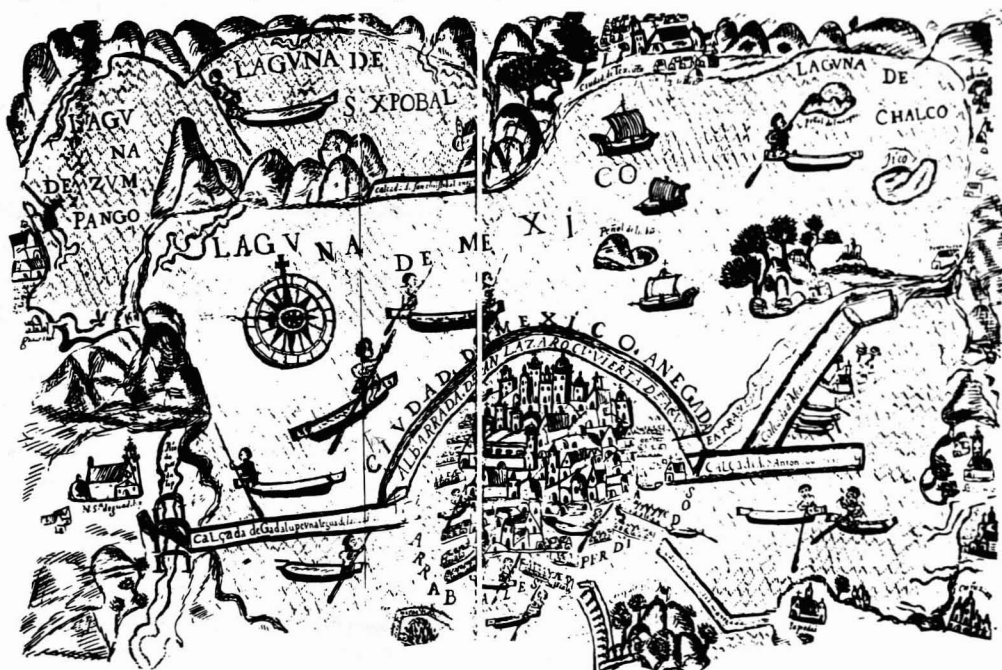
Entre los antiguos nahuas estaba en uso un dicho que puede ilustrar la reacción comunitaria frente a la existencia de jueces y frente a la aplicación misma de la ley. El dicho es *Cuix nixilotl nechititzayanaz* (Acaso soy un jilote y me desgarraré las entrañas). La explicación es la siguiente, de acuerdo con los propios informantes de Sahagún que escribieron el dicho: si descubro a alguien en el momento en el que sale de la casa en la cual cometió adulterio robó o cometió algún otro delito, él me dirá de inmediato "Esto que has visto no se lo cuentas a nadie". Entonces yo le respondo *Cuix nixilotl....* dándole a entender que nadie me hará hablar.

El uso del dicho del jilote indica que existía un compromiso implícito de guardar el secreto. En caso de divulgarse, según hemos visto, las consecuencias para el transgresor serían catastróficas.

El secreto pudo haber sido el gran recurso de las comunidades para defenderse de la iniciativa judicial del reino; secreto semejante al sigilo nocturno de los muchachos. Pero si un asunto llegaba a conocimiento del juez, todavía quedaba la posibilidad de detener los efectos de la justicia mediante un arreglo entre las partes, realizado con la anuencia del juez o, de plano, mediante el soborno. Ninguna de las dos prácticas era ajena a las costumbres de las antiguas ciudades nahuas del Valle de México. ◇

Anónima crónica

Qué días y sus noches levantaron las murallas filosas de sílice alrededor de México-Tenochtitlan; cómo redujeron a su Emperador Moctecuzoma a la condición de ignaro e palurdo, frívolo, letrado paria; con qué artulugios mudaron las señales ominosas, aquel llover cenizas, aquel volar de águilas degolladas, en signos promisorios para la nación mexicana; con qué invocaciones adelantaron el regreso de Quetzalcóatl, a quién suplantaríamos; bajo qué condiciones amansaron odios añejos en Culhuacán e demás sitios de su oprobio, y pactaron alianzas ventajosísimas para todos los Señoríos de la cuenca; cuánto pedernal gastaron para incendiar las moles nemorosas de los volcanes Popocatepetl e Iztlazihuatl, paso a la nada; dirigidos por quién atrincheraron la perfecta calzada de Ixtapalapa, en la que debieron resonar voces y metales castellanos, hincarse a nuestras plantas, colmarnos de presentes, empezar a rendirnos el imperial palacio, sus ídolos y oro, el secreto de su ciudad esplendente; con cuántos quintales de madera empavesaron con canoas e otrosí bateles copia de los nuestros, flota en pie de guerra, los lagos de Texcoco e Xochimilco e Chalco; con qué artes nos impusieron un sitio convexo e maléfico: nosotros, dueños del campo, sin bastimento, ni pan de raíces ni tocinos, ellos, cercados, llenándose la tripa de cocoles de agua, de tamales de gusanos, de acociles, de ánades e chichicuilotos, de verdura inagotable; con qué sustancias pudrieron las riberas en las que alzamos nuestras tiendas, aguas negras a las que nos asomamos alucinados; quiénes robaron el pendón de nuestro capitán Don Hernando Cortés, blanco e azul e colorado; con qué hechizo anticipan nuestras más recónditas maniobras; con qué argumentos o yerbas hacen escarnio de Dios Jesucristo e Santiago equino su cerbero; cómo nos trujeron a esta desgracia, mondas aves de rapiña, nosotros, sucios e malolientes, acuchillándonos por un adarme de suela, otra vez carne de presidio, nosotros, delirando con muchachas e acequias e chinampas floridas e oro, oro; cómo, por qué (*lamentablemente aquí se interrumpe el texto*). ♦



Tenochtitlan, 30 de junio de 1520

I. Blas Botello, astrólogo

Lo que el astrólogo descubre en la linmanencia del cielo, ha de callarlo el soldado en las mutaciones de la tierra. Entre las alturas y el polvo del sendero, todo está por decidirse. Bajo la lluvia fina, el estruendo de armas, arneses, humanas voluntades se concentra en el patio de Axayácatl; bajo estrellas cuyo augurio es entorpecido por las nubes, se dispone la masa de metales, sudores y maderos. Al tiempo que vigila personalmente el orden de la marcha, el capitán Cortés mira, de cuando en cuando, mi semblante; intenta traducir mis gestos, confirmar las palabras que apenas hace unas horas lo decidieron a dejar la ciudad durante la noche. Y yo, Blas Botello, astrólogo judicial, obediente a los signos que, trazados en el cielo, regulan los actos de los hombres, me mantengo hierático, imperturbable. No moví un músculo del rostro cuando nuestro capitán, creyente en el poder probado de su acero y temeroso de las fuerzas intangibles, me preguntó por el número ocho. Le dije que era propicio, que habríamos de librar las ocho zanjales que nos separan del pueblo de Tacuba; llegaremos con ayuda del cielo y de los hombres de Magarino, encargados de transportar el puente con ayuda del cual abandonaremos esta ciudad que no nos quiere. No he dicho, no digo, no diré que en la alforja llevo mi tabla adivinatoria, donde todo está escrito. "Morirás. No morirás", repito en voz baja, ignorando y sabiendo el desenlace. Esta ciudad caerá. Lo dijeron los astros, y se consumará su ardiente profecía. Pero ese futuro, primero de sangre y fuego, más tarde de ambiciones nunca satisfe-

chas, no lo verán mis ojos. Consuelo será morir llevándose en los ojos la mañana en que cruzamos por primera ocasión las puertas de esta ciudad espléndida, nuestras armaduras resplandecientes como el sol de Anáhuac.

Los 200 infantes de Gonzalo de Sandoval se disponen a romper la marcha. Escucho los cascos de los caballos, las ruedas de la artillería, el roce de los pies descalzos de nuestros aliados tlaxcaltecas. Ya vislumbro el futuro inmediato que en unos momentos hará resucitar a la ciudad dormida. Ya mi sexto sentido tortura a los otros cinco para armar el mapa irrevocable de la muerte. Toco uno de los muros encalados del Palacio, no en busca de apoyo sino para despedirme de todo lo que aún es doméstico, entrañable, conocido. Más allá de esta puerta comienza el hoyo negro. El resto de la tropa mira la gran calzada de Tlacopan, benigna, monumental, deshabitada. Yo estoy condenado a mirar lo que, sin ser aún, ya es historia. Escucho a la ciudad resucitar como una hembra herida, excitada por el ulular profundo de los caracoles. Miro el cielo oscurecido por la lluvia de flechas que comienza a diezmarlos; escucho el choque de los metales nuestros contra las armas de piedra de los otros; me invade el olor helado del desastre, el sálvese quien pueda que clausura el honor militar, la disciplina, el temor a Dios, para dejar sitio a la criatura humana de carne y hueso, estúpida, cobarde, fragilísima. Y miro por última vez tus ojos abiertos, Blas Botello, ante el grito del caballero águila que te desgarras el pecho con su obsidiana, negra y brillante como las aguas de la ciudad que reciben tu cuerpo.

II. La mujer del cántaro

He llegado al canal durante la noche. Cuando las sombras limpian de huellas humanas la ciudad, bajo con mi cántaro para llenarlo de agua. Canál de Tecpantzinco, dulce es tu nombre como el agua que llevas. Con tu música clara, suena en este barro que inundará después mi corazón. Apaga mi sed como mis ansias. Agua madre, he salido de noche para oírte relatar la historia de nuestra ciudad eterna. He venido para que me cuentes sobre mis padres y los padres de mis padres. Ellos vencieron pantanos, islas, bancos de arena, para levantar la ciudad, ahora amenazada por los teúles encerrados en el Palacio de Axayácatl. Nadie podrá arrasar una ciudad nacida por voluntad de dioses. Nadie podrá tomar una ciudad cuya grandeza continúa en los pechos fecundos de sus mujeres, en los fuertes brazos de sus mancebos. Los primeros mexicas levantaron estos templos y los nuevos habrán de defenderlos. Tú entiendes mis palabras, ciudad, porque eres también mujer. Nacida de la confluencia de los astros, en cuatro repartida como mis cuatro miembros y en el centro tu fuego sagrado, incandescente. Déjame hablarte como si fueras, tú, tan grandiosa, mi pequeña. Mientras hundo mi cántaro en tus aguas, te siento palpitante. Aunque los hombres duermen, tú vigilas. Aunque los animales sueñen, tú caminas. Aunque en los teocallis se extingan las hogueras, tú ardes. Estás en pie de guerra, aunque los caballeros águila hayan cedido al cansancio y se hayan entregado al sueño sin quitarse el traje, con armas y escudos en las manos. Multiplicas verdores para que no nos

falten alimentos, para que los invasores salgan, cercados por el hambre, y nuestros batallones los acaben. Comienza a caer una lluvia fina y estoy en ti, mi ciudad, entre dos aguas. Me bendice la altura y este dominio donde me das tu cuerpo en este cántaro. Y cuando estoy pronta a volver sobre mis pasos, algo que no eres tú me detiene. Se han abierto las puertas del Palacio de Axayácatl y otra vez tus calles son holladas por las huellas ajenas. Entonces grito contigo, ciudad, y mi alarma la repiten mil gargantas. Y mi voz es tu voz, ciudad, tu gente y tus guerreros. Que el amor que te tengo Tenochtitlan, para los otros se transforme en odio. Esta noche borrarás de tu entraña a quienes no te merecen, a quienes no deben temerte.

III. El testimonio del guerrero

Lo sabe mi corazón: las raíces de mi padre pronto ya no estarán sobre esta tierra. Es la madrugada del tercer día de la veintena Tecuilhuitontli, y aunque ha terminado la batalla, el aire parece pro-

longar el choque de las armas, el aullido de los guerreros de mi raza, las maldiciones incomprensibles de los teúles a los que hemos batido durante nueve jornadas. Mis escasos años aún no han empuñado las armas ni conocen —aunque quisiera— las artes de la guerra. Pero los más ancianos me han traído a esta cámara donde mi padre vive sus últimos momentos. Ellos me hacen repetir una y otra vez lo que habré de transmitir a los de mi raza. Mi sangre, no mi memoria, registra los actos de la noche:

“Recuerda que tu padre fue además de Tlacochealcátl, hombre sabio. Él aprendió a hacer terrenas las armas ofensivas del intruso; él miró más allá de las cosas, y con el tiempo supo que las varas de fuego no eran dioses; él fue de los primeros en arrojarse al suelo al oír el estruendo y mirar la flama en la boca de los que llaman cañones. Más tarde, su risa al no ser tocado por la muerte, fue imitada por los nuestros. Así aprendieron que las bestias cuadrúpedas no eran inmortales y que las hojas de obsidiana del micuáhuil podían herir como las armas de los teúles diezaban a los nuestros. Tu padre aprendió

también, antes que nadie, que los teúles temían, sobre todas nuestras armas, nuestro tlacochtli, y perfeccionó el arte de lanzar los dardos a las partes desnudas.

“Ten presente que la ciudad fue nuestra primera aliada: las calles y los canales de la Gran Tenochtitlan retardaban la marcha de sus bestias y sus armas. La ciudad fue así otro guerrero, y por eso le debes reverencia. Nos costó muchos hombres la victoria: los nuestros aprendieron que de nada servían los escudos ante las nuevas armas, y pasaron a luchar como nubes, a cerrarse y formar un solo cuerpo. Aprende —como esos guerreros— que el yo no existe para sí: ellos cayeron para preservar la ciudad que ahora es tuya.

“Recuerda los días anteriores a esta noche: la fiesta del Tóxcatl donde el cruel que llaman Pedro de Alvarado, y que nosotros nombramos Tonatiuh, mató a los tuyos. La paciencia no pudo más y los nuestros asaltaron a los teúles con nueva furia. Todos los hombres con armas en la mano se pusieron al servicio de la guerra, en defensa de la ciudad. Aun los acolhua y los tepaneca estuvieron con nosotros. Mantén en tus oídos, graba en tu memoria el caracol que sonó alarma la noche de la huida. A pesar de los cuerpos fatigados, el sonido que convocaba a la guerra fue como música de fiesta. Recuerda la lluvia del cielo y recuerda la que nosotros hicimos, la lluvia de piedras, varas, flechas que soltamos sobre sus cuerpos. Ahí cayeron hombres y bestias, armas y oro de nuestros templos. Los canales de la ciudad cegaron la codicia.

“No olvides esta noche. Nunca como en ella los dioses estuvieron con nosotros. Recuerda, sobre todo, el momento cuando tu padre entra en la región donde de algún modo se vive. Para consuelo de tus lágrimas, para alivio de tu corazón, recuerda el llanto del capitán de los teúles al pie del ahuéhuatl, donde miró pasar su ejército vencido. Bajo ese árbol donde algunos dicen que lo vieron llorar, haremos la gran fiesta. Conserva en tu memoria esta noche como la más alegre de nuestra desdicha, la noche en que vuelve a ser nuestra la ciudad que has de defender, porque la guerra apenas da comienzo.” ♦



Lisboa vista desde una quinta abandonada

Las amapolas tiemblan, se estrujan en el río,
en su luz de níquel, de centavo.
En ellas hay algo narcótico,
fluvial. Un soplo de viento frío
las zarandea. Mí espíritu
es una alberca abandonada, flotan
pétalos de ciruela, hojas, ramas.
Todo se oxida, todo
se transforma en este campo de amapolas
silvestres. Sólo quedan
las cosas: las vías, los navíos intactos,
la intemperie, el rompeolas.
Todo tiene distancia, cálculo,
todo exalta la vista.
Mis ideas huyen atropelladamente.
Son nubes rápidas. Mi espíritu está
sin objeto. Tiembla como una amapola.
Mis preguntas siempre estarán
allí, como las rocas
en este paisaje. Preguntas sin
sentido. O cuyo sentido son
ellas mismas. Las respuestas

son quebradizas, destinadas
al fracaso: mujeres que arrojan,
lejos de sí, los zapatos,
para bailar sobre la alfombra.
En una calle de mis sentimientos
los álamos cintilan, verdes y blancos.
Hay en mí un mareo de adoquines,
una ebriedad urbana.
Mis ideas son una calle de jacarandas,
la sombra de las lilas sobre los adoquines
de Lisboa, jardines
que ya en mi infancia eran viejos:
alcatraces y rosas bajo las palmeras,
hiedra. Tranvías
discretos. En los cafés silba
un viento de acantilado. Sólo
se conoce una ciudad
cuando se orina en sus muros.
Lisboa danza como Oriente, tiembla
como Occidente. Tiene una luz
de flor de jacaranda caída
sobre adoquines blancos. ◇

Ricardo Pohlenz

La dádiva

~~~~~

nada en los charcos  
la calle es el alumbrado que  
me revela y hace sombra

pregunto (y con ello  
ofrezco un cigarro al extraño)  
no hay respuesta  
(sólo gracias profesor)  
y la misma ausencia que  
escampa y se llena de estrellas

hay ansia de lluvia en mis labios

¿recuerdas París?  
¿recuerdas que nunca estuve contigo en París?  
¿recuerdas cómo tú y yo llenamos  
espacios vacíos revelaciones y cantos  
inventándonos cerca a lado  
sin poder decir nada y  
sólo figurarlo? ◇



# La voz heroica de Carlos Pellicer: aspectos de la identidad americana

Según lo demuestra desde sus *poemas de juventud*<sup>1</sup> (1913-1921), Pellicer manifiesta la necesidad de un destinatario heroico de su poesía. El poeta se muestra atraído por la antigüedad greco-latina y prehispánica, por las figuras de los gladiadores y su juego con la muerte. Poemas como *Tríptico azteca* (1914) y *Tríptico* (1916), este último dedicado “al ilustre General tabasqueño don Andrés C. Sosa, que me ha querido como a un hijo y a quien yo venero como a un padre”, transmiten la fascinación filial ante el *nombre paterno*, por lo cual la evocación del heroísmo adquiere una mayor independencia de la herencia libresca y de la espectacularidad retórica de los himnos.

La *conversión de la voz* se debe por un lado a la mayor definición de una identidad en proceso de forjarse a sí misma al haber ensayado modelos poéticos y desechado expresiones convencionales heredadas de fuentes literarias de ecos poderosos. Por otra parte, porque el discurso poético –antes que los demás discursos literarios– se postula como voz en diálogo con un *destinatario* del que absorbe constantemente su motivación.

El discurso poético pelliceriano –lo mismo que el de otros de sus compañeros de generación– carece de un destinatario nombrado o identificado con precisión, al mismo tiempo que lo que obsede al poeta es justamente el nombre, más aún porque se trata de un nombre silenciado:

Tu nombre que yo dijera  
le pedí una vez al mar.<sup>2</sup>

La poesía se genera en torno al nombre que no se nombra, como su significado público más íntimo; su función es circunscribir la voz secreta del nombre, por lo que todo intento de fijar la identidad recae en el anonimato de un término difuso:

El mar lleno de tu sabor,  
oh persona internacional.<sup>3</sup>

En vez de lanzar un vocativo directo, la poesía se construye a partir de la resonancia y del eco: nombra los atributos del

nombre, lo deconstruye y lo transfiere en elogios a la intimidad agrupada bajo este nombrar vacío:

Tu nombre adorado y ceñido,  
tú mirada horizontal, tus hombros lisos.<sup>4</sup>

El anonimato del destinatario diluye el vocativo secreto del que participa el poeta; comparte el nombre sin nombre<sup>5</sup>, el apelativo genérico ausente que connotan el afecto y el eros; como observa Baudrillard, la poesía nace de la *prohibición* de nombrar<sup>6</sup>, que una vez asumida íntimamente se torna *incapacidad* de nombrar. La plegaria –o en su defecto, la elegía, la oda, el poema– es el transporte del sentimiento descentrado del nombre: su dilatación máxima, su expresión fluida empeñada en afianzar el vínculo:

Pero sí noté que en mi sangre  
algo se despedía,  
y dije tu nombre  
como quien pide un poco de fruta  
para que sólo yo me diera cuenta de mi vida.<sup>7</sup>

Resulta de esta ritualidad poética la transferencia de la palabra en *valor público del silencio*, del misterio, de un re-conocimiento renovado y –por lo mismo indisoluble del desconocimiento central itinerante– un ánimo jubiloso, celebratorio cuando la poesía es partícipe del júbilo *compartido*, reverberado por las voces laicas a lo largo de la historia. Transmite la poesía en estas ocasiones la intimidad imaginaria del nombre venerado, revivida por el deseo replegado hacia el pasado. La poesía encuentra en este nombrar óptimo y excelso del *héroe* la satisfacción del despliegue gozoso que explica el nombre y el apellido de Bolívar:

un bien entonado nombre griego  
y el apellido, en vieja lengua euskara,  
significa lugar de molinos.<sup>8</sup>

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 200.

<sup>5</sup> *Ibid.*, p. 284. cf.: “Recinto” (sin fecha).

<sup>6</sup> Baudrillard, Jean. *Der symbolische Tausch und der Tod*, Matis & Seitz, Munich, 1984, Sobre la prohibición de nombrar el nombre divino, cap. VI.

<sup>7</sup> Pellicer, Carlos. *Poesía. Obras, Ibid.*, “La balada de los tres suspiros” (1956), p. 647.

<sup>8</sup> *Ibid.*, “Elegía ditirámica” (1924), p. 147.

<sup>1</sup> Pellicer, Carlos. *Obras. Poesía*. Ed. de Luis Mario Schneider, FCE, México 1981.

<sup>2</sup> *Ibid.*, “Elegía” (1927), p. 190.

<sup>3</sup> *Ibid.*, “Elegía” (1927), p. 199.

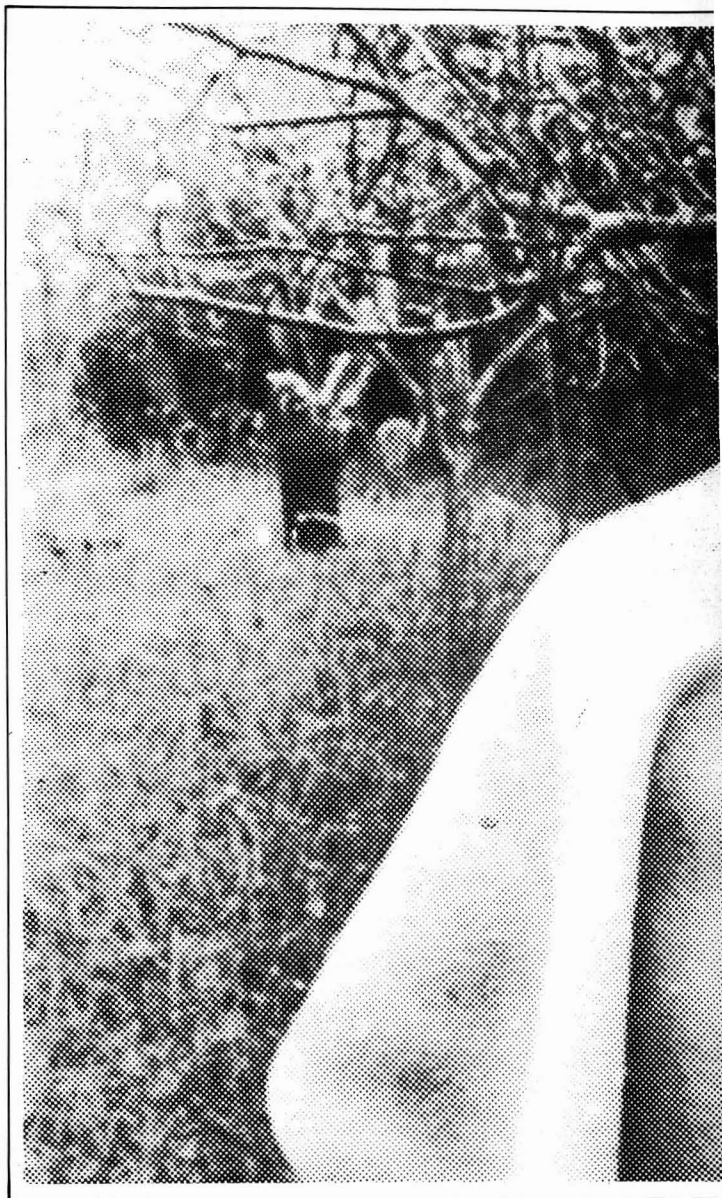
Confiesa el poeta: "Un día mi padre me regaló la 'Historia legendaria del Libertador'. Hace once años. A los pocos días escribía yo mi primera Oda a Bolívar. Después viajé por Sud-América....Hice viajes especiales a los campos de batalla bolivarianos. En Caracas doblé las corvas ante la tumba del Héroe. En Lima no hice otra cosa más que estar con él. En Bogotá sorprendí a mis amigos con mis conocimientos sobre Bolívar. Lo mejor de mi biblioteca es mi colección bolivariana....He dado un curso sobre Bolívar. No ha sido una admiración: ha sido una pasión. Mis amigos se quejan ya de mi bolivarismo. Algunos han protestado por escrito. Más aún: se afirma que soy víctima de 'mi' Bolívar."<sup>9</sup>

La veneración se nutre y motiva la *compulsión de nombrar*, que es el acto compartido más directo del proceso de creación y de comprensión de una identidad; es a la vez el momento final culminante (y por lo mismo el equivalente del silencio) de un largo proceso de observación gestadora. A través de este acto se convoca la estabilización de la *identidad continental americana*, la determinación de una existencia que exige ser nombrada y, más aún *autonombrada*. Significa esto la respuesta del acto previo de *haber sido nombrado*, de haber sido objeto de la voz pasiva que confiere la condición de una entidad sin voz.

El ajuste entre el pasado histórico propiciador de la aceptación pública de ser nombrado y la inserción en un presente cada vez más dispuesto a autodefinirse es, en su esencia, el de la formación de la identidad americana y de su expresión propia; o bien, de la formación del discurso de la identidad y la identidad discursiva americanos. Es decir, la evolución de la *voluntad de definir* esta identidad hacia la *formación de una voz* que la *refleja y reflexiona* sobre ella.

Este intenso acto de nombrar que es la poesía de Pellicer extiende su función a todos los nombres que definen el continente americano: nombra todas las partes integrantes de la identidad porque estas determinan a la vez su propia intimidad con el continente. Así, la intensa intimidad poética sin nombres se expande convirtiéndose en la intimidad extensa y compartida de los nombres de la veneración cívica, ética e histórica.

Más que acto que ciñe la ritualidad celebratoria religiosa, la poesía que nace a partir de los héroes de América y en torno a ellos determina una manera de concientizar la existencia americana como el cumplimiento de una larga y mítica promesa de libertad del cuerpo, del ánimo y de la razón (Vico). Se cifra en ella el encuentro con el destinatario ideal, de cuyo nombre se desprende el erotismo propio de la heroicidad: festivo, compartido, público y perdurable, partícipe de la formación de las identidades particulares. Cargados del peso específico de sus atribuciones míticas y místicas, son nombres en que se percibe la incidencia magnificadora de lo trascendente en el ser: la singularidad de los héroes es la magnificación de la singularidad del hombre americano, de lo que Zea llama su estado excepcional de hombre proyectado en la universalidad antes que en una dimensión reducida.



La tonalidad poética que reviste estos poemas es la solemnidad elegíaca, la épica pausada y clara de la epopeya o el movimiento más ágilmente ritmado del romance. El tiempo heroico por excelencia es el presente de la acción y del rito:

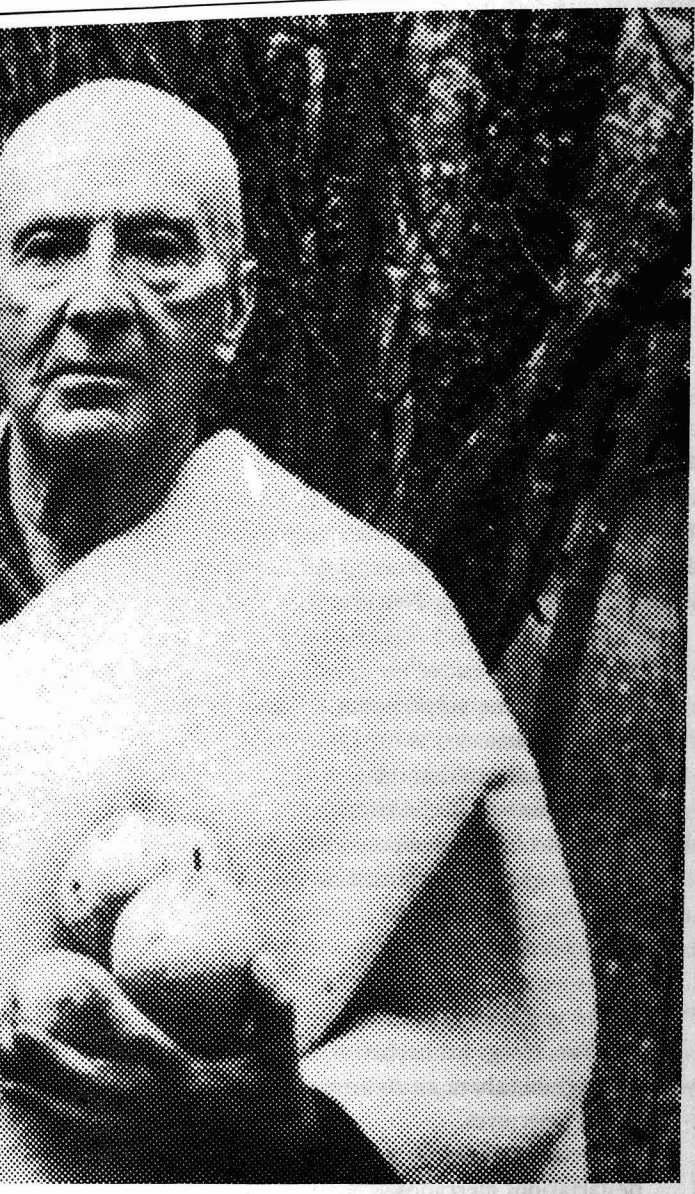
Por las playas de América  
diez atlantes avanzan  
sosteniendo en sus hombros un féretro.  
De un lado se levantan los Andes;  
del otro lado el mar moja el agua del cielo.<sup>10</sup>

Esta elección de tiempo concentra en el poder de la evocación la vigencia de los honores imperecederos que remiten a la tragedia de Antígona, como indica el epígrafe de la "Elegía ditirámica. Simón Bolívar"; la celebración es la de un rito funerario. Una mayor familiaridad y afectividad, una intimidad imaginaria transmite la evocación de la figura del Libertador que centra la tonalidad poética en el registro más tenue del pasado recreado:

<sup>9</sup> Pellicer, Carlos. *Cartas desde Italia*, Ed. Clara Bargellini, FCE, México 1985, pp. 93-94.

<sup>10</sup> Pellicer, Carlos. *Poesía. Obras, Ibid.*, "Elegía ditirámica" (1924), p. 147.





Su corazón era sensible  
cual una agua de oros en las manos del ruego.<sup>11</sup>

La fuerza del presente vigente adquiere matices humanos al transparentarse en él la evocación intimista del pasado; la poesía devuelve a la vida afectiva del lector lo que es a la vez histórico y social: comprender de dónde se deriva la identidad americana significa vigorizar, volver palpable la presencia de los forjadores al prolongar la contemporaneidad de la historia en la voz poética. El nombrar sagrado de la poesía se torna, a la vez, manifestación social y política de una identidad compartida.

La sacralidad laica de esta poesía celebratoria vuelve más fácilmente accesibles a los personajes históricos: los desprenden de la *figuración* del discurso histórico y los sitúa en el territorio de lo tangible, por ser, paradójicamente, uno de los territorios del imaginario que por la pluralidad de sus dimensiones y por su fluidez es un imaginario compartido. Nombrar al héroe se vuelve, en este sentido, un acto poético ciudadano

<sup>11</sup> *Ibid.*, p. 149.

y a la vez continental: un acto épico que funda la virtud y la conciencia social, es decir, la identidad discursiva como el *fluir* natural entre quien nombra y quien es nombrado.

El propósito mayor de la poesía heroica pelliceriana es transgredir la convicción particularizadora de la poesía, al crear no sólo retratos nacionales y americanos, sino cercanías afectivas con lo trascendente a partir de los momentos evocadores de las epopeyas trágicas. La unidad de una epopeya histórica y poética en Pellicer no se da como en el *Canto general* (1950) de Neruda; o bien, en *La epopeya nacional* Porfirio Díaz (1909-1910) de José Juan Tablada, un poema que debió haber conocido; no es el propósito textual preestablecido lo que guía la poesía, sino que la domina un *objetivo orquestal total* en que la voz heroica explícita, similar a la de otras epopeyas, inscribe los tonos graves; el cantar de la América heroica es sólo un aspecto de la concepción poética de Pellicer, el segundo aspecto de importancia expresiva de su visión fundamentalmente cristiana. El americanismo no se limita sólo a la heroicidad histórica: se inscribe en toda la visión poética que adquiere de esta manera los matices plurales definidores de la nueva identidad discursiva.

Anterior a la de Neruda, la intención poética de Pellicer de crear un cantar de América inicia con algunos poemas de *Colores en el mar* (1915-1920) y, más formal y vasconcelianamente, con *Piedra de sacrificios. Poema iberoamericano* (1924); de él no forman parte sólo los poemas de origen épico, sino también las dos intenciones de "Esquemas para una oda tropical" (1937 y -respectivamente- 1973) y los demás poemas que forman parte de la oda tropical dispersa en la obra; así, los poemas heroicos son una recurrencia a lo largo de su creación poética. Concentran el gozo poético de apoderarse del *nombre propio ejemplar*, de poderlo celebrar pública, social e históricamente; o el gozo de explicarse la identidad americana testimoniando el suceso del gran entrecruzamiento de tiempos, al desprender a los héroes prehispánicos del tiempo vegetal y señalar así el momento de ruptura del tiempo mítico que se corroe cuando incide en él la historia y su ritmo brutal.

El *tiempo vegetal* es el tiempo continental que precede la tragedia y al heroísmo, la estrofa de silencio anterior a la epopeya, la elegía, el romance, a los intervalos elementales dentro del cantar; es el tiempo de los dioses, tiempo de la poesía por excelencia: en él, los hombres y los elementos se hermanan en el silencio:

Es este bosque en que los árboles  
saben hablar  
de aquel silencio de obsidiana  
que en fuego tuvo pedestal:  
joven Cuauhtémoc que algún día  
pudo sus rocas alegrar  
con los dinámicos enlaces  
de este gran bosque patriarcal.<sup>12</sup>

Al hablar de la evocación heroica tocamos un aspecto esencial de la poética de Pellicer: en sus primeros poemas la figura del

<sup>12</sup> *Ibid.*, "Poema en tiempo vegetal" (sin fecha), p. 341.

héroe –en este caso, Cuauhtémoc– es asimilada a una figuración clásica de corte grecolatino, en un mestizaje entre lo clásico y lo mítico griego y un clasicismo histórico prehispánico.<sup>13</sup> Barroco es todo lo que no ha integrado aún los signos del desajuste, de manera que la figura del primer Cuauhtémoc poético, todavía torpe y barroca<sup>14</sup>, sugiere el mestizaje poético de las concepciones acerca del heroísmo y del héroe.

Más que el heroísmo espectacular de los grandes sucesos, Pellicer despierta al hombre dentro del héroe, un *hombre cristiano* compenetrado de la premonición del sacrificio y del aura que irradia su cumplimiento futuro. Son estos los instantes sagrados desconocidos en que el héroe es hombre entre sus congéneres humanos: Cuauhtémoc, Morelos, Bolívar o Artigas son evocados precisamente para ser devueltos a un anonimato juvenil cargado de premoniciones significativas. No el tiempo en sí fascina poéticamente, sino las posibilidades comprendidas en el tiempo, los despliegues reales de lo imaginario:

Un muchacho, de pie, que ha trabajado  
de sol a sol, reclinó su costado  
contra un árbol tan grande que parece  
que el cielo abarca...<sup>15</sup>

El *costado reclinándose* es una actitud de reposo pictórico, pero al embonar en el gran significado histórico que precede y circunda la epopeya de los héroes americanos adquiere otro significado nuevo: el de un *intervalo*, hiato de una rarefacción connotativa en que la familiaridad de los tiempos, espacios y actitudes se muestran como beneficios de la *temporalidad continua*. Así, el intervalo arraiga en un sentido diferente del de *tiempos perdidos* que le atribuye Dorflés.

Personaje recreado a partir del aura poética, el *héroe restituido* es el hombre a la hora sacramental y canónica del cristianismo vivo, un cristianismo primigenio directo que comparte con el poeta. La hora heroica no es más que

la hora de las palabras  
terriblemente cristianas.  
Las que hieren, las que arden, las que aplastan<sup>16</sup>

hora en que se vive

con pocas palabras  
pero en cada palabra tener una tempestad.<sup>17</sup>

La evocación heroica inscribe el significado histórico en una atmósfera de religiosidad de donde la poesía deriva del reconocimiento emotivo de la presencia cívica. *Sacralidad vocativa*

*íntima y anónima* –hasta clandestina o nocturna–<sup>18</sup> la poesía críptica es un acto de nombrar insuficiente para la fuerza expresiva de Pellicer que invade los momentos de confluencia entre la intimidad cristiana del héroe y la del poeta. Esta hermandad luminosa y franciscana libera el heroísmo del discurso circunstancial para devolverlo al tiempo generador de todo mito, el tiempo expectante del *intervalo* y el *tiempo vegetal*:

Reina la tarde tropical. La enorme  
tela de esos crepúsculos que el viento  
borra y pinta y enrolla  
para desenrollarla en otro hemisferio.<sup>19</sup>

Los bosques de América proveen el alimento poético del que el poeta recoge los instantes cristianos del héroe, del hombre elemental idéntico y consanguíneo de su paisaje. En este sentido, el principio de la evocación poética del héroe americano es similar en Pellicer y en Neruda. Dice Pellicer:

Durante el día estuve en su casa y en su tumba.  
La noche se me volvió codos en una ventana  
desde la colina.  
Y desde la altura desnuda  
y con la historia hecha trizas,  
miré destruirse el tiempo y elaborarse el espacio  
en pleno ejercicio espiritual de Bolívar.<sup>20</sup>

A su vez recuerda Neruda:

Esperé una hora quieta, aceché una hora  
inquieta, recogí los herbarios del río,  
sumergí mi cabeza en tu arena y en la plata  
de los pejerreyes,  
en la clara amistad de tus hijos, en tus  
destartalados mercados  
me acendré hasta sentirme deudor de tu olor  
y tu amor.<sup>21</sup>

La *hora poética* –el intervalo liberado de sucesos– y *cristiana* –el incidir gradual o espontáneo de la conciencia ascensional– propiciadora de este ir y venir entre presente y pasado, cotidianidad y tiempo sagrado, genera la comunión en la dilatación e intensificación aparente del tiempo continental que da fe del tiempo y del suceso histórico. Un tiempo cristiano del que emergen los actos sencillos, eternos y por ello repetibles: mirados en perspectiva, Morelos o Artigas labrando el campo no son héroes disminuidos: el ensueño poético de su tragedia recoge la resonancia vigente de la voz de Bolívar “de todas nuestras voces/...la más justa, la más hermosa y más clara”.<sup>22</sup>

<sup>13</sup> *Ibid.*, “Tríptico azteca” (1914), p. 772.

<sup>14</sup> Szesnec, Jean. *Los dioses de la Antigüedad en la Edad Media y el Renacimiento*, Ed. Taurus, Madrid, 1985, p. 209. La ausencia de figuras directas de las épocas clásicas producen imaginaciones plásticas distorsionadas en diferentes aspectos.

<sup>15</sup> Pellicer, Carlos. *Ibid.*, “Tempestad y calma en honor de Morelos”, p. 383.

<sup>16</sup> *Ibid.*

<sup>17</sup> *Ibid.*

<sup>18</sup> Cf. “¿Por qué tener escondidas las palabras/ como si viviéramos solamente de noche/ y pasáramos el día en la cama/ acariciando un hermoso cuerpo/ y devorando ésta y aquella otra manzana?” “Cien líneas para ti”, 1960, p. 509.

<sup>19</sup> *Ibid.*, “Elegía ditirámica” (1924), p. 147.

<sup>20</sup> *Ibid.*, “Cien líneas para ti”.

<sup>21</sup> Neruda, Pablo. *Canto general*, Ed. Bruguera. Barcelona, 1980, “Artigas” p. 112.

<sup>22</sup> Pellicer, Carlos. *Ibid.*, “Cien líneas para ti”, p. 505.



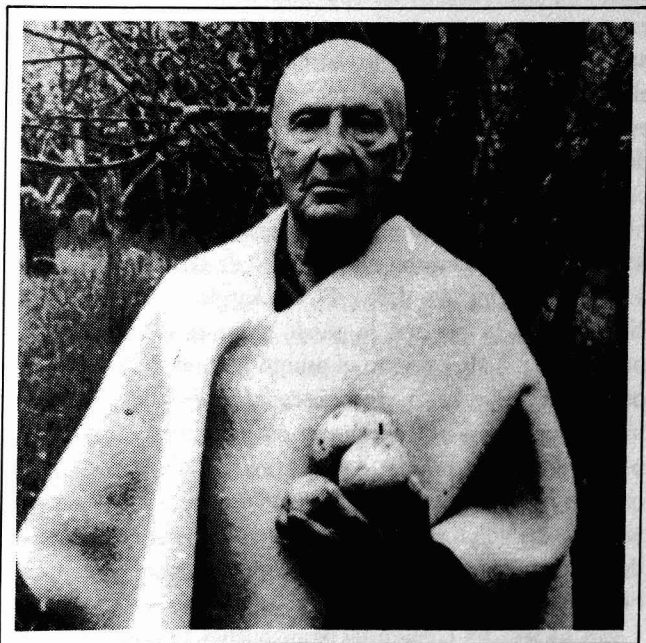
En todos ellos Pellicer restituye a los hombres elementales, *cristianos originarios* cuyo sacrificio cierra el destino de la singularidad. Su destino que no excluye la pobreza y el repudio es la "patria.../ soledad poblada de imágenes"<sup>23</sup>; imágenes que por otra parte remiten al vislumbre de una era poética de corte lezamiano, otro resumen giratorio que concentra de manera específica el imaginario de la humanidad en circunstancias excepcionales.<sup>24</sup>

El heroísmo continental americano cuyo sentido pelliceriano es el de una *gran comunión fraternal* recobra la dimensión humana que precede y cierra el destino público del hombre histórico como su dimensión última, simbólica y elemental. Cuanto más comunes, más cercanos al hombre contemporáneo, más cercana y directa su sobrevivencia de vuelta de la magnitud y del patetismo de su destino. En la voz poética se transparenta aquella voz cristiana redentora de la cual sólo necesitan los héroes trágicos y vencidos porque esta *absolución* que es el significado profundo de la poesía pelliceriana se genera en torno al erotismo funerario que emana del sacrificio y de la derrota.

Más que movimiento o movilidad espectacular, la poesía destinada a los héroes de América se concentra en una manera de fijar actitudes, silencios, posturas humanas ya sigilosas y hieráticas porque intuyen más allá de la existencia particular el significado mayor de una identidad nueva. El héroe no es más que el hombre excepcional invadido por la urgencia de resolver una circunstancia y por un *misticismo laico social* que trasciende el destino y la época; un cristiano que se proyecta no hacia el pasado y lo intemporal, sino hacia el tiempo del hombre común y el futuro. Su evocación genera la epopeya, el himno, la oda o la leyenda que perdura en el asunto anecdótico del romance, formas expresivas que retoman los registros graves.

<sup>23</sup> *Ibid.*, "Fecunda elegía" (1947), p. 369.

<sup>24</sup> Lezama Lima, José. *Las eras imaginarias*, Ed. Fundamentos, Madrid, 1982, p. 44.



Si acaso Pellicer confiesa que el contacto permanente con el mundo no logra transmitir más que una "prosa como la soledad del que está solo/ porque ha sido un vaso comunicante/ sin otra consecuencia que desbordar a todas horas su alegría", este ánimo no contradice los registros graves de la epopeya reminiscente, sino le confiere un sentido profundamente cristiano del que la gravedad es la forma expresiva solemnemente celebratoria de una alegría suntuosa. Al nacimiento de los héroes poéticos, misterio del que participa la sobrecogedora naturaleza americana, conduce la vigilancia del que siente estallar una identidad nueva y rebelde en el ámbito del misterio cósmico, cargado de signos, similar al que precede un advenimiento. El cristianismo cívico y ético de Pellicer toca en estos momentos significaciones de las que se ha servido a su vez el misticismo, este heroísmo humano que acerca los héroes y los santos:

Un aire de esplendor y de corona,  
alrededor del campo.

¿Qué mira que no ve? La luz enciende  
dos luces en sus pies, y lo suspende.

Con los ojos clavados, sangró su pensamiento.<sup>25</sup>

La sangre concentra en su aspecto más pasional, más entrañable, más sagradamente carnal el vínculo de comunión entre la humanidad y sus héroes —trátese de santos fraternales, hombres forjadores de patrias e historia o de los hombres comunes; comunión que celebra el sacrificio como la expresión máxima del júbilo cristiano, del *eros* que encuentra la salvación en el *ágape*. Las sangres sagrada y heroica asumen un mismo origen al celebrar el gozo físico de las "heridas espirituales de amor, las cuales son al alma sabrosísimas y deseables, por lo cual querría ella estar muriendo mil muertes a estas lanzadas, porque la hacen salir de sí...", según San Juan de la Cruz<sup>26</sup>; y es el alimento de la comunión según Santa Catalina de Siena, quien escribe sus cartas<sup>27</sup> en la *sagrada sangre* para extender la comunión a quienes escribe. Como en el rito cristiano, la comunión con los héroes es un lazo sacramental de sangre.

En la poesía de Carlos Pellicer se distinguen expresiones distintas de la vitalidad y fuerza expansiva cristiana: es la suya la poesía<sup>28</sup> de "un poeta moderno y profano con sensibilidad religiosa" que encuentra un sentido sacrificial religioso en la epopeya heroica de Bolívar, Artigas, Morelos o en Cuauhtémoc, una solemnidad fresca y franciscana. El americanismo pelliceriano es a la vez una actitud poética, política y religiosa: si su ámbito es el trópico, sus figuras son los héroes cuyo nombre confiere a la poesía el sentido de la sacralidad compartida. ◇

<sup>25</sup> Pellicer, Carlos. *Ibid.*, "Tempestad y calma en honor de Morelos" (1946), p. 283.

<sup>26</sup> De la Cruz, San Juan. *Cántico espiritual*, Ed. Porrúa. nr. 228, México 1989, p. 266.

<sup>27</sup> De Siena. Santa Catalina. *Gottes Vorsehung* (Edición de los Louise Gnadinger), Ed. Piper, Munich, 1989.

<sup>28</sup> Blanco, José Joaquín. *Crónica de la poesía mexicana*. Co. Textos, Ed. por el Depto. de Bellas Artes, Gobierno del Estado de Jalisco, Guadalajara, 1977, p. 155.

# El hombre y su alma. Reflexiones en torno a la existencia del *homo soviéticus*

*El sacerdote Jozef Tischner es profesor de la Filosofía en la Papal Academia de Teología y en la Superior Academia Teatral de Cracovia. Sus poco comunes estudios referentes al marxismo demuestran su gran capacidad de observación de la vida diaria, realidad a partir de la cual construye sus hipótesis filosóficas. Mucho se ha hablado sobre las causas del derrumbe de la ideología comunista. En el presente artículo el sacerdote Tischner propone una explicación que va más allá de las teorías hasta ahora existentes. El sistema comunista si no funcionó no es por sus premisas sociales sino más bien por la clase del hombre que a lo largo del tiempo ha generado.*

La evolución del término *homo soviéticus* recuerda de alguna manera la evolución del término "burguesía". Tanto el uno como el otro es valorizado positiva y negativamente. La burguesía proporcionó un moderno sistema de trabajo, cosa que no la defendió ante los reproches de los marxistas de haber explotado la clase trabajadora. El *homo soviéticus* parecía en la lucha contra el fascismo y a pesar de todo ha colaborado con el totalitarismo estalinista y no se opuso a la masacre del pueblo afgano. No hay nada extraño en todo esto. En cada fenómeno social podemos encontrar tanto elementos valiosos como nefastos.

No se puede olvidar que el lenguaje contemporáneo dispone con amplia variedad de términos que denominan la actitud de los constructores del socialismo. La mayoría de estos términos habían sido puestos en común circulación por los propios comunistas. Recordemos: reaccionario, contrarrevolucionario, burgués, dogmático, revisionista, etc. Dentro de otras denominaciones andaba el *homo soviéticus*. ¿Quién era este ser? De seguro no se trataba de un ruso, de un ucraniano o de un lituano ya que todos ellos se definen en términos nacionalistas, y aquél era más bien un "internacionalista". Tampoco era el *homo soviéticus* un miembro de las "masas populares" ya que éstos carecían de una adecuada "conciencia de clase". El *homo soviéticus* era más bien un producto de la ideología. Ya no era un analfabeta pero aún no poseía un pensamiento crítico e independiente. La ideología lo despojó de integridad e interior. Su propia evolución estaba controlada por la censura.

¿Esto acaso significa que el *homo soviéticus* era un fiel reflejo de la ideología marxista? Jamás. Este tipo de hombre se ali-

mentaba de lo que por sí mismo entraba a la boca, o sea de lemas. Por esta razón no lo llamo comunista. Éstos a su vez lo consideraban como "un conjunto de contradicciones". A veces pienso que era un simple parásito del comunismo. Pero, por otro lado, era un parásito por los comunistas elegido y aceptado ya que no sólo se alimentaba con su sangre pero también los acariciaba y consentía. Esto explica el porqué los comunistas nada sabían de su existencia.

El *homo soviéticus* es, a mi juicio, un producto de la negación comunista de la propiedad privada. Recordemos cosas muy bien conocidas. El comunismo trajo consigo una aniquilación de la propiedad privada que ha sido considerada no nada más como algo muy negativo sino también como fuente de todo mal social. Al frente de dicho mal iba la explotación del trabajador. En la práctica social y política la negación de la propiedad privada tomaba formas muy variadas y más o menos radicales. El golpe ideológico era tan fuerte que cada poseedor de algo tenía que aparecer a la sombra de la sospecha de vivir en el pecado.

¿Qué consecuencias psicológicas implicó esta acusación? Claro, en muchos casos la crítica de la propiedad privada se identificó con la eliminación de egoísmo y codicia. Pero en gran mayoría recortaba el sentido de responsabilidad social, sobre todo de responsabilidad por el trabajo realizado. Es por estas razones que ya muy pronto se señalaba la aparición, en lugar de la simple burguesía, de la "burguesía roja", que con el mismo antojo "tomaba la sangre proletaria". El comunismo es capaz de absolver al hombre de todo tipo de pecado pero no del pecado de poseer, sobre todo de poseer los medios de la producción. Por otro lado, el *homo soviéticus* sentía que tal prohibición, en lugar de encauzar la purificación de costumbres sociales, aumentó mucho más el deseo de posesión. Había un solo pecado y un solo deseo. De ahí surgía la pregunta esencial: ¿Qué es lo que aún se puede y qué es lo que ya no se puede poseer? Muy pronto el asunto ha tomado formas más profundas: ¿Qué hacer para poseer algo de tal manera que parezca que no se posee y poseer así para no poseer? La respuesta llegó muy pronto: hay que usar. A fin de cuentas el que usa no posee ya que únicamente usa, pero a la vez posee ya que está colmando sus necesidades y acaso ¿no se trata de ello para una persona que se considera un gran conjunto de necesidades?

Las sociedades comunistas eran buenas tierras para culti-



var actitudes consumistas. Pero este tipo de actitudes se diferenciaban enormemente de las actitudes consumistas de los sistemas neoliberales. La diferencia no radicaba ni en la cantidad, ni en el tamaño de la necesidad sino en la calidad. Las sociedades neoliberales, para usar deberían poseer, y las sociedades comunistas podían no poseer pero sí usar.

No deseo cuestionar las buenas intenciones de los comunistas de eliminar la explotación trabajadora, pero aparte de las intenciones cuentan las consecuencias sociales. La actitud consumista dentro de la sociedad socialista ha creado dos direcciones: dirección hacia la actitud “ladrona” y hacia la “limosnera”. En este tipo de conciencia “ladrona-limosnera” el recuerdo del mandamiento “no robes” va muy unido a la necesidad de su transgresión. Atinó Carlos Marx al escribir: “[...] no nada más no superó el concepto de la propiedad privada sino que ni siquiera lo alcanzó”.

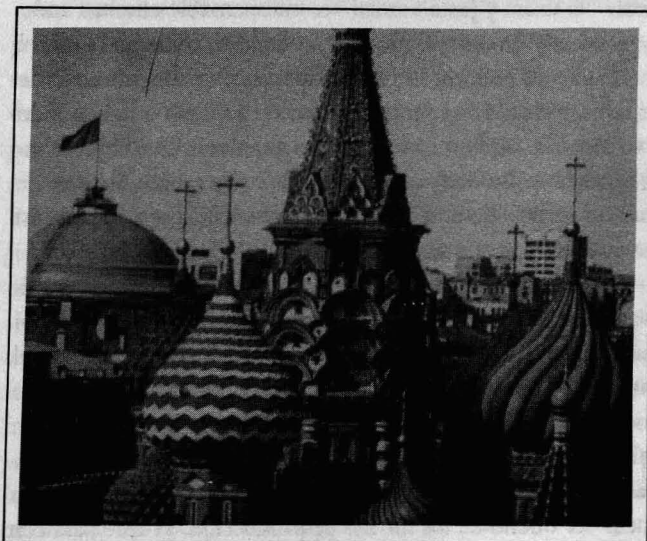
¿Acaso podemos imaginar qué es lo que sucede cuando los nacionalizados medios de la producción dejan de producir? ¿Qué pasará cuando la economía centralista empieza a mostrar sus primeras fallas y defectos? Preguntemos de otra manera un tanto más brusca. ¿Qué hacer cuando ya no hay nada que robar y no hay a quien pedir limosna? Entonces se acerca el miedo, un miedo que amenaza los fundamentos de la existencia. Así pues, se hace muy comprensible la rebelión contra el Estado, contra su ideología, contra todos aquellos que colaboran con ella. La gente, entonces, empieza a saber qué es lo que quiere y qué es lo que rechaza. No se quiere el “socialismo”, no se quiere el “comunismo”, pero esto acaso determina ¿qué es lo que se quiere y cuáles son las implicaciones del término “poseer”? En resumen podemos decir que el *homo soviéticus* es todo aquél que ha sido dolorosamente herido en el nivel de las necesidades y ya se ha rebelado contra todos aquéllos que le prometían su satisfacción, pero que aún no concibe el sentido de la responsabilidad por el hecho de poseer algo.

El asunto relacionado con el alma es un tanto más complicado. Se supone que reflexiones en torno a ella pertenecen más bien al campo de la filosofía que al de la crítica social. Pero no es así. El materialismo que convirtió el alma en “materia altamente organizada” era parte de un sistema totalitario, lo que significa que en última instancia no se trataba de afirmar o negar la existencia del alma sino más bien del derecho de gobernar con un ser humano. El término totalitarismo señala un sistema de gobierno dentro del cual el poder tiende a sujetar a todo ser humano y a la vez se presenta a sí mismo como fuerza que maneja toda la realidad posible y como tal se autopermite el uso de la fuerza en contra de sus oponentes. El totalitarismo es algo más que la tiranía y el absolutismo. La diferencia empero no radica en los niveles de la ilegitimidad de las agresiones sino más bien en el nivel de la legitimidad del poder. Así pues, este poder se presenta como la manifestación de la fuerza total, afirmando que él es el único portador de dicha fuerza.

Se puede escribir mucho sobre la forma de despojar al hombre de su alma dentro del totalitarismo, pero uno de los problemas más latentes es la cuestión de la libertad. En vista de las circunstancias y carencia de espacio limitémonos exclusivamente a la manera de pensar. El sistema totalitario no nada

más asimiló para sus fines la teoría marxista, determinista o dialéctica sino también un mismo sistema de pensamiento. En el día de hoy, cuando ya no existe el comunismo, vemos con qué voluntad “cantamos según su ajeja partitura”.

Recordemos una tesis de la epistemología marxista: el último criterio para determinar la verdad es la práctica. ¿Qué significa tal afirmación? Significa no nada más que la experiencia puede comprobar la verdad sino que también se puede “manejar de tal manera la experiencia” para que ésta compruebe “la única y justa teoría”. Esta relación entre la verdad y la práctica edificada en el fondo de la vida social conducía a la legitimidad de todo abuso de violencia con el fin de comprobar la verdad.



Así pues, se construía la “mentira política”, mentira que para muchos exponentes ideológicos del marxismo no era mentira, ya que se trataba de la edificación de “lo obvio y evidente”. Cuando el Estado decía que “en el socialismo no existe la explotación del trabajador”, se debía concebir el mundo de tal manera para no admitirla. Cuando decía que la oposición no existe, esto significaba que el opositor era un enfermo mental. Cuando decía que el nivel de vida en el socialismo es más alto que en el capitalismo uno debería sentirse mejor. El lenguaje no funcionaba para describir el mundo sino para crearlo. Y el pensamiento también estaba sujeto a este tipo de análisis. Era de conocimiento común que “los filósofos hasta ahora han tratado de explicar el mundo, pero se trata de construirlo” (Marx).

Una de las preguntas claves en este tipo de razonamiento es ¿quién va con nosotros y quién en contra? Analizándolo en otra forma podemos decir que el pensamiento político despierta sospechas, denuncia y agita. Cuando llega la necesidad clasifica según fórmulas ya preparadas: feudalismo, capitalismo, imperialismo, liberalismo intelectual, democracia burguesa, oportunismo, revisionismo, dogmatismo, etc. Los arreglos clasificativos, por un lado, son un conjunto de asociaciones temerarias y, por el otro, elevan a un nivel más alto la cualidad del Estado en su paterna preocupación por el día de mañana. Dichos clasificativos son a la vez estimulantes para la realización del hecho (praxis), y uno de los hechos básicos es

la "Declaración de la fe" en la fuerza creadora de la ideología practicada. "El auto de fe" político ha de contagiar a otros. Entre más congregados es más cercano el ilustre futuro.

Uno de los rasgos más sobresalientes de este tipo de razonamiento es la búsqueda de los enemigos y de la venganza. Un hombre sumergido en esta tendencia no sabe dialogar ni vencer en forma tradicional, sino que siempre está amenazando. Vendrá "alguien" y hará "algo". Es muy lógico: si la política es la clave para el entendimiento del materialismo, de la dialéctica y de la verdad, entonces la falta de pensamiento político ha de vengarse. Miedo por lo que pasará. Como consecuencia natural de esta fobia se repite constantemente; primero hay que cambiar y explicar después. La anticipación "fraternal" por el futuro exige actos inmediatos. Para construir "la única y justa verdad" es indispensable eliminar todo aquello que no encaja. Así pues, el hombre contagiado por el pensamiento político, lo primero que hace en una situación de cambio y elección es sentir y actuar de acuerdo a la lógica de la venganza. ¿Quién con nosotros y quién no? Este hombre sabe contra quién hablar, pero no a favor de quién. Siempre se puede negar, denunciar, tirar una piedra, pero, ¿acaso así se puede construir una democracia?

Una vez más regresemos a la cuestión de la propiedad privada. La negación de la posesión no se refiere únicamente al sistema de trabajo. Una mirada más aguda demuestra que el ataque comunista a la propiedad privada tenía como objetivo no únicamente el cambio de la estructura social, sino también el cambio del hombre. El comunismo consideraba que la posesión de propiedad es un mal social; es malo tener algo, es aún peor ser dueño de los medios de producción. ¿Y qué pasa con el hombre? ¿Acaso éste tiene el derecho de poseerse a sí mismo? La negación ideológica de la propiedad privada tendía no nada más a la eliminación de las injusticias sociales, sino también a la negación de la propiedad de uno mismo. Uno de los elementos más sobresalientes del comunismo era la socialización del hombre. El hombre tiene que reconocer que es una propiedad de la colectividad.

Hay innumerables puntos de vista sobre el asunto aquí tratado: el de un economista, el de un político, etc. Pero existe también el enfoque de un filósofo y de un sacerdote que de vez en cuando se dedica a confesar y ve cómo la ideología totalitaria, el materialismo, la dialéctica y "el pensamiento político" han transformado al hombre. No se trata aquí de despena, de gobierno, sino de algo "más sencillo" como lo es el alma. ¿Qué pasa o más bien qué ha pasado con el alma del hombre? Respondiendo de manera breve podemos decir que el sistema totalitario, al negar la propiedad privada junto con ella negó el alma, y con ello la libertad.

Esta gente existe. Me pueden creer o no, pero el *homo soviéticus* existe en realidad, y no tengo ninguna intención de lastimarlo. Como sacerdote quiero absolverlo, pero como filósofo quiero entenderlo. El *homo soviéticus* no es nada más un problema para el comunismo, sino también para la Iglesia. Era un constante compañero del cristianismo. De la misma manera como penetraba en la estructura del partido, penetraba al interior de las iglesias. Allí consumía los bienes de la vida terrestre, aquí consumía los medios que le garantizaban la vida

eterna. Siempre exigente, siempre capaz para culpar a otros, sospechoso de ver en todas partes origen de una desgracia, incapaz de sacrificarse a sí mismo.

Regresando a lo que había dicho al principio, el *homo soviéticus* no es lo mismo que el comunista. Estos últimos —a pesar de las ilusiones— sabían ser libres, mientras que el *homo soviéticus* significa repetir lo dicho, hacer lo hecho y, por fin, pensar lo pensado. De otra forma, todo tipo de razonamiento independiente representa el retorno a la ideología burguesa y a su concepción de la propiedad privada. El "pensamiento político", encargado del "adiestramiento ideológico" va enfocado hacia la socialización del pensamiento. Éste no pertenece más que a la colectividad y no al individuo. Así pues, el hombre nacido bajo el régimen totalitario, al ser despojado de su pensamiento, de la capacidad de tomar la decisión, en la situación en la que todos los esquemas y reglas se derrumban, se encuentra ante una realidad que desconoce. Como nunca aprendió a ser libre, encuentra algún culpable para todos sus fracasos y desgracias. El *homo soviéticus*, siendo el fundamento para el poder comunista, en otro tipo de sociedad se convierte en un individuo que dice "no" a todo tipo de cambio, pero no por sus convicciones político-sociales, sino más bien porque intuye que éste lo obligará a tomar decisiones, cosa que no sabe hacer.

Se considera que una de las preguntas más urgentes dentro del pensamiento izquierdista de hoy es la búsqueda de las causas que ocasionaron la caída del comunismo. Comúnmente se cree que tal situación se debió a la crisis económica o política. No creo que así sea, aunque no excluyo dichos factores. El comunismo se derrumbó porque perdió al hombre, pero no en el sentido de que se olvidó de su estómago, o de sus músculos, sino más bien de su alma. Un hombre vivo no cabe dentro de los esquemas ya preparados. Los hace explotar. El comunismo, en el fondo del asunto, no permitió al hombre poseerse a sí mismo. Para bien o para mal, pero a fin de cuentas poseerse. Hay que primero descubrirse, reconocerse, aprender sus cualidades y limitantes para después dedicar la vida a otros.

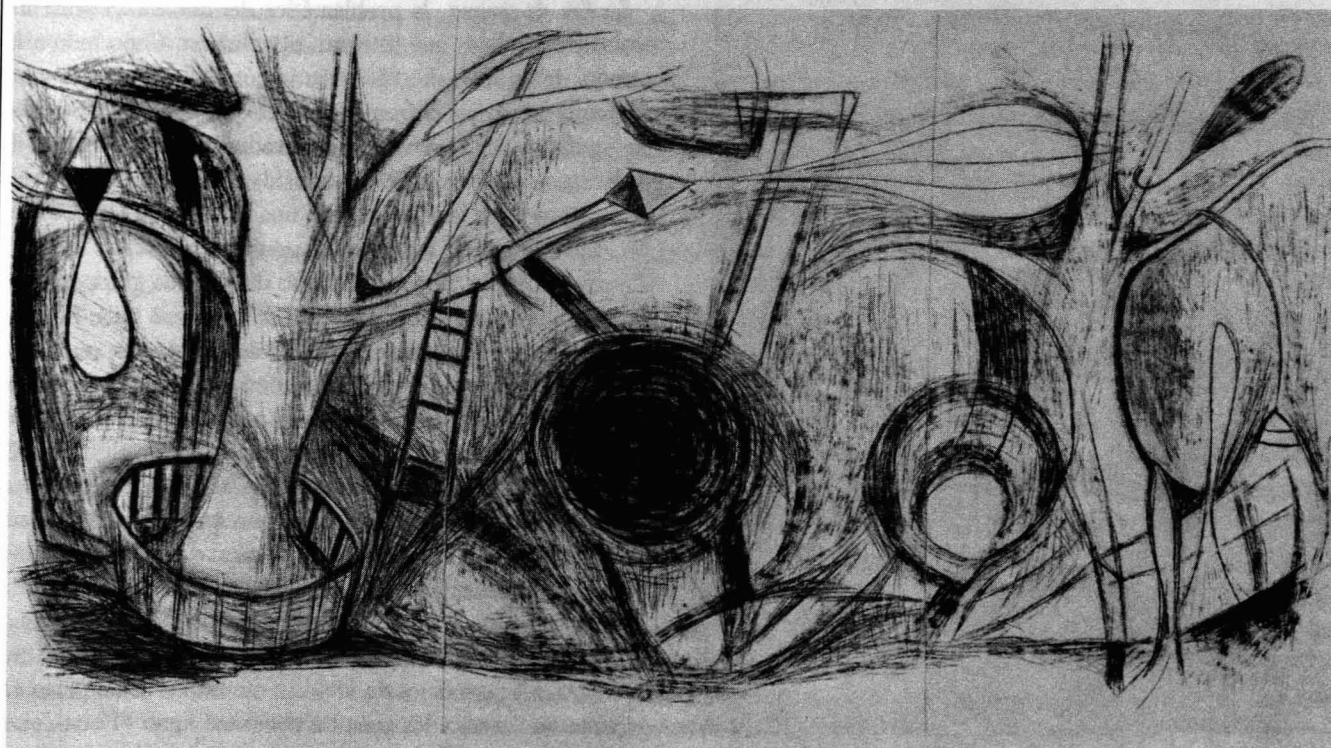
El pensamiento izquierdista es hoy completamente ciego ante los fenómenos más fundamentales. En sus intentos por revivir al marxismo, critica, denuncia, acusa, olvidándose de que ya nadie "pone el oído". En otras palabras va perdiendo su honor. En el asunto que nos interesa, y cuya expresión es el término *homo soviéticus*, este pensamiento actúa en forma vergonzosa. Hay quienes —apapachados por el astuto parásito— lo defienden como si fueran ellos mismos los amenazados. Otros a su vez, lo persiguen y atacan apoyándose en los textos de Lutero, Kant y Freud. Pero por más que duren estos esfuerzos de nada sirven puesto que el origen del *homo soviéticus* está en su propia ideología y pensamiento. Zinoviev, que por vez primera advirtió la existencia de este fenómeno, consideró que éste lo habitaba. Es difícil cruzar el pantano sin ensuciarse. Yo tampoco escribiría el presente artículo si no sintiera la humedad en mi cuerpo. ¿Acaso no sería de mucho mayor provecho abandonar la búsqueda de culpables, dejar de cansar la vista en la lectura de textos de carácter social y simplemente de vez en cuando mirarse al espejo? A fin de cuentas, ¿para qué aparentar ser un hombre limpio entre los impuros? ◇



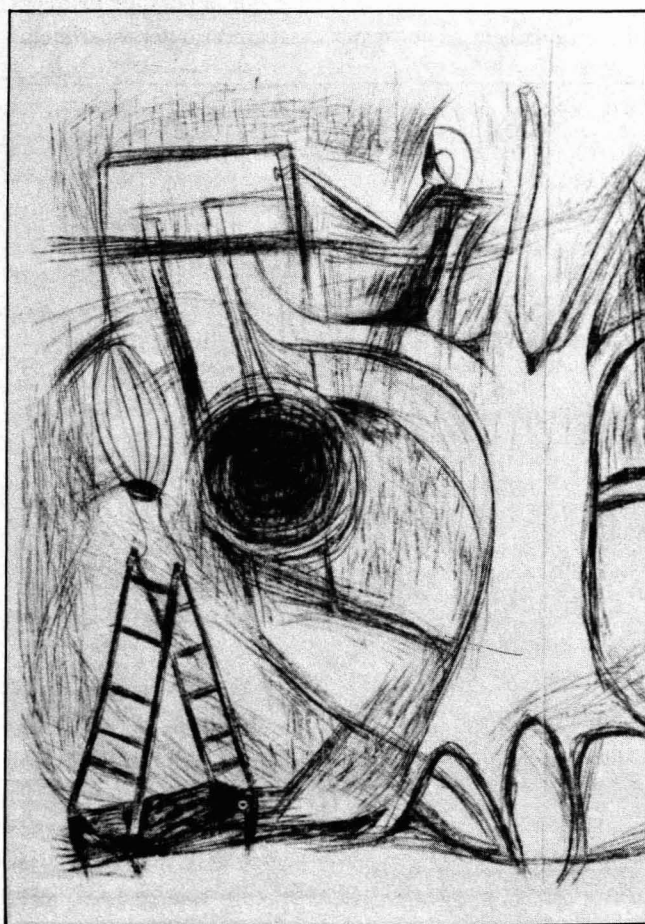
# Juan Vicente Melo: signo y repetición

Si nos detenemos un momento en la *Autobiografía* de Juan Vicente Melo, encontramos que su vida está misteriosamente marcada por la repetición; en ella confluyen por lo menos tres caminos, dos de ellos –la medicina y la escritura– trazados en forma significativa por las generaciones que lo antecedieron. El tercero, sin embargo, lo hace víctima de un destino personalísimo, exclusivamente suyo: su signo zodiacal es Piscis con ascendente en Piscis: “Nací –explica Melo– el primer día de marzo de 1932. Todos los horóscopos registran que, en ese día, rige el signo de Piscis y los Piscis, dicen –y estoy de acuerdo–, son nefastos, gustan de decir mentiras. Están destinados a diversos oficios y su configuración astral es doble: dos peces que se abrazan en sentido inverso: la cabeza de uno corresponde a la cola de otro y viceversa. Signo de agua, disolución, habitación en las profundidades. Signo de la movilidad, de la inconsistencia, [de] lo que nunca permanece quieto, la ola.”

Los dos peces que se miran en el signo funcionan como espejos enfrentados: uno es la imagen del otro que, a su vez, es su imagen repetida. Esta repetición y esta otredad que emanan del horóscopo de Melo permean también su obra, recorrida por infinidad de signos, de señales que, por efecto de aliteración, adquieren un nuevo sentido en los protagonistas de sus historias. Las palabras y los nombres que ellos pronuncian repetidamente, las melodías que escuchan y tararean, los espejos en los que se ven reflejados, la escritura invisible que sus dedos trazan sobre la mesa o sobre el cristal de la ventana no tienen un valor intrínseco sino en la medida en que acusan una participación con el otro, con esa otredad conflictiva que, al ser invocada, despierta de su escondrijo. Las primeras semillas de estos rituales cotidianos que en relatos posteriores alcanzan la fuerza de las ceremonias religiosas las encontramos en algunos cuentos de *La noche alucinada*, libro que, a pesar de los repetidos esfuerzos de su autor por desaparecerlo del mapa litera-



rio, fue reeditado por la Universidad Veracruzana en 1985 y que, según el propio autor, no formará parte de la nueva edición de sus obras que actualmente prepara la editorial Era. Aunque, ciertamente, *La noche alucinada* es un libro de juventud, en él asistimos a un abigarrado mundo de espacios, voces y gestos, en el que se mezclan hasta confundirse los nombres, los rostros, los sexos, como en una especie de carnaval orgiástico. Pienso, sobre todo, en dos relatos: "Tarántula" y "Estela". En el primero, de evidente influencia kafkiana, el hombre-tarántula condensa en una frase el delirio persecutorio de muchos otros personajes de Melo (recordemos, por ejemplo, "El día del reposo" o *La obediencia nocturna*) que son, a la vez uno y su doble: "El del espejo soy yo, y yo soy el otro", dice el hombre-tarántula. A esta imagen del yo desdoblado, fragmentado, Melo irá añadiendo, en cuentos posteriores, un complejo juego de voces narrativas, de reiterados movimientos corporales, de tics, de horas y días precisos que, al pronunciarse con la exactitud de un reloj, darán mayor densidad al desdoblamiento de los personajes. La Estela de *La noche alucinada* da cuenta del enriquecimiento que la figura del doble comienza a adquirir en la obra de Melo. En este relato, Xavier o Roberto mira en el espejo –como todos los lunes a esa hora de la tarde– los múltiples rostros de Estela, pero, en realidad, el espejo no refleja la imagen de la mujer sino el rostro alucinado del que mira. Se trata de un relato sumamente complejo, en el que Juan Vicente Melo logra dibujar los rasgos del esquizoide, esa figura evanescente, inasible, que alcanza su expresión más acabada en *La obediencia nocturna*, pero que también está presente en los otros dos libros de cuentos.



En *Los muros enemigos* nos encontramos con otra innumerable serie de repeticiones sólo que, en esta ocasión los movimientos que algunos personajes realizan tienen el poder de un rito religioso. Así como los fieles asisten los domingos al ritual de la misa con el objeto de invocar a Dios –ese gran ausente–, el médico del cuento "Estela" de *Los muros enemigos* lleva a cabo todos los lunes una ceremonia onanista en la que la mujer es también la gran ausente. Las letras del nombre –Estela– reproducen simbólicamente esta ceremonia que se inicia en el consultorio del médico y culmina en el pequeño santuario –el baño– que ha sido preparado para invocar a la divinidad. La escritura que el dedo índice del médico dibuja sobre el escritorio imita el movimiento ascendente y descendente del nombre de la mujer que, a la vez encuentra eco en el subir y bajar del rastrillo por la barbilla del protagonista. Simultáneamente a estos tres movimientos, el médico pronuncia la palabra mágica, el nombre que le permitirá seguir la huella, la estela del amor adolescente. Y es que, como Melo ha explicado en varias ocasiones, "Uno no debe decir jamás una palabra, porque si la dice, la realidad deja siempre de pertenecernos".

La palabra, la melodía, el ritual funcionan, pues, como medios para que los protagonistas construyan sus espacios imaginarios; son frágiles puentes que les permiten –aunque sea por un instante– la participación con el otro. Pero también es cierto que esta posibilidad –debido justamente a su carácter evocativo– los remite al fracaso. En *Los muros enemigos* abundan los ejemplos sobre este punto. Pensemos en Enrique, personaje de "Los amigos" que intenta reavivar sin éxito su deseo por Andrés cuando recorre una y otra vez el camino hacia la casa del amigo muerto o cuando silba la señal que los hacía cómplices del mismo secreto. Pensemos también en el protagonista de "Cihuateotl" que, desde la culpa, repite su historia para tratar de enmendarla.

En *Fin de semana*, la problemática del doble está presente en los tres cuentos que integran el volumen. Concebido a la manera de un *ritornelo*, "La hora inmóvil" funciona como un conjunto de espejos enfrentados en el que los dos protagonistas –guiados por el narrador– reproducen la historia de sus padres, que, a la vez, será reproducida hasta el infinito por las generaciones que les siguen como una suerte de ley ineludible. En "El verano de la mariposa", la tímida y mediocre señorita Titina adopta una personalidad más desahogada gracias a que, azarosamente, se prueba el vestido de la señora Lola. El cambio de vestido, el ritual que la solterona lleva a cabo en el río le permiten salir por un momento de la crisálida y conocer al "enemigo", a ese ser amenazante con quien, lamentablemente, no podrá tener un encuentro erótico. Por último, en el tercer relato, Antonio adquiere, por la fuerza de la repetición, la personalidad del amigo mientras que, en forma simultánea, en el narrador de la historia se lleva a cabo el mismo proceso de identificación que ha hecho posible la mutación de Antonio en Ricardo.

Siempre dobles, evanescentes, escondidos, mentirosos, disfrazados, los personajes de Melo se escabuyen como peces en el agua: son otros y los mismos, como ese signo –Piscis– que, si de alguna manera marcó la vida de Melo, en su obra terminó convirtiéndose en destino. ◇



Russell M. Cluff

# Entrevista a Luis Arturo Ramos



**L**uis Arturo Ramos (Minatitlán, Veracruz, 1947), Jefe de Publicaciones de la Universidad Veracruzana, es reconocido como uno de los más importantes promotores del arte en su estado natal, tanto por su actual desempeño como por su pasada labor como director de la revista *La Palabra* y el *Hombre* y de la colección *Cuadernos del Caballo Verde*. Licenciado en letras españolas por la UV, ha dictado cursos en esa universidad, en la UNAM y como profesor visitante en la Universidad de Missouri, Saint Louis. Su verdadera fama, sin embargo, se encuentra en su oficio de narrador y, particularmente, de novelista. En este sentido, son más que justas las palabras de Marco Antonio Campos sobre Ramos: "Es uno de nuestros narradores de excepción... [H]a escrito, en nuestra opinión, dos de las más inquietantes e intensas [novelas] de los últimos años (*Intramuros* y *Este era un gato*). Mientras más amplio y paciente es el ejercicio narrativo en él más asombroso es el resultado. Sus novelas dan presencia a su generación y dan vida a nuestra literatura" (sábado, supl. de *unomásuno*, [sábado, agosto 19, 1989. p. 2).

Luis Arturo Ramos fue becario del Centro Mexicano de Escritores y del Taller de Narrativa del Instituto Nacional de Bellas Artes (INBA) durante los años 1972-73 y 1976-77, respectivamente. Ha ganado dos prestigiosos premios literarios: Premio Nacional de Narrativa "Colima 1980" por su primera novela, *Violeta-Perú*, y el Premio de Ensayo Literario "José Revueltas 1989", por su ensayo, *Melomanías: la ritualización del universo* (una lectura de la obra de Juan Vicente Melo).

La presente entrevista se realizó durante dos encuentros en la Universidad Veracru-

zana, en Xalapa, el 10. de agosto de 1989 y el 26 de octubre de 1991. El autor cuenta, actualmente, con una nueva novela (en prensa) que llevará el título de *La casa del ahorcado*.

Su bibliografía se compone de las siguientes obras. *Novela*: *Violeta-Perú*, Xalapa, Veracruz: INBA-UV, 1979, 2a. ed. México: Leega, 1985; *Intramuros*, Xalapa: UV, 1983, 2a. ed. por aparecer en Editorial Grijalbo, *Este era un gato...*, México: Grijalbo, 1987; *Domingo junto al paisaje* (dos novelas cortas), México: Leega, 1987. *Cuento*: *Siete veces el sueño*, Xalapa: *Cuadernos del Caballo Verde*, 1974; *Del tiempo y otros lugares*, Xalapa: *Amate*, 1979; *Los viejos asesinos*, México: *Premiá Editora*, 1981, 2a. ed., México: *Lecturas Mexicanas*, SEP, 1986. *Ensayo*: *Ángela de Hoyos: A Critical Look*, Albuquerque: *Pajarito Publications*, 1979; *Melomanías: la ritualización del universo* (una lectura de la obra de Juan Vicente Melo), México: *Textos de Difusión Cultural*, UNAM, 1990. *Libros Para Niños*: *Zili el unicornio*, Xalapa: FONAPAS-UV, 1980; *La noche que desapareció la luna*, México: *Práctica de vuelo*, Delegación Venustiano Carranza, 1982, 2a. ed. México: *Cidcli*, 1985; *La voz de Coatli*, SEP-Novaro, 1983; *Cuentario*, México: *Amquemecan*, 1986, 2a. ed. 1988.

**Al leer las autobiografías de famosos narradores, me he dado cuenta de lo mucho que la vida personal, o, dicho de otra manera, "el repertorio" (según la jerga actual), influye en lo que aquéllos escriben. A partir de este fenómeno, me gustaría que me hablara de su niñez en Minatitlán y de su adolescencia en el puerto de Veracruz como trasfondo de**

**las experiencias que narraría en el futuro.**

Por principio acuerdo con el planteamiento que Rilke asienta en *Cartas a un joven poeta*: los primeros años de la vida, los tiempos de la infancia representan una especie de baúl donde el individuo va almacenando imágenes, sensaciones, sentimientos, miedos y emociones que rescatará después para la literatura. Tuve la fortuna de nacer en un sitio (Minatitlán, Veracruz, en el istmo de Tehuantepec) sumamente estimulante. A pesar de ser un pueblo en medio de la selva, tenía visos de ciudad moderna porque la refinería en torno a la cual había crecido (en su época, una de las más modernas de América Latina), proporcionaba acceso a todo tipo de satisfactores materiales. No estoy seguro de si se trataba de una pequeña ciudad o de un pueblo enorme; pero una caminata de 3 o 4 kilómetros fuera de los límites del pueblo, lo colocaba a uno en plena jungla. Encontraba lagartos, monos, serpientes de longitud cinematográfica, muchos ejemplares de una fauna tropical ya en plena extinción. Esta mezcla tan interesante de lo moderno y lo salvaje, se enriquecía con la mezcla de los tiempos, porque todavía me tocó ver mujeres indígenas que iban con el torso desnudo, aldeas enteras donde no se hablaba castellano, comunidades que habitaban otro siglo, y todo esto junto a los desplantes más estentóreos de la modernidad petrolera: contaminación ambiental incluida. Los sentimientos y sensaciones provocados por el entorno natural y artificial fueron muy estimulantes. A esto debo añadir que cuando yo nací mi padre tenía

sesenta años. Fue uno de los pioneros, de los constructores de Minatitlán. Llegó a principios de siglo a trabajar como peón. Poco a poco fue escalando posiciones en la jerarquía de los constructores hasta convertirse en un contratista de importancia que abrió brecha en la selva. Mi relación con él también estuvo matizada por esa especie de desfase cronológico. Mi padre vivía contando lo que vivió en sus años de juventud. Todos sus amigos eran hombres de su edad, y mientras los míos iban a jugar béisbol con sus papás o salían a pescar o de día de campo, yo me quedaba oyendo los relatos milenarios, históricos, rememorativos de un lugar que ya no existía más que en la memoria. Me imagino que a eso se debe que la memoria ocupe un sitio privilegiado en mi trabajo. Habité Minatitlán durante toda la década de los 50 y todavía alcancé a percibir un estado de pureza natural ya completamente fracturado.

Cuando yo acababa de cumplir 13 años, mi padre se jubiló en *Pemex* y nos fuimos a vivir a Veracruz. Mis padres nacieron ahí. El cambio significó para mí todo un acontecimiento. Fue la primera gran ciudad que habité. Comparada con Minatitlán, Veracruz era una metrópoli. Además, históricamente, es una ciudad muy importante. El trasfondo histórico de la ciudad, su simbolismo, pesan mucho en la conciencia del país. Durante siglos fue la puerta de ingreso a la nación. Todo lo que ocurría, para bien o para mal, imprimía ahí su huella. México, que en un país de inmensos litorales, sólo contaba con esta minúscula puerta para acceder a la entraña del país. Es la primera ciudad española, criolla de la América continental. Está marcada por las invasiones extranjeras y los ataques de los piratas; en fin, mucho de lo que repercute en la actualidad, tuvo su origen en esa ciudad antes amurallada y ahora sitiada por el mar y los médanos, y a la que yo llegué para habitarla durante los años de mi adolescencia. No obstante, no me resultaba desconocida puesto que me había sido legada desde el principio por la memoria prodigiosa de mis padres. Si Minatitlán era la selva y la fantasía, Veracruz fue la Historia y la identidad; y el único medio para conciliar estos aparen-

tes opuestos, tuvo que ser la literatura.

Veracruz es una ciudad elemental, el sitio donde confluyen los elementos primarios: la luz, el agua, el viento y el fuego, en la versión que de ellos proporciona el litoral sotaventino: el sol y los nortes, los médanos y los aguaceros nocturnos.

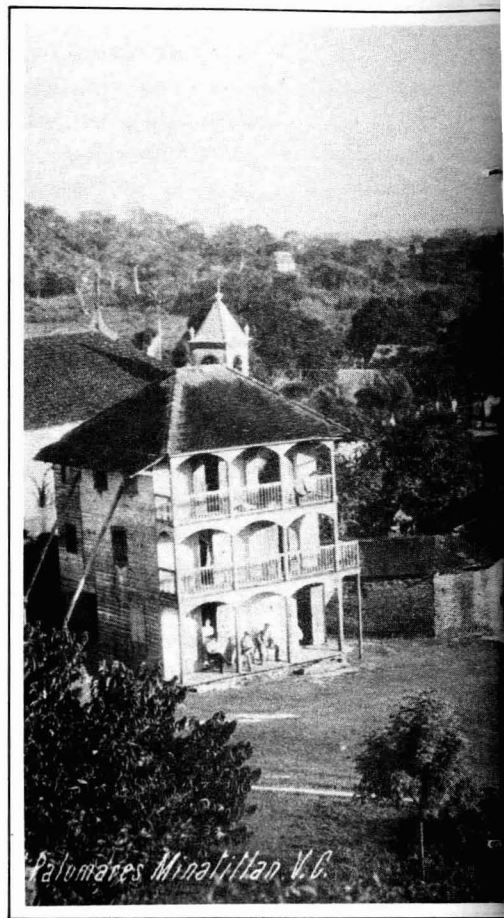
### *Y sus años de escuela ¿cómo fueron?*

En Minatitlán hice la escuela primaria y en Veracruz hice la escuela secundaria y la preparatoria. Abandoné un mundo socialmente estrecho, protegido, donde era conocido por todos, para perderme en una ciudad donde al mismo tiempo me sentía fascinado e inerme. Me convertí en un miembro anónimo de la ciudad, ajeno, tribalmente hablando. Esto coincidió con mi ingreso a la adolescencia. Todos los conflictos propios del adolescente se exacerbaban en este nuevo entorno, hostil y hasta cierto punto ajeno. Los primeros meses, años, podría afirmar, fueron de reconocimiento sostenido y sistemático de la ciudad y de mi cuerpo, paralelo a un cuidadoso cotejo de todo aquello que me había sido legado a través de la memoria y lo que constataba en la realidad. Dos años después murió mi padre y el sentimiento de despojo y orfandad se dramatizó.

Siempre fui un pésimo estudiante. Reprobé todo lo que resultaba digno de reprobar; pero siempre me interesé por la literatura. Mis padres eran grandes aficionados a la lectura. En la casa paterna siempre hubo libros, buenos libros. Nadie me obligó a leer, aunque desde el principio sentí una gran curiosidad por descubrir qué contenían esos objetos que obligaban a mis padres a desentenderse del mundo por tanto tiempo.

### *¿Y tuvo amigos que siguen siendo importantes?*

Bueno, importantes, muchos; pero que yo sepa, ninguno se dedicó a la literatura. Fuera de un amigo cantante profesional, todos los demás son ingenieros o médicos o contadores. Todo parece indicar que las ovejas negras no abundan en nuestro rebaño generacional.



*Usted comenzó su carrera literaria escribiendo cuentos. ¿Cuáles son sus cuentos predilectos? ¿De qué manera estos cuentos lo encauzaron hacia la novela, tanto corta como de mayor extensión?*

Al principio quería ser sólo cuentista. Me conformaba con serlo. Pero cuando llevé mi primer libro de relatos (que después aparecería con el título de *Del tiempo y otros lugares*) a la editorial Mortiz, don Joaquín me dijo que era muy difícil para un primerizo iniciarse comercialmente con cuentos, que eran muy difíciles de vender, que mejor empezara con la novela. Por eso fue que escribí *Violeta-Perú*. Entonces me di cuenta que mi espacio natural estaba en la novela más que en el cuento. De manera que lo que al principio consideré una estrategia para no publicar mis relatos, a la larga se convirtió en un buen consejo.

Mis cuentos favoritos son los que considero mejor acabados. Me gusta mucho "Cartas para Julia", incluido en *Los viejos asesinos*. Me gusta mucho "Domingo", cuento largo o novela breve. Otro





que se llama "El visitante" y uno que mis amigos me han enseñado a querer: "Cristóbal Colón", que forma parte de mi primer tomo de relatos compuesto por textos escritos a principios de los 70.

**¿Y de qué manera los cuentos lo han conducido hacia la novela?**

Bueno, cuando escribí *Violeta-Perú*, me sentí muy cómodo en el amplio espacio que proporciona el género. Luego escribí una serie de cuentos considerablemente más extensos que aquéllos que constituyeron mi primer libro de cuentos. Estos a los que me refiero, incluidos en *Los viejos asesinos*, son textos de 15 a 20 páginas. Me siento bien en estos espacios más holgados. Puedo desarrollar mejor mis intereses y se presta más a mis habilidades. La creación de personajes y la recreación de historias caben muy bien en los terrenos de la novela.

**Hábleme de su novela corta *Domingo* (1985). ¿Qué significa esta obra en su trayectoria novelística?**

*Domingo* está a caballo entre *Intramuros* (1983) y *Este era un gato* (1988). Como éstos, también sucede en Veracruz. El personaje central, médico y escritor fracasado, vive una ambivalente relación con su madre inválida. Sus fracasos pasados y su patético presente, resultan su mejor cuento, el relato que jamás podrá escribir. Así que *Domingo* es una reflexión acerca de la vida mediante la literatura y a la inversa. El texto me gusta tanto como el trabajo que me costó escribirlo. Incluye aspectos que me interesan y obsesionan mucho, tales como la relación del hijo con la madre. Creo que el hombre se define por su relación con las mujeres, "sus mujeres". Y creo que en la vida de todo hombre hay dos figuras femeninas fundamentales: la madre y la mujer, entendida en su papel de amante o esposa. La relación con cada una de ellas da sentido a buena parte de la existencia de un hombre. Salimos de una mujer-madre y penetramos en una mujer-amante y que Freud nos bendiga. Me obsesiona también esta modalidad de libertad y esclavitud que ofrece el amor, sea éste instigado por la amante o por la madre. En el momento de escribir *Domingo* me interesaba mucho también inquirir con respecto al nexo de un hombre maduro con su madre.

**¿Y cree usted que *Domingo* cuenta con suficiente desarrollo de personajes como para clasificarse como novela corta?**

Creo que sí. Aparecen dos líneas temáticas: la del presente y la del pasado y tres personajes fundamentales. Todo constituye un triángulo desamorado entre el médico, su madre y su amante. Aparece también toda una serie de dobles que desbordan los límites específicos del cuento.

**He escuchado y leído muchos comentarios positivos acerca de su primera novela, *Violeta-Perú* (1979). Después de más de una década de haberla escrito y tras haber realizado otras dos novelas fundamentales, ¿qué piensa usted de esa primera incursión en el género?**

Bueno, todos los libros que he escrito corresponden a una época determinada

de mi vida, a una preocupación específica de mi persona, que siempre es distinta. No fui el mismo a los 30 ni a los 40, ni lo voy a ser, espero, a los 50. *Violeta-Perú* fue una novela que necesitaba escribir en esa etapa particular de mi vida. Aunque se publicó en 1979, la novela ya estaba escrita en 1975. Es una novela que no escribiría ahora: en estos momentos no me interesaría escribirla. Es una novela ingenua por ambiciosa; pero añadido en mi favor que las primeras versiones de *Violeta-Perú* eran más ambiciosas todavía. El interior del autobús representaba al mundo, era una especie de metáfora del planeta y del universo. Intentaba recrear la evolución de la vida mediante la evolución del lenguaje. El desarrollo del ser desde su condición protosauria hasta alcanzar su calidad de ser pensante e imaginante. Al final todo esto me parecía tan temerario que decidí despojar a la novela de todo contenido simbólico-biológico para dejarla en lo que es. *Violeta-Perú* es una novela que me costó trabajo escribir pero gustó escribirla a pesar de que no la escribiría en este momento. Representa una etapa que ya rebasé. Era la época en que quería ser moderno, distinto, altanero, propositivo, original, insolente y sólo resulté el autor de *Violeta-Perú*. Ahora ya no quiero ser nada de eso. Lo que quiero es escribir bien y que me lean.

**Cada vez que releo *Violeta-Perú*, me impresionan, sobre todo, dos elementos: el manejo del lenguaje y el orden en que se cuentan y recuentan los sucesos. Comente por favor esta novela sobre la base de estas dos observaciones.**

Una de las virtudes de la novela es la manera en que están estructuradas las anécdotas que la componen. Aparecen dos líneas narrativas paralelas: la de la realidad y la de la imaginación; ambas se tocan y afectan mutuamente, hasta que una invalida, devora a la otra, provocando que el lector no sepa a ciencia cierta cuál es la realidad y cuál la ficción. En ésta, y las dos novelas que le siguen, aparece un señalado interés por la estructura, entendida ésta en un sentido arquitectónico. Por lo que se refiere al lenguaje, éste pretende imprimir el

ritmo de las diversas velocidades con que avanza el autobús. El lenguaje acompasa un ritmo específico que intenta reproducir la velocidad y el vértigo de las imágenes urbanas en el tránsito real; es decir: exterior. Además revela también la velocidad interior del personaje; es decir, el creciente grado de alcohol que determina los pensamientos del personaje principal y que lo precipitan en una serie de fantasías cada vez más demenciales. Por eso me agrada que usted subraye estos recursos, porque a ellos apelé para construir la novela. Yo agregaría además la creación de una atmósfera, aunque ésta derive precisamente del ritmo del lenguaje y del entreveramiento de imágenes visuales vertiginosas, relampagueantes y oníricas. Creo que fue debido al carácter *visual* de la novela que la hicieron guión de cine.

**¿Y cuál sería el valor existencial, vital, de los delirios alcohólicos que aparecen en la novela?**

Toda la novela resulta creación del protagonista único. Todos los personajes son, de hecho, invenciones del "pensador ebrio". Este señor los está inventando o recordando, y recordar equivale a inventar. No importa que algunos sean reales porque el único personaje es ese ser innominado que viaja en el autobús a través de la Ciudad de México. Todos los demás son desprendimiento de su imaginación o de su memoria. El protagonista es un *lumpen*, un desclasado golpeado por la vida y por una sociedad hostil. La violenta realidad, la realidad siempre enemiga, lo ha vuelto un despojo y él intenta vengarse de la situación mediante sus ensoñaciones. Todo lo que no puede con los actos lo puede con la imaginación. Al final acaba matando lo mejor de sí mismo en la figura de Santos Gallardo; porque Santos Gallardo es la otra cara de la moneda, de su moneda, su otro Yo: el que enamora y conquista a las muchachas, imparte justicia, destruye a sus enemigos: es, en síntesis, el Superhéroe. Al final el protagonista, que ha inventado a Santos Gallardo, termina asesinando a su criatura. Destruye el producto más revolucionario de su imaginación que, al final,

también resulta humillada y vencida. El protagonista principal se encuentra tan disminuido que ni siquiera consigue escaparse a través de la imaginación, porque aun ella resulta alcanzada por su miedo y su cobardía. Su propia imaginación se vuelve contra él y lo vuelve víctima en lugar de liberarlo. La "verdadera" novela comienza donde termina: es decir, cuando el personaje sin nombre desciende del camión para enfrentar la misma realidad pero ya despojado de sus sueños. Esa novela espero que la escriba el lector.

***Pasemos ahora a su obra monumental, Intramuros (1983). Esta novela enfoca un asunto de mucha importancia para la cultura mexicana del siglo xx. Me refiero a la llegada al país de los exiliados españoles luego de la derrota republicana. Ahora bien, mucho se ha dicho de aquellos grandes intelectuales españoles que tanto influyeron en el desarrollo del país; pero en Intramuros usted trata otro tipo de español, no es el intelectual sino el que simplemente viene en busca de la libertad. Comente lo peculiar de estos personajes y, si lo desea, contrástelos con el exiliado de Los dos Ángeles, novela posterior de Sergio Galindo.***

Por principio, *Intramuros* no es una novela simbólica del exilio español, tampoco una novela histórica. No me interesaba manifestar a través de esta novela lo que sucedió con los exiliados españoles. Lo que me interesaba era planear, específicamente, lo que sucedió con dos exiliados españoles: José María Finisterre, el anarquista, y Esteban Niño, el intelectual-burgués. No pretendía ni describir la épica del exilio ni del exiliado, tampoco su sentido histórico. Simplemente, y a través de estos personajes, quería trabajar una serie de temas que desde siempre me han preocupado. Por ejemplo, el proceso de adaptación o desadaptación de un individuo a una circunstancia ajena, el deterioro ocasionado por la cotidianidad, la impronta del tiempo en el carácter y en la conciencia del individuo, las capacidades de la memoria, ya sea como enemiga o como poder, como receptáculo de una vida pasada que afecta a la actual. En

definitiva: el comenzar a vivir a los 40 años, el "nacer" en tierra ajena con la pesadumbre de la historia particular y colectiva auestas. El caso de *Los dos Angeles* de Sergio Galindo es distinto. Don Ángel es un exiliado intelectual que habita la Ciudad de México y rememora el pasado, su vida antes de la guerra, la guerra misma y el exilio. Su encuentro con México, su imperecedera nostalgia y su sereno dolor hasta su muerte. En *Intramuros* los exiliados están referidos al contrapunto del emigrado económico: el gachupín Gabriel Santibáñez, que llega en 1915 a hacer la América, revistido a destiempo y con todo el patetismo que esto implica, con la armadura del conquistador, obnubilado por sueños de grandeza y con un espíritu épico que termina primero por volverse ridículo y luego grotesco. Se habla mucho de los personajes españoles del *Intramuros*, pero casi nadie para mientes en los mexicanos. Es decir, en aquéllos que no llegaron sino que ven llegar. Las esposas de los extranjeros funcionan dentro de la novela como la mirada que los describe y vigila en su intimidad. Gracias a ellas sabemos que el enemigo de Gabriel Santibáñez es la mala suerte; que José María Finisterre pretende vivir en el pasado y no lo consigue y que las mediocres victorias de Esteban Niño, el único "triunfador", de la novela se ganan a costa de una conciencia que no lamenta perder.

**¿Cuál cree usted que ha sido su aporte a la concientización del lector mexicano respecto a la historia de su país?**

La Historia, con mayúscula, aparece en las tres novelas que he publicado hasta el momento. El espacio histórico de *Intramuros* abarca 60 años; de 1915 hasta algo después de la muerte de Franco en 1975. Aparecen constantes referencias a hechos históricos perfectamente ubicables: la Revolución mexicana, la Guerra Civil Española, la época de Ávila Camacho y de Miguel Alemán, el Movimiento Ferrocarrilero en 1958, el Movimiento Estudiantil del 68, y el golpe chileno en 1973, y la nueva oleada de exiliados que éste





trajo consigo. La Historia está siempre presente y todo y todos se refieren a ella. La memoria siempre es histórica y todos los personajes habitan el tiempo de la memoria. No me interesa, como ya dije, el mero hecho histórico.

Lo que pretendo es contaminar la historia con la ficción, o a la inversa, y ver qué resulta de esta alquimia o aleación, como prefiera llamársele. Para mí la Historia no es más que un caldero que voy colmando con fabulaciones. Cuando los ingredientes mezclados son buenos, el resultado siempre enriquecerá la conciencia, si no con verdades absolutas o precarias, al menos con la certeza de que el mecanismo utilizado es benéfico para el ejercicio de la libertad de pensamiento.

**En 1988 publicó usted *Este era un gato...* ¿Por qué el título y cuál ha sido su propósito general al crear esta obra?**

El título es el primer verso de una rima infantil: "Este era un gato / con los pies de trapo / y los ojos al revés. / ¿Quieres que te lo cuente otra vez?" La respuesta

a la pregunta, sea cual sea, da la pauta para repetir la estrofa una vez más. Es un cuento de "nunca acabar", porque la Historia (otra vez con H mayúscula) también es un cuento de nunca acabar. Estamos por terminar el milenio con actitudes y políticas que yo pensaba superadas: invasiones, nacionalismos a ultranza, racismo, neofascismo, etc. La Historia se repite y no deja de sorprenderme la exactitud con que lo hace. De la misma manera, el personaje-narrador de *Este era un gato...* cuenta y recuenta una y otra vez la misma historia para descubrir que siempre es distinta sin dejar de ser la misma. El personaje-narrador ejecuta el ejercicio de la memoria, y como ésta, el personaje no reproduce fielmente lo acontecido, sino que reconstruye como mejor puede y le parece, inventando inclusive. El estribillo que abre con el verso que da título al libro, refleja también la estructura de la novela: acontecimientos que se acomodan y reacomodan como si los recuerdos hubieran sido divididos en trozos y dispuestos al alcance del narrador par que éste los acomode a su antojo y de acuerdo a sus propios intereses.

Quien conserva la memoria tiene poder sobre el futuro.

**¿Y el propósito general de crear esta obra?**

Son varios y obedecen a diferentes posibilidades de acercamiento. La novela permite cuando menos tres tipos de lectura. Una de tipo policiaco, puesto que el detonador de los hechos es el hallazgo del cadáver de un *exmarine* en un hotel de mala muerte frente a los muelles del puerto de Veracruz. La dilucidación del misterio va a desencadenar una serie de acontecimientos que representan la columna vertebral de la novela. Otra posibilidad es una lectura religiosa: hay un personaje narrador que está tratando de acomodar la realidad como si fuera un pequeño dios. El personaje-narrador cree en los augurios y se empeña en descubrir mensajes cifrados en la cotidianidad. Cuando hablo de la lectura religiosa no lo digo en un sentido nada más cristiano, sino también en un sentido pagano. El narrador es un neopagano con tendencias fascistas que piensa tener el don de adelantarse a los acontecimientos. Yo encuentro una carga religiosa en la intención de rehacer la realidad. El personaje principal no es un cristiano, al contrario, es un anti-cristiano que no cree ni en amor ni en el perdón, fundamentos del cristianismo. Sólo los débiles perdonan y lo hacen conscientes de que es la única manera de ser perdonados. Los fuertes no tienen por qué perdonar porque siempre serán los vencedores. Actuar de tal manera, es decir, débilmente, al margen de la crueldad y la violencia, implicaría contradecir su doctrina fundamental. La tercera lectura es de carácter político. Aparecen jóvenes que van a encontrar en el fascismo el medio para autodefinirse, sentido y cauce para su violencia, su odio y sus atavismos raciales. En este sentido la novela resulta también una novela de iniciación: el despertar de un joven fascista. Miguel Ángel Herrador descubre, con la ayuda de su compañero, el narrador-iluminado (una especie de profeta del fascismo), su verdadera misión.

**Tal como en *Intramuros*, esta novela tiene un trasfondo histórico. ¿Cuáles son**

**los puntos de enfoque respecto a la historia nacional, y qué deben implicar para el lector tanto mexicano como extranjero, y en especial para el estadounidense?**

Los personajes de la novela son tanto personajes de la Historia como de la infrahistoria: es decir, de la Historia nacional y de la historia doméstica y particular. Están contaminados y apabullados por el peso histórico particular y colectivo; al mismo tiempo, sobre todo en *Intramuros* y *Este era un gato...*, los personajes reaccionan al contacto de lo extranjero: y para los mexicanos, este concepto se manifiesta, sobre todo, en dos nacionalidades: la española y la norteamericana. Son “nuestros” extranjeros, desde mi particular punto de vista. En *Este era un gato*, aparece otro gringo viejo (perdón, Carlos Fuentes): en la figura de un *marine*. Esta presencia ominosa resume la manera histórica en que los mexicanos entendemos al extranjero y su relación con el nativo. En este sentido, Roger Copeland se corresponde con Santibáñez y Finisterre en *Intramuros*. Para los lectores mexicanos, la novela advierte contra la rechazación del país, o al menos, de una parte considerable de la sociedad. Me preocupa que muchos mexicanos están viendo en las opciones de extrema derecha, las soluciones para los problemas del país.

**¿Cuáles son los hilos narrativos que conectan la individualidad del autor de la novela con las vidas de sus protagonistas?**

Mis enemigos afirman que *Este era un gato...* es casi autobiográfica. Y en alguna medida tienen razón porque de alguna manera reconstruyo los años que viví en Veracruz. Ciertas situaciones son autobiográficas. Cuando murió mi padre, mi madre y yo nos convertimos en los únicos habitantes de una casa muy grande. Esto coincidió con la etapa de la iniciación, la sexual incluida. Vagabundeaba por el Veracruz nocturno con una pandilla de rufianes de mi edad, fascinado por los ambientes de más baja estofa: los muelles, los mercados, los prostíbulos, las playas. Fueron años significados por la iniciación en los miste-

rios del universo: el amor, el sexo, la política, la violencia, el miedo, la poesía, etc.

**La intertextualidad siempre presta profundidad a sus narraciones. ¿Cuáles son los “intertextos” que más influyen en su mundo narrativo y cómo se manifiestan en *Este era un gato...*?**

En un momento de la novela, un personaje afirma a manera de burla: “Bolaño ya lleva cien páginas de la segunda parte de *Crimen y castigo*”. Esto sintetiza otro de los sentidos de la obra: la culpa asumida, la comisión de un crimen a sabiendas del peso que conlleva, cometer el pecado como desacato voluntario. Roger Copeland tiene que morir para que todo suceda, es una víctima ritual y propiciatoria. El narrador cuenta la novela desde la angustia del remordimiento a sabiendas de lo que éste implica, de que lo sitúa en el bando contrario, en el bando de los débiles y, por lo tanto, de los enemigos. Aparece toda una serie de alusiones a textos diferentes, pero sobre todo al ambiente, a la temperatura, a la significación de *Crimen y castigo*; es decir, la conciencia y el peso de la culpa. *Este era un gato...* es una novela empapada en la culpa, en la orfandad, en la pérdida de Dios (que es la pérdida del padre). El personaje-narrador no tiene padre; empieza a conocerlo a través de la muerte y sólo por la mediación de su madre. Tanto para la madre como para el hijo, la muerte del esposo-padre resulta más significativa que su vida. Esto refleja un poco su relación con Dios porque también está muerto y hay que inventarlo otra vez. Todos los personajes de *Este era un gato...* son huérfanos reales o simbólicos. Hijos que abominan del padre porque no se reconocen en lo que representa. En este sentido ninguno de ellos tiene padre ni descendencia; por lo mismo, las genealogías quedan canceladas. Aparece una escena donde el narrador-personaje presencia aterrado a una manada de gatos devorando a los cachorros. Comprende entonces el significado terrible de la relación padre-hijo, la cual necesariamente refleja la relación Dios-hombre.

**¿Y esas múltiples referencias a motivos bíblicos?**

Obedecen a los contenidos religiosos de la novela. Roger Copeland es el ángel de la muerte que llega a matar a los “otros”. El agua adquiere connotaciones bíblicas. Los Roger Copeland son poseedores del agua buena, la de los otros no se puede beber: está llena de bichos. Estas reacciones tan comunes en los extranjeros que llegan a México, adquieren carga simbólica en la novela. El extranjero “civilizado” que arriba a México se enfrenta antes que nada con el agua.

*Este era un gato...* es una novela cargada de símbolos pero sin parecer, espero, simbólica. No se puede andar vendiendo símbolos; quiero que éstos surjan del entramado básico de las relaciones. Por eso Roger Copeland, francotirador especializado, realiza su trabajo con la limpieza y meticulosidad de un ángel exterminador. Realiza su trabajo aséptica, casi clínicamente, más allá del odio, de la pasión o de la justicia. Ese Roger Copeland, perfecto ángel vengador, regresa 60 años después convertido en un viejo reblandecido por los recuerdos y los remordimientos.

**Pero también humanizado por el amor de Tirana.**

Exactamente. ¡Qué bueno que lo dices porque la única persona que siente amor es el ángel de la muerte! Para los demás no hay amor: hay sexo; es decir, urgencia carnal, erotismo, lujuria, pero el único personaje que tiene y que siente amor es Roger Copeland. Y cuando regresa por segunda vez a Veracruz, 60 años después, se percató de que su vida entera, 80 años de vida, se reduce a la semana que vivió enamorado de una mujer extraña de la cual no supo ni su nombre, con la que no cruzó una sola palabra porque ambos ignoraban el idioma del otro. Y que todos sus 80 años (sus guerras, sus mujeres, su todo) se reducen a esos dos o tres meses de amor por una mujer. Precisamente por eso, por su sensibilidad al amor, es que se convierte en el enemigo de los jóvenes fascistas. Se convierte en un ser débil y, por lo tanto, en el enemigo. El personaje-narrador se convertirá en





otro ser reblandecido, no por el amor sino por la culpa. Por eso teme el arribo de Miguel Ángel Herrador, porque se reconoce debilitado, remordido por la culpa, y los débiles son las víctimas naturales de los felinos.

**Uno de los motivos principales de la novela aparece cuando Macrina, la sirvienta, y el narrador, Alberto Bolaño, tratan de salvar a los gatitos del ataque de los gatos. Este motivo habrá de repetirse en otro que involucra a seres humanos, la pandilla de Los Animales. ¿Qué nos puede decir al respecto?**

En México a la sirvienta se le llama despreciativamente "La gata". A raíz de la violación de Macrina por Los Animales, pandilla liderada por Miguel Ángel, a quien llaman "Minino", que es una forma popular de llamar a los gatos reales, éste descubre su potencial. El asalto a la muchacha, a "la gata", se convierte en una revelación para Miguel Ángel, "Minino". Su misión consiste en combatir a los que no son como él, ni racial ni ideológicamente. Y entre los primeros están las sirvientas, las Macrinas:

morenas, mestizas, indias. El Minino se convierte en tigre. Vivimos ya el tiempo del Tigre.

**Y a eso se debe que él y Los Animales violen a "la gata".**

Sí. El único que no participa es Bolaño. Está asustado porque sólo él sabe el significado real de esta violación tumultuaria. Sabe que todos son "inocentes" aun en su brutalidad; él es el único culpable porque es el único que conoce las consecuencias de ese acto en apariencia sin sentido. Y también sabe que su misión en la historia es hacer que lo que tiene que suceder, suceda. Él es la memoria y la lucidez: el profeta.

**Usted ganó el Premio de Ensayo Literario José Revueltas en 1989 con su trabajo Melomanías, la ritualización del universo, una lectura de Juan Vicente Melo. Esto da testimonio de su fe tanto en el acto de leer como en los resultados de un estudio detenido del texto literario. ¿Cómo influye en su trabajo de creación este quehacer netamente académico?**

En alguna medida todo acto de lectura respetuoso y meditado se convierte en un acto de creación. Entiendo la lectura como una forma de sistematizar, clasificar, sintetizar lo leído. Si después uno escribe todo aquello o sólo lo almacena en la memoria, es secundario. De hecho, lo que leo me sirve para mi trabajo narrativo. Los libros malos me enseñan qué evitar, los buenos cómo escribir. Toda lectura representa un aprendizaje. Todo libro leído detenidamente redundante, necesariamente, en mi enriquecimiento como escritor. Por lo que toca a Juan Vicente Melo me parece un escritor injustamente olvidado por los críticos; es autor de una obra muy poco conocida que amerita un acercamiento más serio, más profundo. Su obra no es una obra fácil, ni complaciente; no es un escritor para las inmensas mayorías. Su novela *La obediencia nocturna* es una novela para escritores o para especialistas de la literatura; mas no por esto deja de ser importante. Además de un gran escritor, Juan Vicente es un gran amigo mío, dos razones fundamentales para leerlo y escribir acerca de él.

**¿Cómo se titula su próxima novela (ya en prensa) y qué le gustaría adelantarnos acerca de su contenido?**

Se titula *La casa del ahorcado*. El título forma parte de un refrán popular: "Es como mentar la soga en la casa del ahorcado". Creo que el dicho se explica por sí mismo. Pienso que los mexicanos vivimos en la casa del ahorcado. Cada vez que criticamos a los demás mentamos la soga. Se trata de una novela distinta a las tres anteriores. Mis tres primeras novelas resultaban demasiado ceñidas, estructuralmente hablando; ahora quiero resultar más holgado y desenfadado. Quiero que sea una novela provocativa, obscena, irreverente, vulgar, sardónica, divertida, misógina, antimachista, antifamiliar, inmoral, etc. La escribí en un estado de enojo histórico. Fue interesante hacerlo así porque las anteriores las había escrito en pleno dominio de mis sentimientos. A los editores les gustó, espero que no sea yo quien me cuelgue con mi propia soga. ◇

---

Tatiana Bubnova

---

# Mijaíl Bajtín

(1895-1975)

## Ideas principales y su trayecto histórico

---

Bajtín fue uno de los intelectuales rusos que, perseguidos, deportados o eliminados ya en la primera etapa del estalinismo, desaparecieron del horizonte intelectual del hombre soviético ya a fines de la primera década posrevolucionaria. Condenado por la participación en un grupo de filosofía de la religión a una pena demasiado severa que le fue conmutada por su estado de salud. Le deportaron a un lugar que, aunque apenas le aseguraba la subsistencia, al menos no le significó una muerte inmediata. Gracias a esta temprana marginación del panorama intelectual (desde 1930) seguramente sobrevivió y siguió trabajando. Después de 1960 su nombre, olvidado por completo, vuelve a mencionarse gracias a que ve la luz la segunda edición de su fundamental *Poética de Dostoievski*, publicada inicialmente en 1929 y desenterrada por jóvenes entusiastas, devotos de este escritor ruso considerado ahora profeta, pero que fue otro marginado, *post mortem*, durante los primeros decenios soviéticos. Cuando en 1965 se imprime la tesis doctoral de Bajtín (postergada desde los años cuarenta), el famoso *Rabelais*, su prestigio empieza a extenderse más allá de las fronteras de la URSS. Desde entonces, su popularidad en los círculos académicos humanistas, en vez de disminuir, parece acrecentarse cada vez más. Es un fenómeno realmente excepcional, y habríamos de preguntarnos acerca de sus causas ahora, diecisiete años después de su muerte (1975).

La interpretación del pensamiento bajtiniano, no hay que olvidarlo, ha estado sujeta a la dinámica de la paulatina publicación y difusión de sus obras. Los primeros dos libros publicados desde 1930 –la nueva versión del *Dostoievski* y el *Rabelais*– en algo resultan afines a la época de la turbulencia social e intelectual de los sesenta. El dialogismo y la polifonía en el primero de los libros, el carnaval libertario en el segundo (que se teoriza también, en la versión de 1963, en *Dostoievski*) parecen un verdadero descubrimiento para la búsqueda de una libertad de espíritu, tan añorada y tan radicalmente ausente del mundo intelectual de la URSS de la “época del socialismo desarrollado” (fórmula acuñada por Brezhnev), tan afín al 68, con sus movimientos juveniles y la inquietud intelectual, en Occidente. Además, el surgimiento de la escuela semiótica francesa, con Propp, Levi-Strauss y los formalistas rusos en su haber, coincide con la llegada del pensamiento de Bajtín, cuyas ideas aparecen tempranamente (1967-68) expropiadas y adaptadas por J. Kristeva y se difunden en Francia bajo la

égida del semanálisis. En los Estados Unidos el paso triunfal parece iniciarse sobre todo con el carnaval. Sólo hacia 1980 otras obras de Bajtín empiezan a difundirse fuera de la URSS, gracias a la labor analítica y propagandística de Todorov (*Mikhail Bakhtine, le principe dialogique*, 1981). No hay que olvidar que incluso en la URSS el primer volumen de artículos bajtinianos (publicados antes algunos de ellos en revistas) aparece apenas en 1975 (*Problemas de literatura y estética*), el segundo en 1979 (*Estética de la creación verbal*). Así las cosas, la década de los ochenta está señalada por el descubrimiento de la estética bajtiniana, estrechamente relacionada con la ética y la epistemología. Los trabajos del círculo de Bajtín, en cambio (los de Medvedev y Voloshinov), atribuidos por la escuela semiótica soviética al propio maestro, se difunden en los setenta paralelamente al interés por la lingüística del discurso y los problemas de la ideología. Significativamente, el *Marxismo y filosofía del lenguaje* (de Voloshinov) y el *Método formal en los estudios literarios* (de Medvedev) se traducen a partir de las primeras ediciones rusas de la década de los veinte.

Ahora bien, esta dosificación del bajtinismo, acorde a las etapas de su difusión, ha producido varios efectos de recepción fuera de las fronteras de su origen. La apoteosis libertaria del carnaval constituyó una pauta necesaria dentro del anquilosamiento intelectual en la URSS, apareciendo como una especie de paráfrasis en torno a una realidad represiva y limitante. En Occidente fue relacionada con las utopías sociales de los sesenta y aun de los setenta. El dialogismo, la polifonía y la contextualización del sentido permiten que la antropología filosófica bajtiniana –las teorías en torno a la constitución del sujeto a partir de la otredad social y psicológica– llegue a integrarse a las ideas sobre el sujeto fragmentado, la semiosis infinita y la deconstrucción. Por otro lado, los teóricos del postmarxismo, basándose en la supuesta identidad intelectual entre Bajtín y los autores de su grupo, creen en la viabilidad de una doctrina bajtiniana unificada, basada en el método teleológico, marxista y semiótico a la vez. Esta incluye tanto las interpretaciones de Voloshinov y Medvedev sobre la relación entre la palabra y la lucha de clases, el enunciado y la ideología, como la postulación de la ambivalencia y la ambigüedad irónica como fuente de la inconclusividad esencial de la persona y de su palabra. Bien mirado, éstos son dos conjuntos de ideas en cierta medida opuestos. Por otra parte, los *insights* teológicos bajtinianos acerca de la dialogía del tercero, así



como la mística de una naturaleza portadora de actitudes éticas de testigo y juez son retomados por investigadores que, como Holquist y Clark,<sup>1</sup> pero también como algunos compatriotas de Bajtín, están creando una especie de leyenda piadosa en torno a su figura.

Tampoco faltan críticos ni detractores. Kristeva, Henri Meschonnic, Paul de Man o Umberto Eco, cada quien a su modo expresaron críticas más o menos fundadas de las ideas bajtinianas. El reproche de la supuesta ausencia de una teoría del sujeto en la poética dialógica de Bajtín, por parte de Kristeva,<sup>2</sup> sólo puede explicarse por un apresuramiento intelectual y una falta de información que ha acompañado, casi hasta los últimos tiempos, la recepción de la obra de Bajtín. Los ataques a la posibilidad de una poética histórica, a la función del carnaval o al alcance de la dialogía<sup>3</sup> de diferentes maneras señalan la inconformidad con la aparente falta de consistencia documental teórica y, especialmente, con la imposibilidad de reducir a una misma "totalidad" a Bajtín, Medvedev y Voloshinov inclusive, como si se tratara de un sistema unitario. Por otra parte, los usos creativos de estas ideas permitieron el surgimiento de varias obras de ficción basadas en estas teorías. Escritores profesionales, como Sergio Pitol, Severo Sarduy y Homero Aridjis, o teóricos de oficio y escritores improvisados, como Eco<sup>4</sup> y Terry Eagleton,<sup>5</sup> llegaron a tematizar y a ficcionalizar el carnaval, la polifonía, la teoría de la risa o hasta la biografía bajtiniana.

Éste es, digamos, un brevísimos recuento de la relación entre la recepción y el uso de estas ideas.

¿Cómo presentar el pensamiento de un filósofo en un breve espacio destinado a informar a los no iniciados sin caer en una mera enumeración de conceptos o en una banalización extrema? Bajtín ante todo es un filósofo del lenguaje que se apoya en la riquísima tradición occidental en torno a las teorías del signo, del origen y de la función del lenguaje, y en particular en la filosofía estética. El problema de la formación del sujeto, de que se ocupa desde sus escritos (conocidos) más tempranos –pero no precisamente desde el punto de vista psicológico– pasa por todos estos tópicos: el signo, la función del lenguaje, el lugar de lo estético. Pero lo que une todos estos conceptos en un sistema coherente de pensamiento es el lugar y el papel del *otro* (sujeto) en la relación del hombre con el mundo, la sociedad y consigo mismo. De ahí, una de las nociones primordiales en el pensamiento bajtiniano: el diálogo. "Ser es comunicarse dialógicamente". El lenguaje es el territorio interindividual en el cual se da el acontecimiento del ser: el encuentro del hombre con el otro. A diferencia de otros teóricos de la alteridad (filosofía de la vida, existencialismo), el *otro* bajtiniano no sólo tiene una función formativa en la formación del yo, sino que se trata de una presencia positiva y

benéfica para uno. El primer otro que recibe al futuro sujeto en el mundo, con una actitud *estéticamente* amorosa, y con el primer lenguaje que le define en su corporeidad e individualidad, es la madre; con esto está dicho casi todo. Cuando el hombre ingresa en los circuitos sociales y se topa con el *otro* como entidad *ajena* y socialmente distinta, en su estructura psíquica ya aparece instalado un otro interior, de quien se sabe que es alguien con ventaja espacial y axiológica respecto del yo: ve en mí lo que yo jamás puedo ver, me puede juzgar en mi exterioridad de una manera que me es inaccesible desde mi



interior. El hombre nace y vive en el diálogo, interno y social, con el *otro*. La unidad necesaria y estructurante del sujeto está asegurada por la responsabilidad, tanto ontológica como moral, que acompaña la relación del hombre con su(s) otro(s). Responsabilidad como concepto ético y como "responsividad"<sup>6</sup> conductual y discursiva, que se implican mutuamente.

Sobre este trasfondo especulativo hay que ver todas las demás ideas bajtinianas, aun las relacionadas con el marxismo. Durante los años veinte funcionó en Leningrado (ahora vuelto a ser Petersburgo) un círculo de gente de letras, teatro, filósofos, artistas y sociólogos, cuyo centro intelectual fue Mijaíl Bajtín. Entre aquella gente Voloshinov y Medvedev eran de los discípulos más destacados, que hicieron un intento (en mu-

<sup>1</sup> Katerina Clark y Michael Holquist, *Mikhail Bakhtin*, Princeton U. P., Cambridge, Mass., 1984.

<sup>2</sup> "Une poétique ruinée", Introducción de J. Kristeva a *La poétique de Dostoïevski*, Ed. du Seuil, Paris, 1970.

<sup>3</sup> Cf. Paul de Man, "Dialogue and dialogism", *Poetics Today*, 4:1, 1983.

<sup>4</sup> Umberto Eco, *El hombre de la rosa*, Planeta, México, 1985.

<sup>5</sup> *Saints and Scholars*, Verso, London-New York, 1987.

<sup>6</sup> En inglés, para ilustrar el doble estatuto de la responsabilidad, Clark y Holquist juegan con la cuasi sinonimia de *responsibility* y *answerability*. Cf. *op. cit.*, *passim*.

<sup>7</sup> No estoy de acuerdo, en absoluto, con quienes suponen que los tópicos y algunas ideas básicas del materialismo histórico –sobre todo– fuesen un pegoste oportunista tanto en la obra de Bajtín como en la de Voloshinov y Medvedev. Aquella época fue la de una esperanza y de un proyecto del mundo, en el que muchos quisieron participar de la manera sincera. Nadie podía saber, sobre todo en los círculos tan estrictamente intelectuales y alejados de la política real como el de Bajtín, de la metástasis ideológica y política que ya estaba madurando. Aun posteriormente, el marxismo filosófico y sociológico le sirve a la obra de Bajtín como punto de partida para sus propias creaciones intelectuales, en simbiosis con las ideas filosóficas muy distantes por su origen del marxismo.

chos aspectos, bastante exitoso) por integrar las ideas de Bajtín al materialismo dialéctico e histórico y, más todavía, intento por construir una teoría marxista del lenguaje y una sociología de la literatura, también marxista, a partir de su filosofía estética del otro.<sup>7</sup> El signo ideológico como el fundamento de la comunicación social y como territorio interindividual en que el lenguaje se manifiesta como lucha de clases –lucha por el sentido en cuanto verdad de clase, de grupo social, de generación, etc.– es una de las ideas de Voloshinov que más controversias ha producido, al identificarlo, por ejemplo, con Bajtín o, por el contrario, para servirse del concepto buscando demostrar la no-identidad entre ambos teóricos. Hecho interesante: en medio del denuedo generalizado a que la propia mención del marxismo se somete actualmente, junto con la



noción de la utopía social, los libros de Voloshinov y Medvedev (este último, por su brillante polémica cosmovisional con los formalistas a fines de los veinte) siguen casi como textos de cabecera en los ambientes académicos aparentemente conservadores, y siguen generando ideas-respuesta.

Si el lenguaje entendido como comunicación social acompaña y compenetra toda actividad del hombre y la convierte asimismo en actividad comunicativa también, una de las consecuencias de esta concepción es que toda manifestación discursiva del hombre se genera como respuesta (réplica, contraréplica, retracción, asentimiento, encubrimiento, sumisión, cuestionamiento, etc.), a algo dicho anteriormente por alguien (un *otro*, y prefigurando la futura respuesta tanto del interlocutor inmediato como del futuro. Las ideas bajtinianas en torno al enunciado, generadas en medio de una polémica con la lingüística saussureana, han alimentado las pragmáticas y teorías del discurso en los estudios semióticos de nuestro tiempo, así como han conducido a la concepción de todo texto literario como enunciado respuesta y enunciado prefiguración de una réplica futura. En confluencia con las teorías de la recepción, de otro origen, las ideas en torno al enunciado siguen produciendo resultados muy interesantes en las nuevas áreas de la teoría crítica, por ejemplo, en el feminismo, y han sido acogidas de buena gana por los deconstruccionistas.

La teoría de los géneros literarios y, en particular, de la novela se articulan asimismo en torno al concepto del texto como diálogo. Una de las ideas bajtinianas más atractivas es la que presenta el mundo ideológico, social y sociolingüístico del hombre como regido simultáneamente por fuerzas centralizadoras y estratificadoras. Estas fuerzas dominan la dinámica de las sociedades, las que bien se consolidan en torno a núcleos aparentemente homogeneizadores (los Estados, en sus formas más diversas), bien manifiestan su estratificación interna real, desde el punto de vista político, ideológico, cultural, lingüístico u otro: pensemos tan sólo en los procesos de estratificación contemporáneos que afectan a Europa y a los EEUU en este preciso momento. Estos procesos simultáneos opuestos son los que generan las manifestaciones culturales, lingüísticas, ideológicas contrarias, las que son llamadas por Bajtín culturas “oficiales” y culturas “populares” (extraoficiales, marginales, toleradas o perseguidas). De ahí, la idea del carnaval como expresión por excelencia de la cultura llamada “popular”, basada en los vestigios de las religiones agrarias antiquísimas y marginada por la centralización religiosa y, naturalmente, ideológica, llevada a cabo a través de los siglos por el cristianismo. Otra idea polémica de Bajtín, desarrollada especialmente en su libro sobre Rabelais, aunque diseminada también en sus otros escritos. Rechazada por unos, asimilada creativamente por otros, sirvió de apoyo a los investigadores de la cultura y literatura medieval y renacentista (y también de la moderna y aun “post-moderna”) para explicar muchos fenómenos creativos que antes se omitían por la tradición “centralizada” y “dignificada” de las historias literarias.

A la luz de la actual moda Bajtín, convertida incluso en una especie de industria académica de procesamiento de ideas y conquistas de espacios de discusión, publicación y de ordenamiento jerárquico de personalidades, quisiera recordar algunas palabras eventuales del filólogo ruso S. Averintsev, dichas a propósito del fenómeno homólogo en Rusia:

Como científico Bajtín rebasa el concepto de ‘literato’ o ‘crítico’: ante todo, es un filósofo. Determinados abusos en la asimilación de los trabajos de Bajtín tienen que ver, creo, con que lo convirtieran en una autoridad crítica inquebrantable, o que vieran en él un mentor, en pos del cual se pudiese repetir todo sin miedo a equivocarse o a perder el tino. Pero Bajtín ante todo es un pensador, y un pensador no existe para que se le repita cuanto dice, sino para que se le *preste oído*, y se le llegue a *escuchar*. Muchas de las construcciones teóricas de Bajtín son vulnerables, y él lo sabía bien. Sin embargo, sus ideas son convincentes como un sistema de pensamiento, que contiene en sí una concepción global de la vida del mundo y del hombre... A Bajtín probablemente no le entenderá aquél que con cualquier pretexto o sin él hable del “espíritu del carnaval”, o de la “polifonía de las novelas de Dostoievski”, sino aquél que siquiera en una pequeña medida sepa emular su libertad interior.<sup>8</sup> ♦

<sup>8</sup> De una entrevista realizada por la revista *Ogoniok*, No. 32, agosto 1986, p. 12.



# De aventuras y otros menesteres: El premio Planeta

Federico Patán

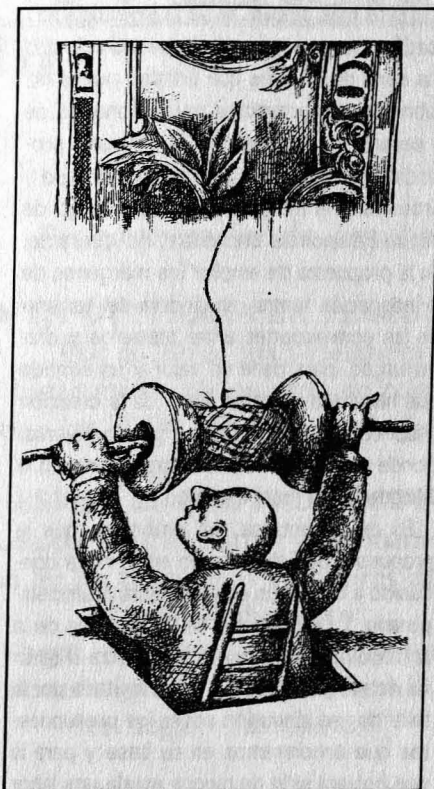
Sin duda es aconsejable comenzar citando a Paco Ignacio Taibo II, que en el "Epílogo" a *La lejanía del tesoro*, novela ganadora del primer premio Planeta mexicano, asegura haber tenido "la pretensión de escribir una novela de aventuras sin dedicarse a la especialización prietística". Confiesa, asimismo, su fascinación por la "enloquecida prosa" y el "populacherismo irredento" de Guillermo Prieto. Son dos condiciones que se avienen con el modo de hacer literatura del autor.

Porque, se le ha comentado bastantes veces, Taibo II no tiene paciencia con los cuidados, para él excesivos, que deben darse a cualquier texto. Hay en tal posición una base ideológica que, para nuestro gusto, no alcanza a disculpar los molestos descuidos que Paco suele mostrar en su escritura. Todo esto sigue presente en la obra que hoy comentamos.

Sin embargo, estamos ante la mejor novela de Paco. El tema y el enfoque elegidos dan a la trama un buen sustento, y ésta avanza con ritmo adecuado hasta su culminación en el capítulo final. Veamos de qué se trata. La acción transcurre de 1862 a 1867, durante la lucha contra el imperio de Maximiliano. Así pues, Paco inscribe su libro en una corriente de mucha fuerza en nuestra narrativa actual: lo histórico. Pero lo histórico novelado a gusto del autor y no a conveniencia de los datos históricos, por muy presentes que se los tenga.

El argumento resulta atractivo: puesto en fuga Juárez por las circunstancias del momento, huye con el archivo de la nación. Cuando éste incomoda un fácil desplazamiento por el país, el presidente lo encarga a unos campesinos, hablando de que es el tesoro del gobierno. A partir de aquí, la imaginación popular inventa un tesoro real, y la picaresca entra en pleno juego: todos a la caza de lo inexistente. De aquí los cuatro movimientos del libro: la creación del tesoro, su busca, el ocultamiento del archivo y su devolución a Juárez.

Pero aunque la novela narra este aspecto de los sucesos, no limita a ello su cometido. Hay dos grandes lienzos acompañantes de lo anterior: uno puesto en manos de Guillermo Prieto, quien nos informa de los desplazamientos de Juárez hacia el norte del país,



y otro centrado en Riva Palacio y su participación en la guerra. De esta manera, una línea narrativa (en tercera persona) atiende al tesoro, otra (en primera persona) a la huida de Juárez, y una más (en segunda persona) a las batallas por librar a México de la invasión francesa.

El número de páginas se reduce con el transcurrir de la acción. Así, el grueso del libro se va en el planteamiento del conflicto, la segunda parte es de mayor brevedad y lo mismo con la tercera y con la cuarta. Los capítulos suelen ser cortos y alternan las tres líneas que componen la trama.

Esto describe el marco general donde de todo se incluye. Como buena novela de aventuras, la de Paco atiende más al trans-

Las reproducciones de los cuadros de Francisco Toledo que aparecieron en el número 498, correspondiente a julio de este año, nos fueron proporcionadas por la Galería López Quiroga y la Galería de Arte Mexicano. ♦

currir de los hechos que a la psicología de los personajes. Estos carecen de profundidad, y se limitan a permitir que las acciones ocurran con apoyo en ellos. Es válido. Lo que no es tan válido ya es que el autor no ha dado variedad suficiente al ritmo de las aventuras, y en el texto no hay un punto culminante decisivo al que todo apunte. Así, la lectura parece transcurrir por una especie de llanura que termina siendo un tanto monótona. Esto se percibe, sobre todo, en la descripción de las etapas militares que permitieron la recuperación del país.

Como novela de aventuras, la de Paco se atiene mucho a los mecanismos utilizados en el folletín decimonónico: abundancia de personajes; terminación de capítulo en un punto de suspenso; acumulación de anécdotas individuales antes que su integración en un todo; descripción ocasional del pasado de un personaje, aunque en nada ayude al propósito central del libro; recreación de las hablas propias de cada segmento social y, desde luego, presencia de todo elemento proveniente de las capas populares.

Esto da como resultado una novela interesada en divertir mediante el simple encadenamiento de anécdotas. Dijimos ya que termina por ser un tanto monótono, pero se la lee con fluidez. Ahora bien, es novela que abunda en descuidos de escritura, lo cual es de lamentar. Por un lado, algunos errores de acentuación; por otro, la plaga eterna de la coma entre sujeto y verbo; en ocasiones falta de puntuación. Pero hay zonas de mayor preocupación: Un "hubieron voces" que no debió estar presente, un "tímido trote de tortuga" que deja un tanto perplejo, un "en uno de esos raros momentos de emoción que escasas veces se permitía" oloroso a pleonismo, un "estilo florido" que "combinaba la parquedad con la frase exacta" parece estarse contradiciendo, y un 26 de febrero que, al cabo de dos semanas, apenas va en el 7 de marzo, y bastantes detalles más. ¿Por qué, siendo tan fácil eliminar estos desaseos? La novela ganaría mucho si una revisión los hiciera desaparecer.

Pero volvamos a una de nuestras afirmaciones: Paco tiene en *La lejanía del tesoro* su mejor novela. Hay desenvoltura en el tendido de los acontecimientos, se manejan el buen humor y la ironía con acierto, y la obra, bastante modesta en sus pretensiones estéticas, se une a varias otras que sólo intentan dar al lector un rato de esparcimiento sin complicaciones. ♦

Paco Ignacio Taibo II, *La lejanía del tesoro*. Planeta. México, 1992. 314 pp.

# De vínculos y paralelismos en el teatro de Artaud y Grotowski

Ernesto Priani Saisó

Para el teatro contemporáneo, Artaud y Grotowski son las figuras mitificables por excelencia. Dos personalidades poderosas cuyas propuestas se complementan y en cuya base encontramos una intención común de revolucionar, en su momento, la concepción de la teatralidad a partir de un retorno a sus fuentes.

Pero como ocurre con quienes se aventuran al límite, Artaud y Grotowski se han convertido en un referente difícil de asir. Fluctuando entre la fantasía que los mitifica y la valoración objetiva de su obra que aspira a darles su justo lugar, sus ideas son una tentación para el análisis pero también un terreno resbaladizo en donde es complicado quedar bien: o se peca de emocional o se cae en el desdén de lo vivo. Sin embargo, Felipe Reyes Palacios corre con el riesgo de tratar el tema.

*Artaud y Grotowski, ¿el teatro dionisiaco de nuestro tiempo?* es un texto que aborda las propuestas de estas figuras controvertidas buscando un punto de equilibrio, que no obligue a una toma de posición —o la emoción o lo objetivo—, pero que sí conduzca a una mayor profundización en el análisis.

La estrategia adoptada por Reyes Palacios no es la de discutir exclusivamente las propuestas teatrales sino que, tomándolas como "proyectos para un teatro sagrado", busca vincularlas con investigaciones que, en el ámbito de la antropología y la filosofía, manifiesten el mismo ánimo de búsqueda de la naturaleza del ritual escénico, específicamente en su fuente occidental: la tragedia griega.

De esta manera *Artaud y Grotowski ¿el teatro dionisiaco de nuestro tiempo?* se propone mostrar cómo "el proyecto artodiano para la configuración de un teatro mágico en pleno siglo xx tuvo un paralelo en la hipótesis que identificaba los orígenes de la tragedia griega en un ritual de idéntica naturaleza (la escuela antropológica de Cambridge)"; y, de la misma manera, señalar cómo "la experiencia teatral de Grotowski... hallará también una suerte de corroboración teórica en el mismo modelo fundador del teatro occidental, de acuerdo a la explicación que ofrece Ernest T. Kirby".

El texto de Felipe Reyes Palacios se interna con ello en una comprensión del tea-

tro y la búsqueda de su renovación, en un contexto más amplio, el de la investigación académica, que permite ir estableciendo una serie de vínculos que brinden nueva luz sobre los dos proyectos revolucionarios de la escena contemporánea. Sin restarle profundidad al análisis de las ideas de Artaud y Grotowski, el mayor mérito del trabajo de Reyes Palacios se encuentra, no obstante, en la propuesta de ampliar los márgenes de la indagación teatral, sacándola del terreno de las convenciones entre teatreros y dramaturgos, para darle un valor y un sentido que hace eco en otras áreas de la creación y del conocimiento humano y, a la inversa, donde lo hecho en éstas cobra valor para la búsqueda del ritual escénico.

Es de lamentarse, sin embargo, que la propuesta de Felipe Reyes no lo haya conducido a buscar un complemento multidisciplinario. La exploración de los campos de la antropología y la filosofía que realiza el autor de *Artaud y Grotowski...* se ve limitada por la falta de una discusión sobre los presupuestos que encontramos en su base y para la que hubiera sido de mucha ayuda una labor comunitaria.

Esto último se hace evidente en la ausencia de una conclusión final en el texto que recoja la argumentación y que defienda la de por sí muy cuestionable calificación de "dionisiacos" a los proyectos teatrales de Artaud y Grotowski, a pesar de la interrogación que acompaña el título de la obra.

Hay también en la propuesta de Reyes Palacios otras ideas que parecen obedecer más a la lógica de la convención que de la reflexión. Por ejemplo, encontrar en la escuela positivista de Cambridge ecos del espíritu dionisiaco reivindicado por Nietzsche, es casi un contrasentido. Lo mismo ocurre al reducir las influencias balinesas y mexicanas de Artaud y las raíces profundamente cristianas de Grotowski, para hacerlas entrar en una definición muy ambigua de teatro ritual, pues se obvian las influencias determinantes en un afán por encontrar un camino que conduzca siempre a lo dionisiaco. ♦

Felipe Reyes Palacios, *Artaud y Grotowski, ¿el teatro dionisiaco de nuestro tiempo?*, Instituto de Investigaciones Filológicas / UNAM – Grupo Editorial Gaceta, 1991, Col. Escenología No. 14, 196 pp.

Fondo de Cultura Económica

Miguel González Avelar

## CLIPPERTON, ISLA MEXICANA



Miguel González  
Avelar  
*Clipperton,  
isla mexicana*



La obra es una minuciosa e imaginativa investigación realizada en fuentes históricas y jurídicas, para mostrar las circunstancias en que México perdió la soberanía sobre la isla de Clipperton, y la posibilidad de su recuperación.

Otros títulos en Historia:

Irving A. Leonard  
VIAJEROS  
POR LA AMÉRICA  
LATINA COLONIAL

Gilbert M. Joseph  
REVOLUCIÓN  
DESDE AFUERA  
Yucatán, México  
y los Estados Unidos  
1880-1924

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

50 años  
ANIVERSARIO



---

# Radio UNIVERSIDAD

---

**xeun**      860 A.M.      96.1 F.M.

## Programación de octubre

### ◆ LA GUITARRA EN EL MUNDO

Por el Mtro. Juan Helguera

Celebra 20 años de transmisión con un ciclo de conciertos, todos los jueves de octubre a las 20:00 horas en la sala Julián Carrillo.

### ◆ ESPECIAL DEL 12 DE OCTUBRE

Un encuentro de compositores españoles y latinoamericanos, a través de la música y transmisión de los programas ganadores del Primer Concurso de Guión Radiofónico:

1er. lugar –“La constancia de las piedras”

2o. lugar –“El demerengamiento de América o Aires de familia”

3er. lugar –“Encuentro”

### ◆ RADIO UNAM CONVOCA AL SEGUNDO CONCURSO DE GUIÓN RADIOFÓNICO

TEMA:

“México hacia el fin de siglo”

GÉNERO:

Reportaje sobre algún aspecto de las ciencias, la literatura, la historia o las ciencias sociales en la perspectiva del fin de siglo.

BASES:

Extensión máxima de 15 cuartillas o el equivalente a una duración de 20 minutos.

Los trabajos se recibirán en el domicilio de Radio UNAM:

Adolfo Prieto 133, Colonia del Valle, C.P. 03100

Fecha límite: 30 de noviembre de 1992

PREMIO:

1er. lugar –Un viaje a Cuba  
para dos personas

Sergio de Bustamante, Lilia Aragón,  
Rubén Rojo en

## LOS SEÑORES DE LA NOCHE

Espectáculo de José Luis Cruz  
basado en Macbeth de W. Shakespeare

Dirección: José Luis Cruz  
Escenografía: Gilberto Aceves Navarro  
Música original: Antonio Russek  
TEATRO EL GALEON  
Detrás del Auditorio Nacional

Funciones  
Jueves y viernes / 20:30 horas  
Sábados / 19:00 horas. Domingos / 18: 00 horas

Estreno 24 de septiembre

La revista

## Universidad de México

También está a la venta en  
todas las sucursales de



EDITORIAL



VUELTA

### NOVEDADES

Colección: La imaginación

Colección: La reflexión

**Antonio Deltoro**  
**Los días descalzos**

Una visión festiva, trágica  
y soberbiamente original

**Isaiah Berlin**  
**Árbol que crece torcido**

El pensador liberal  
de nuestro tiempo

### CUPÓN DE PEDIDO

ANTONIO DELTORO

LOS DÍAS DESCALZOS

PRECIO: \$40,000 PESOS

ISAIAH BERLIN

ÁRBOL QUE CRECE TORCIDO

PRECIO: \$70,000 PESOS

NOMBRE \_\_\_\_\_

TEL. \_\_\_\_\_

DOMICILIO \_\_\_\_\_

C.P. \_\_\_\_\_

COLONIA \_\_\_\_\_

CIUDAD Y ESTADO \_\_\_\_\_

CHEQUE NO. \_\_\_\_\_

A NOMBRE DE EDITORIAL VUELTA S.A. DE C.V.

GIRO: ADMINISTRACIÓN DE CORREOS 21

PRESIDENTE CARRANZA NO. 210, COYOACÁN, 04000, MÉXICO, D.F. TEL 554 8980 FAX: 658 0074



# Universidad de México

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

*ha publicado:*

Enero-febrero, 1991 ♦ 480-481

Las ciencias en la UNAM

Marzo, 1991 ♦ 482

Poesía brasileña

Abril, 1991 ♦ 483

Depresión y  
melancolía

Mayo, 1991 ♦ 484

Comunicación en  
México

Junio, 1991 ♦ 485

Las humanidades en la  
UNAM

Julio, 1991 ♦ 486

Nuevos caminos de la  
astronomía. El eclipse

Agosto, 1991 ♦ 487

Las Naciones Unidas

Septiembre, 1991 ♦ 488

La Independencia  
americana

Octubre, 1991 ♦ 489

Poesía norteamericana  
contemporánea

Noviembre, 1991 ♦ 490

Retrato de Arturo

Diciembre, 1991 ♦ 491

Desafíos de las ciencias  
sociales

Enero-febrero, 1992 ♦ 492-493

Praga. La ciudad mágica

Marzo, 1992 ♦ 494

Crítica de la novela  
latinoamericana

Abril, 1992 ♦ 495

César Vallejo

# Universidad de México

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

La revista *Universidad de México* puede adquirirse en las siguientes librerías

♦ PARNASO COYOACÁN

Carrillo Puerto 2

♦ DISTRIBUIDORA MONTE  
PARNASO

Carrillo Puerto 6

♦ LIBRERÍA IBERO

Prolongación Paseo de la Reforma 880

♦ LIBRERÍA GANDHI, S. A.

Miguel Ángel de Quevedo 134